G. Suzunue

La chica alegre

La chica alegre
3ra edición

Diseño de cubierta: G. Suzunue
© 2023, 2024, Ger Ediciones. *Todos los derechos reservados.*
https://gerchu.neocities.org

G. Suzunue

La chica alegre

Capítulo 1

Una preciosa mañana, apacible y serena como todo el suburbio, el vecindario y la casa del portón verde, un rayo de sol que se coló entre las cortinas le tocó la frente a cierto joven que dormía tan profundamente, sin saber lo tarde que era.

Ese joven era yo.

Sanke Jina, diecisiete años entonces.

Un impulso repentino, que atribuyo al contacto con mi piel de aquel simple rayo de sol, me sacudió de vuelta a la realidad para despertarme. Con la vista bajo el ataque de la luminosidad de la mañana hacía largo rato empezada, busqué los dígitos rojos del reloj en la mesita de noche. Y dichos dígitos no mentían: ya era tarde, y mucho.

Adormilado, apenas tuve tiempo y energías de sentirme un idiota, mientras me vestía con impresionante celeridad y colocaba los cuadernos en la mochila sin pensar. La noche anterior me había desvelado, inmerso en pensamientos e ideas que me impedían dormir, y cuando el sueño por fin me venció ya era de madrugada.

Así es que me había quedado dormido en el peor día para hacerlo.

Era el primer día de clases.

Salí precipitadamente de la habitación no del todo arreglado, y en mi veloz huida, me tomé apenas una fracción de segundo para detenerme o algo así y saludar a mi madre.

—¡Ya me voy!

Cuando ella reaccionó, yo ya tenía medio cuerpo afuera.

—¡Que te vaya bien! —la oí decir cariñosamente.

Una vez en la calle, zambullido en la tranquilidad y la parsimonia del vecindario, con las que contrastaba mi apremio por asistir a clases, tratando de apretar el paso con las consecuencias de una noche de pobre descanso a cuestas, empezaron a venirme recuerdos a la agotada mente.

Ya era el tercer año haciendo el mismo camino a la escuela, caminando dos cuadras insípidas hasta la parada del autobús, medio escondida entre un par de árboles de espesas copas, luego tomando el autobús y bajando a tres cuadras de la secundaria del suburbio. De tanto repetir una y otra vez el mismo viaje, ya mi cuerpo lo hacía automáticamente. Incluso lo podía hacer con los ojos vendados, si no hubiera vehículos que pudieran atropellarme. Y definitivamente lo podía hacer absorto como estaba en mis pensamientos, en el recuerdo de lo que había ocurrido casi exactamente dos años antes.

Dos años antes, yo me preparaba para comenzar la escuela secundaria. Hacía un calor un tanto inaudito para la época del año, y yo no podía dejar de pensar en cualquier cosa que tuviera que ver —aun en lo más mínimo— con la nueva etapa a la que estaba entrando mi vida. Muchos pensamientos se sucedían

uno tras otro, tan veloces algunos, que se esfumaban irremediablemente en el aire antes de yo poder determinar su significado o ponerles la debida atención siquiera. Pocas veces había estado tan inquieto y ansioso. Era la incertidumbre acerca de lo que la nueva escuela tenía preparado —o no— para mí; lo que el destino, de existir entonces, había decidido que me fuera a suceder. No exagero demasiado cuando digo que esperaba entrar en un nuevo mundo, donde a cada paso, en cada nuevo rincón inexplorado por mí iba a cruzarme con desconocidos —pues sólo dos de mis amigos de la primaria, Kazu y Emell, irían a la misma secundaria que yo; al resto habría de verlos fuera del horario de clases—. Además, yo sería uno de los más jóvenes de toda la escuela; iba a relacionarme con jóvenes a quienes nunca había visto, conocer nuevos profesores, realizar nuevas actividades, aprender un montón de cosas nuevas sobre la vida y el mundo...

Todas estas ideas y muchas más surcaban mi mente, pero de una manera vaga, eludiendo mis intentos de concentrarme y extenderme en ellas. Las naturales ansias de cualquier nuevo estudiante como yo sólo podían aportar a la sensación de intranquilidad interna que tenía.

De pronto, una mano asió suavemente mi brazo.

Era mi madre, que me traía de vuelta al estado de vigilia.

—¿Vas a llegar tarde el primer día de clases? —me preguntó ella, con un tono inusitadamente afectuoso, o eso creo recordar, y que desde luego me fue imposible comprender. Entonces ella se apartó de mi lado y se retiró de la habitación, dejando que me sintiera como un idiota en soledad. En algún

punto de la madrugada, mi mente excitada hasta el cansancio había sido vencida por el sueño. Y ahí estaba yo, sentado en la cama, mirando la luz del nuevo día en el cielo derramarse sobre los tejados del vecindario.

Ese día en el que tanto había pensado, y por el que tanto me había alborotado internamente, ya había empezado sin esperarme.

Me levanté de un salto sin pensar y salí corriendo a la escuela. Antes de salir poco menos que eyectado de mi casa, saludé a mis padres. Con las prisas no se me había ocurrido servirme siquiera algo del desayuno que me habían preparado para comer en el camino y así no presentarme en la escuela con el estómago vacío.

No, era menester estar en la escuela desde el primer minuto, si no desde el primer segundo. Y si había que sacrificar el desayuno para lograrlo, entonces por una vez que así fuera.

Ya en la calle, desesperado, empezando a sentir en el estómago la falta de alimento, quise creer que aún tenía posibilidades de arribar temprano, o al menos sobre la hora, con el toque de la campana en los oídos. Consideraba que tal vez... no, que *seguramente* el llegar tarde el primer día de clases habría de ganarme una inconveniente mala reputación, y eso me preocupaba un poco.

Entre mis desasosegados pasos en la parada del autobús que, a juicio de un espectador desconocido, le pertenecían más bien a los de un desquiciado, pensaba que el mundo real era un fraude.

«Si las historias de ficción fuesen reales, yo podría tratar de

detener el tiempo y llegar puntualmente... Y comer algo también... Pero no, en *esta* realidad no se puede. Qué aburrido, qué fraude es este mundo. Si pudiera hacer como esa sirvienta y parar el tiempo, hacer como Sakura... no, *Sayaka*, así se llama; Sayaka... *Asayoi* o algo así...»

Pero de ninguna manera podía echarle la culpa a quienes creaban personajes con tan útil habilidad. La situación en la que yo me encontraba se debía única y exclusivamente a mi irresponsabilidad. Al crecer uno aprende a aceptarlo.

En el autobús que tardó eternos minutos en aparecer seguí pensando en el día que ya estaba viviendo. En algún punto del viaje mis entrañas inadvertidamente se calmaron un poco, pero mi cerebro estaba aturdido por tantos pensamientos; desde la noche anterior mi mente estaba inusitadamente hiperactiva y parlanchina. La cabeza empezaba a pesarme. Mirando la hora nerviosamente a cada instante, calculaba qué estaría sucediendo en la escuela. Los eventos debían ser los mismos que los de cualquier escuela el primer día de clases: primero, la apertura de las puertas; después, un discurso de bienvenida por parte del director, seguido de la entrada al aula y del comienzo de la primera clase...

Finalmente llegué a destino, pero, a pesar de mis esfuerzos, no hubo milagro ni un piadoso guiño de las circunstancias siquiera. Tal como lo había temido, las puertas ya habían sido cerradas, y para que me fueran abiertas tenía que tocar el timbre y pedir permiso para entrar. Ya sintiendo la humillación oprimí el botón y esperé que alguien me hallara frente a la puerta, esperando como un favor que me dejaran pasar.

Avancé decididamente por el vestíbulo, el cual daba la impresión de ser mucho más amplio de lo que en realidad era debido a la ausencia casi total de muebles y a la excesiva altura del techo abovedado. Ya por la fachada, la escuela se veía como un edificio un tanto antiguo, cosa que la ambientación del interior confirmaba. Todo lo que había en el vestíbulo, aparte de los cuadros de próceres varios colgando de las paredes pintadas de un verde acuoso, era una vitrina de trofeos casi vacía y un escritorio y una silla a un costado, donde deduje que ocupaba asiento la persona de semblante grave que acababa de abrirme la puerta. En gigantescas baldosas de mármol resonaban tímidamente mis presurosos pasos.

Habiendo traspasado el vestíbulo, me hallé en el corredor principal de la planta baja. Me sorprendió el verme de pronto rodeado de una multitud de estudiantes. «Tal vez no es tan tarde después de todo», me ilusioné. De inmediato me pregunté si aún no había tenido lugar el discurso de inicio de año o si, por el contrario, ya había terminado. Todos a quienes veía poseían una actitud relajada, como cuando se está en recreo. Pronto noté que ellos se veían mayores que yo, lo que indicaba que de seguro eran de las clases superiores. Algunos de ellos me miraban y murmuraban entre sí; a otros se les dibujaba en el rostro una mueca de curiosidad, pero la mayoría me ignoraba, o se limitaba a verme pasar sin hacerme mucho caso. Y yo no me detuve en ningún momento; estaba concentrado en la búsqueda de Kazu y Emell, y de toda la clase a la que pertenecía ahora. Mis nerviosos pasos se sucedían y no veía a mis amigos, ni tampoco a algún profesor o adulto responsable

a quien pudiera preguntarle dónde se hallaba mi salón. Debía hallarlo por mis propios medios, por lo tanto.

A mitad de camino hallé la respuesta a mi pregunta de antes. A mi izquierda vi enormes puertas abiertas de par en par y, detrás de ellas, un extenso patio, el cual era visible también a través de las grandes ventanas ubicadas entre las puertas ya mencionadas. En ese preciso momento el patio se estaba vaciando de alumnos; es decir, que estos entraban como una marea al corredor.

Tres chicas que me pasaron a un lado conversaban entre ellas. Claramente oí a una de ellas decir:

—Ese director sí que da miedo. No quisiera meterme en problemas este año.

Las otras dos chicas rieron, aunque su amiga había sonado muy sincera.

Por más que me permití echar un breve vistazo a través del impecable cristal de una de las ventanas, no divisé a nadie cuyo aspecto pudiera ser atribuido al de un aterrador director de escuela; pude distinguir una tarima y un atril en medio del patio, pero no había gente en un par de metros en derredor. Rápidamente barrí de mi cabeza la curiosidad, que me hacía perder el tiempo, y continué caminando por el corredor. Llegué hasta el final de aquél sin hallar mi salón, así que subí la escalera rumbo al primer piso.

De manera opuesta a lo que había visto abajo, el corredor del primer piso estaba completamente vacío y silente. Fue por ello que me permití correr hasta el aula que, sin embargo, primero tenía que encontrar. No me llevó mucho hacerlo: la

señalización era clara.

Fijé la vista por un instante en el cartel que rezaba «1-A», respiré hondo, y abrí la puerta lentamente, no queriendo interrumpir lo que dentro del salón estaba ocurriendo. Mas era imposible no hacerlo, desde luego. Y qué momento para llegar: mis compañeros ya estaban presentándose.

No bien el primer centímetro cuadrado de mí ingresó en el aula, todas las miradas cayeron sobre mí en una avalancha, y una multitud de ojos me hizo enseguida un escaneo de cuerpo completo. Noté que alguien que estaba hablando calló de repente. Avancé con los labios sellados, la boca torcida de vergüenza y la cabeza un poco inclinada, cual perrito que se sabe a punto de ser reprendido.

El profesor me miró desde sus calvas alturas, y en sus ojos sentí la inmisericordia, o eso creí en el momento. Tras un par de los segundos más incómodos de mi vida, el profesor dijo:

—Bueno, pensé que ya habíamos entrado todos.

Un débil murmullo ahogado, como de quien reprime una carcajada, surcó tímidamente el salón.

Volviéndose hacia mí, el profesor prosiguió:

—Buenos días, alumno. Como recién ha llegado, tendrá que presentarse ahora mismo.

El sentimiento de vergüenza no hizo sino aumentar, y en la confusión de la que estaba siendo presa no logré hallar los rostros de mis amigos, que suponía debían estar en algún lugar de ese salón.

—Sí, claro... Buenos días... —dije, titubeando.

Recordé que no había practicado presentarme, como me lo

había recomendado Emell, ni pensado siquiera qué era lo que iba a decir acerca de mí mismo. Sentía que no había mucho que contar; yo no era más que un joven común y corriente, como cualquier otro; nada extraordinario o destacable o interesante podía decirse de mí en ese tiempo, o así lo consideraba en ese entonces (y era cierto).

Sin embargo, algo había que decir. Lo que fuera. Y ya no había tiempo para pensar; tocaba improvisar, algo en lo que, debo confesar, nunca fui bueno.

—Hola, soy Sanke... Sanke Jina... Espero que nos llevemos bien. Me gusta... eh... jugar...

Y mis pulmones se paralizaron.

—Jugar a la pelota, quiere decir. Él y yo siempre jugamos a la pelota con amigos —dijo mi buen amigo Kazu, desde algún punto del aula, acudiendo al rescate.

Así, la parálisis pulmonar cesó luego de menos de un segundo, y se me pasó misteriosamente cuando mis ojos ingobernados se posaron sobre el divertido rostro de Kazu. Junto a él estaba Emell.

—Sí, eso, entre otras cosas. Es que tengo muchos gustos, como también... los seres vivos... quiero decir, la Biología... — intenté completar, aliviado de haberme topado con el par de rostros familiares, y habiendo ganado la confianza suficiente para darle una conclusión a mi presentación y luego disponerme a ocupar un asiento libre a toda velocidad, dividido entre la creencia de haber piloteado el momento satisfactoriamente y la esperanza de no haber quedado como un idiota frente a la clase y al profesor.

—Breve y conciso, como debe ser —sentenció el profesor, algo pedante en su actitud. Empezaba a sentirme aliviado cuando él agregó—: Aunque un tanto ambiguo también.

Y lo que dijo después me devolvió parte de la tranquilidad perdida:

—Pero lo dejaré pasar esta vez. Somos muchos y tengo una clase que dar. Puede sentarse, alumno. Tiene un lugar allí —y señaló con un dedo un pupitre en la tercera fila.

Hacia allá fui, entre miradas que sabía inquisitivas, pero que no era capaz de enfrentar.

Pese a haber llegado tarde, desde un permisivo punto de vista no había sido tan grave mi infracción. Como me fui dando cuenta en ese pupitre de la tercera fila, lejos de mi zona favorita —el fondo—, pero al menos no en mi zona menos favorita —la primera fila, justo delante de las narices de los profesores—, más o menos la mitad del curso se había presentado antes que yo. Al irse diluyendo la sensación de patetismo que me había invadido, mi mente fue recuperando de a poco su excitación; de momento, había demasiadas caras nuevas y demasiados nombres y apellidos que olvidaba en segundos, si es que lograba prestarles atención siquiera.

No obstante, demasiado rápido se esfumó mi exaltación inicial, conforme la clase ganaba en tedio; al irse aquella de mí, dejó espacio para que lo ocupara el cansancio de mi larguísima noche en vela. Así fue como, cuando sonó la campana anunciando el primer recreo del día, me sentí realmente dichoso y animado.

Afuera del salón me reuní con Kazu y Emell.

—Sólo tú eres capaz de llegar tarde el primer día de escuela —me dijo el primero.

—Sí, ¿qué te pasó? Te estuvimos esperando, como habíamos acordado.

—Se quedó dormido —afirmó Kazu, respondiendo por mí—. Mira la cara de sueño que tiene. Y tu cabello está despeinado ahí —agregó, diciéndome lo último a mí, y con un dedo apuntó al sitio de la cabeza donde debía arreglar mi cabello.

Bostecé y les pedí a ambos que me esperaran antes de dar un paseo por la escuela. Entonces fui al baño, que estaba a escasos metros de la puerta del salón, volviendo la vista hacia un lado, para que todo aquel con quien me cruzara no viera mi aspecto. Y es que, por el tono de las palabras de Kazu, debía estar viéndome mal, muy desaliñado. Ello no podía ser conveniente; si no me veía bien no iba a ser respetado ni tomado en serio por ninguno de mis nuevos compañeros, por no mencionar a los profesores.

Sin embargo, al ver mi rostro al espejo no juzgué su aspecto tan malo como me lo había imaginado o como Kazu lo había hecho parecer. Y es que Kazu en ocasiones imprimía una seriedad o una gravedad innecesaria a lo que él quería decir, aparte de que no solía tener tacto para decir ciertas cosas. Pero, si ello no me afectaba, era porque yo era su amigo y lo conocía bien, y entendía que esa era su forma de ser, que no siempre medía sus palabras y sus actitudes, y que no se daba cuenta que a veces lo que decía se prestaba a malas interpretaciones o era considerado grosero.

Además, él tenía razón en que mi cabello estaba desarreglado: a un costado de mi cabeza, un pequeño manojo de pelos sobresalía tomando forma de cuerno, con la punta hacia afuera. Mojé una de mis manos con agua y alisé el cuerno, aprovechando para emprolijar todo mi cabello. Luego me lavé la cara muy brevemente, tan sólo para remover de ella cualquier rastro de somnolencia que pudo haber quedado.

«No puedo creer que me haya quedado dormido hoy. Debo ser el único al que le suceden estas cosas —me lamenté—. ¿Por qué será que... las cosas no salen como espero?»

La apertura de la puerta, que se reflejó en el espejo delante de mí, me distrajo de mis pensamientos. Kazu apareció tras la puerta.

—¿Ya estás listo?

Nos pusimos en marcha los tres. No tardé en advertir —aunque ya tenía una sospecha surgida durante mi carrera al salón más temprano— que las aulas del primer año se hallaban todas en el primer piso. Además, en un extremo de la planta, estaban los salones de los cursos 2-A y 2-B, enfrentados entre sí. Entre ambos, como separándolos, se extendía el último tramo de corredor antes de la escalera que usamos para visitar la planta baja.

Allí nos sorprendió una muchedumbre estudiantil que atestaba tanto los corredores como el patio. Para seguir camino tuvimos que abrirnos paso en una fila, como una lombriz bajo la tierra del jardín; con tanta gente alrededor era difícil poner atención a los sitios que íbamos recorriendo. Pero yo en particular miraba a los estudiantes. Ellos formaban grupos más

o menos numerosos, no dejando a nadie solo, y conversaban animadamente y en general a viva voz o incluso a los gritos, para superar el ruido de fondo que ellos mismos en conjunto generaban. Todos se veían alegres de estar con sus amigos, de reencontrarse con ellos, y de estar comenzando un nuevo año escolar juntos. Me pregunté entonces si llegaría a desarrollar amistades con alguna de aquellas personas, y si podría llegar a formar parte de un grupo más popular. Porque los anteriores años de escuela los había pasado con mis mejores amigos, y no éramos precisamente populares, mucho menos carismáticos, y no nos destacábamos por ningún logro. Kazu era un alumno poco brillante, que abría la boca compulsivamente y que, por más que lo intentara, o sin darse cuenta, no era gracioso. Emell era un estudiante apenas por encima de la media, tranquilo, pacífico, de espíritu manso, y que podía decir las frases más serias o los chistes más absurdos con la misma lentitud en la voz y con la misma cara inexpresiva, por lo que a veces a uno le costaba saber cuándo él hablaba en serio y cuándo estaba bromeando. Y yo... tal vez no era muy distinto de mis amigos, aunque no era de los que hacían chistes, y sí de los que se reían de ellos. Mis notas no impresionaban a nadie, pero tampoco me traían problemas, y no era muy hábil para el deporte, aunque ciertamente me gustaba jugar al fútbol. Siempre trataba de ser amistoso con todos, cosa que, sin embargo, no me había ganado grandes simpatías entre mis compañeros, ni mucho menos convertido en un estudiante carismático.

Salimos al patio. Muchos grupos, al igual que el mío, se desplazaban de un lado a otro, mientras que otros ocupaban las

bancas o permanecían de pie en pequeños círculos. Durante la breve travesía que hicimos para explorar el lugar, vi a un alumno sacar de entre sus ropas una diminuta pelota de goma y ponerse a jugar al fútbol con otros estudiantes cerca de una de las paredes, aprovechando que no había autoridad alguna vigilando. Pensé en ir a hablarles en algún momento y hacerme su amigo, para así ser incluido en futuros partidillos. En derredor de una de las bancas, al otro lado del patio, seis estudiantes jugaban a las cartas, observados muy atentamente y hasta con cierta emoción por una congregación de espectadores.

Pero Kazu y Emell no les hicieron mucho caso a lo que yo observaba. Ambos iban delante de mí, hablando en voz baja, apenas moviendo los labios, acerca de las chicas que veían, identificándolas mediante códigos apropiados basados en su aspecto e intercambiando opiniones disimuladamente. Sólo entonces caí en la cuenta de que yo no les había prestado especial atención a las chicas. Supongo que en esa época no me interesaban demasiado, o eso era lo que creía.

Demasiado rápido terminó el paseo, siendo que la escuela no era tan grande, y antes de que el recreo terminara ya estaba de vuelta en el primer piso con cara de sueño y la espalda apoyada pesadamente en la pared, frente a la puerta del salón 1-A, sin muchas ganas de hablar. No obstante, debía agradecer el no estar solo; con mis amigos confiaba en que sería mucho más fácil adaptarme al nuevo ambiente.

Pero, por lo pronto, nada había que hacer aparte de esperar a que la campana sonara y que el profesor de matemáticas

apareciera de una vez. Tan sólo esperar, sin hacer nada, con la mente en blanco.

Porque nada más había que hacer, y nada más había que ver.

¿O sí?

Tal vez.

Bueno, sí. Y ese es el punto. Es que, en ese momento, cuando dentro de mí habitaba la sensación de que nada estaba ocurriendo (tan sólo el tiempo escabulléndose fantasmal e impunemente, dejando apenas huella de su huida), algo único e irrepetible ocurrió.

Lo que no he olvidado después de todo este tiempo.

Una chica salió del aula, y al hacerlo nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo.

Todo no duró casi nada. No conocía a la chica y no recordaba haberla visto antes (de hecho, en ese brevísimo lapso no presté mucha atención a su aspecto general), a pesar de que por lo visto estábamos en la misma clase. Tampoco recordaba haber oído su presentación. Los dos estuvimos separados por una distancia de cinco metros. Y, sin embargo, no puedo decir que *nada* ocurrió. Sí que ocurrió. Es sólo que me es difícil describirlo con claridad. Fue algo que no pude ignorar.

Tratando de ser más preciso, yo sentí algo en simultáneo al cruce de miradas. ¿Qué sentí, exactamente? Supongo que puedo describirlo como un súbito «darme cuenta» de algo o como una señal del inconsciente, un aviso o una llamada surgida desde lo más profundo de mi mente o de mi consciencia, pero sin palabras; un mensaje en un sobre vacío; una frase pronunciada por una voz muda. Fue como si hubiera

algo especial acerca de aquella joven, algo en su mirada alegre, fresca y despreocupada, y como si yo tuviera que saberlo sin conocerla.

En cuanto a la chica, nunca detuvo su andar, y en cuestión de segundos ya había escapado de mi campo visual. Y yo me quedé quieto, empezando a tratar de ignorar *aquello*.

Kazu me distrajo con un codazo.

—Él dice que conoce una tienda de cómics cerca de aquí. ¿Quieres ir con nosotros después de clases? —me dijo.

Detrás de Kazu, asomó Pier, uno de los estudiantes del primer año.

—Seguro.

Si bien pretendí restarle importancia a lo que fuera que hubiera sucedido, tan pronto como estuve de regreso en el aula volví a ver a la chica. Desde mi lugar la vi ocupar asiento en la primera fila, acompañada por sus amigas. Ello se repetiría durante todo el año escolar, más de una vez al día. Debido a mi ubicación en el salón, cuando la chica en cuestión giraba la cabeza para hablar con sus tres amigas —una de las cuales se sentaba a su lado, mientras que las otras dos ocupaban el par de pupitres de atrás—, parte de su rostro se revelaba ante mí. Tenía una mirada vivaz en un par de ojos bien abiertos, que brillaban, aunque uno de ellos con cierta frecuencia quedaba bajo riesgo de ser cubierto por el flequillo, y una sonrisa serena y permanente, propia de quien disfruta cada momento de su vida como un paseo, y que por algún motivo provocaba en mí una sensación de sosiego. Además, su semblante luminoso y

fresco, su actitud y su soltura y elegancia de movimientos no eran forzados, sino que en ella se veían naturales. Ello le añadía atractivo, la hacía parecer aún más especial.

Era una bella joven realmente.

Por eso no podía evitar mirar en dirección a ella cada tanto.

Así, con el pasar de los días, de tanto ver a esa chica andar alegremente por el aula y los corredores, pasando por delante de mí o por un costado, conversar animadamente con cualquiera, reír de cualquier comentario mínimamente jocoso y mantener en todo momento una expresión optimista y tranquila en su rostro, un cambio empezó a operar en mí. Dicho cambio fue silencioso y gradual y, cuando me di cuenta, tuve que admitir que ya no podía verla como a cualquier otra persona. Fue un tanto extraño y me costó comprenderlo, siendo que jamás me había sentido de esa manera. Y es que jamás había conocido a alguien como ella, tampoco.

De modo que, en el cuasi eterno viaje en autobús hacia la escuela no dejaba de pensar en ella, en que estaba por verla de nuevo luego de las vacaciones. Ello me tenía ansioso, lo que no ayudaba para nada a la impaciencia que ya arrastraba desde el preciso momento en que había salido de mi casa.

Llegué a pensar que quizás ya era hora de acercarme a ella de una vez. Era inaudito que, después de tanto tiempo, pocas cosas realmente conociera acerca de ella —su nombre... y no mucho más—.

Kari era su nombre; antes de saber cómo se llamaba, desde la segura privacidad de mis pensamientos me refería a ella como «la chica alegre».

Sí, era ella quien me estaba gustando.
La chica alegre.

Capítulo 2

Uno creería que, cuando uno comete un error, y éste es de una cierta gravedad, uno aprende la lección y procura realmente no cometerlo de nuevo, pues no quiere que vuelva a ocurrir una situación de esa cierta gravedad.

Pero algunos no siempre aprendemos. Por alguna razón terminamos fallando, y eso nos hace sentir mal, por haber sido incapaces de evitar que la situación se repitiera.

Por eso mis hombros se cayeron de resignación al ver las puertas de la escuela cerradas, justo como hacía dos años. El gris carcelario que las recubría había sentenciado mi suerte. Quise suspirar y me salió un jadeo. Era el cansancio, sin duda.

Tuve que tocar el timbre y aguardar a que me abrieran, y así convertirme en la excusa para un comentario no chistoso a mis espaldas. Mientras esperaba, noté que las puertas lucían renovadas. Durante las vacaciones les habían dado una buena mano de pintura.

«¿Cómo pude quedarme dormido justo hoy? Ah, quizás no haya salvación para mí. Estoy arrancando el año con el pie izquierdo», me decía para mis adentros, caminando con paso

apretado hacia el salón.

Una parte de mí no deseaba abrir la puerta, y menos aún al oír una potente voz adulta recorrer el aula. Pero tenía que entrar, como todos ya lo debían haber hecho. Y eso fue lo que hice, desde luego.

La profesora me clavó una mirada seria y por un instante no pronunció palabra; su semblante bien pudo haber estado reflejando reprobación hacia mi tardía e inoportuna entrada. Yo tampoco dije nada, pues esperaba que ella hablara primero.

—¿Está en este curso, alumno? —preguntó ella por fin, sin quitarme la pesada mirada de encima.

—Sí, buenos días. Disculpe que...

—En ese caso, preséntese, alumno, antes de tomar asiento —dijo, sin esperar a que terminara de hablar—. Ya iba a empezar con la clase de hoy. Esto es Biología, por cierto —y señaló rudamente el nombre de la materia escrita en letras gigantes en el pizarrón, algo que sólo yo había sido capaz de ignorar.

—Sí, claro... —dije, con voz insegura, pero luego junté fuerzas para enfrentar el momento. Es que, cuando se dice que uno a veces no aprende, eso significa que otras veces sí lo hace. Y yo con los años había medio aprendido a presentarme decentemente.

—Buenos días a todos, mi nombre es Sanke Jina. Me gustan mucho los deportes, y este año espero entrar al equipo de fútbol para el campeonato de la ciudad. Ah, y también...

Y ahí me frené abruptamente. Me congelé, sólo que nadie se dio cuenta porque ese congelamiento duró un brevísimo

instante.

Me congelé desde los ojos en cuanto noté que había un solo asiento vacío en todo el salón, en la segunda fila. Detrás de Kari, la chica alegre.

—...Espero que este sea un buen año para todos —finalicé en tono sincero y quizás hasta un poquito sentimental, con una sonrisa en el rostro, contento de repente.

La clase entera prorrumpió en risotadas. La profesora sintió el deber de intervenir.

—¡Alumnos! ¡Por favor!

Y luego, al mirarla, vi que sus labios se torcieron como cuando uno reprime una sonrisa, y noté que su expresión severa se había ablandado.

—Bien, alumno, tome asiento, y trate de ser puntual de ahora en más —dijo ella.

No tuvo que repetirlo; moví la cabeza en un obediente gesto de asentimiento y derecho fui al pupitre que parecía —desde un punto de vista delirante— reservado para mí. En el corto trayecto que hice, divisé a mis amigos Kazu y Emell más atrás, en la zona media del salón, a un costado, cerca de la pared que nos separaba del corredor. Ellos se movieron un poco para descubrir otro pupitre vacío a sus espaldas. Tal era el verdadero asiento reservado para mí. No obstante, elegí intentar darme por desentendido y reafirmé como destino elegido el asiento de la dichosa segunda fila. Y antes de apoyar las posaderas en la silla siquiera, las dos chicas que acompañaban a la chica alegre —una a su lado y otra detrás de esta— se volvieron hacia mí con miradas penetrantes, filosas y frías como estalactitas,

apuntándome justo a los ojos. Eran las amigas de aquélla actuando como custodios, como guardaespaldas. No me dejé amedrentar, aunque ciertamente tenía razones para sentirme incómodo, y mantuve la vista al frente, por encima de la cabellera de la chica alegre.

—Este lugar es de Ruri, que no pudo venir hoy —me dijo en voz baja una de las chicas, apoyando un dedo en el pupitre que yo tan alegremente ocupaba.

—Sí, hoy no viene, pero cuando vuelva se sentará ahí —agregó la otra.

—Sí, su familia quedó varada en el aeropuerto y no pudo regresar de sus vacaciones, pero hasta que pueda venir le estamos guardando el asiento —completó la primera.

—Mañana ya estará de vuelta, seguramente.

Sin querer prestarles atención, para así no darles el gusto de verme molesto, me limité a decir secamente:

—De acuerdo.

Entonces, habiendo percibido los cuchicheos, la profesora se dio vuelta y nos invitó sin palabras a cerrar la boca.

Me era casi imposible explicarme cómo aquellos dos entes perversos, llamados Aira y Hana, podían ser amistades tan cercanas a la chica alegre. Sus personalidades... o más aún, sólo la vibra misma que traían contrastaba con la de su amiga. La chica alegre y sus amigas eran tan opuestas que se atraían de algún modo. Aira y Hana eran por demás arrogantes, orgullosas y engreídas; las veía como las típicas hijas de padres ricos que habían crecido sin privaciones (al contrario, con privilegios), y al parecer sin empatía por los demás. Una descripción un tanto

estereotipada, puede ser, pero no por ello tan falsa o inexacta. Sólo parecían sentirse a gusto cuando acompañaban a la chica alegre, y no solían tratar demasiado con el resto de la clase, aunque eran de alguna manera respetadas y admiradas por otras estudiantes, especialmente por las de los cursos inferiores. Por ello una parte de mí creía que ellas se sentían parte de una realeza tácita pero imaginaria, y que sus compañeros éramos la plebe que era mejor evitar.

Quizás Kari las tenía cerca no tanto porque le agradaran, como por, siendo tan buena, ser capaz de controlarlas, y así de evitar que ellas realizaran «actos malvados» en nuestra contra.

La tal Ruri, la otra amiga y la cuarta integrante del grupo, era menos soberbia y más accesible al resto de alumnos; normalmente era más bien reservada, incluso algo introvertida, y en el fondo tenía un corazón —eso se notaba—, pero el juntarse con los dos demonios la hacía parecerse a ellos en algunas ocasiones.

Así es que, cuando decidí en un impulso juvenil sentarme detrás de la chica alegre, llegando a estar más cerca de ella de lo que había podido en dos años enteros de escuela, tuve que recibir las recias miradas de bienvenida de sus amigas. Mas ellas no lograron desmoralizarme, y procuré pasar el día como en cualquier otro. Aunque ciertamente me distrajera la visión de la cabellera de la chica alegre que —como había notado desde un primer momento— estaba algo más corta de lo usual, apenas llegando a rozarle los hombros, y de la fragancia a flores con una pizca afrutada que emanaba de ella y que me envolvía en una diáfana nube invisible, llenándome los pulmones de un

aire agradable y soñador. Aunque el sólo oírla hablar hacía que mi respiración se cortara inconscientemente, acaso para permitirme escucharla mejor, sin ningún tipo de interferencia, por más biológicamente necesaria que fuera.

—Con que ahí estás —oí a una voz familiar decir a mis espaldas.

Cuando me volví hacia quien me hablaba, ya sabía de quién se trataba.

—Te teníamos guardado un asiento con nosotros. ¿Por qué te sentaste adelante? —me medio recriminó Kazu.

—Le dijimos a alguien que se quiso sentar ahí que ese lugar era tuyo —añadió Emell.

—Perdónenme; no vi la silla vacía.

—Por supuesto que no, si fuiste corriendo a sentarte en ese otro lugar, con las chicas populares —bromeó Emell.

—Sí, ¿por qué habrá sido? —preguntó Kazu, con exagerado tono de burla.

—Es el único que vi —me defendí, volviendo la mirada hacia un costado. Si mi rostro llegaba a delatarme como mentiroso, no quería que lo advirtieran.

—Como sea, si quieres, puedes venir con nosotros.

—¿Si quiere? *Debe* hacerlo.

Recordé lo que me habían dicho Aira y Hana hacía un rato, y dije para tranquilizar a mis amigos:

—Sí, sí, mañana ya me sentaré con ustedes, como siempre.

La mañana siguiente, me desperté antes de que el despertador me arrancara del estado de sueño con su útilmente

odiosa melodía. Con los ojos abiertos de par en par dirigí la vista a los dígitos rojos del reloj, comprobando que le había ganado al despertador por diez minutos. Entonces me levanté de un salto, como impulsado por resortes. No tenía ganas de remolonear ese día; no terminaba de enterarme por qué, pero estaba inusualmente energético y ansiaba llegar temprano a clases.

Tuve tanto éxito, el tráfico me ayudó tanto, que me presenté a las puertas de la escuela antes de que fueran abiertas, cosa a la que no estaba para nada acostumbrado. Como en cada mañana, ya había estudiantes de todos los años esperando alrededor de la entrada. Con un largo vistazo traté de hallar un rostro amigo o al menos uno conocido, para charlar los pocos minutos que nos separaban de la hora de entrada. Mas fue a mí a quien encontraron. Alguien avanzó hacia mí; yo lo advertí viendo con el rabillo del ojo.

—¡Hola! —me saludó *ella* tan alegremente.

Haciendo un esfuerzo por mantener la compostura, siendo que había sido tomado con la guardia baja, le devolví el saludo como pude.

—Ah, hola, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Quería decirte algo ayer, pero no te encontré —agregó la chica alegre sin demora, como si tuviera prisa, ahora que lo pienso—. Yo escuché lo que te dijeron Aira y Hana ayer, y quería que no lo tomes a mal. Tú puedes sentarte en el lugar que quieras: si quieres seguir ocupando el asiento junto a nosotras, está bien.

Pasaron un par de segundos en el que, dado que no

pronuncié palabra, ella tuvo que hacerme reaccionar:

—¿De acuerdo?

—Sí, por supuesto. De todas formas... voy a cederle el lugar a Ruri —y lo que dije a continuación se me escapó; hasta lo dije dubitativamente—, para que no se separe de ustedes.

—Oh, ¡qué amable! —exclamó dulcemente la chica alegre, y sus cejas, siempre altas, bajaron y se curvaron, y en el movimiento de su barbilla bien delineada pareció revelarse un sentido sentimiento de alivio—. Te lo agradezco mucho.

—No es nada —dije, sintiéndome avergonzado.

—De todas formas... Ruri no vendrá aún. Sigue varada con su familia. Estará así un par de días más, así que, ¡no te preocupes!

Y, alejándose súbita e impredeciblemente, deslizándose por encima del pavimento, me guiñó un ojo amistosamente y me dirigió un extraño gesto de aprobación.

Y entonces sonó la campana.

«Quería decirte algo...»

Esa frase, sacada de contexto, podía prestarse a malinterpretación; podía generar falsas ilusiones, falsas expectativas en un sujeto como yo, que apenas podía mantener una conversación espontánea con la chica alegre, que me dejaba distraer fácilmente por la vitalidad de sus ojos siempre bien abiertos y por los movimientos de sus labios al hablar, y por la armonía que había entre ellos.

Y es que, cuando uno es joven, la amabilidad o la bondad de una persona para con uno puede confundirse con un afecto

inventado o exagerado —fuera de lugar, en cualquier caso—, o puede despertar en uno un sentimiento así por error, inintencionadamente.

Porque, ¿por qué iba a querer ella decirme algo *especial*, cuando apenas nos conocíamos de vista?

«...Pero no te encontré.»

¿Entonces me había buscado? No había duda de ello, a menos que hubiera estado mintiendo, y la chica alegre no parecía ser la clase de persona que mentía. Sí, me había buscado, pero no me había encontrado.

¿Dónde había buscado, que no me había encontrado?

«Qué amable», me había dicho.

¿Amable, yo? La amable era ella. Y también era amada, querida por todos.

Kari era con mucho la alumna más popular del curso y de toda la escuela, una persona ejemplar, genuinamente bondadosa y carismática. Ninguna sorpresa hay acerca de por qué le teníamos tanto afecto. Ella siempre estaba de buen humor, era una persona muy dinámica y animada. Nos trataba a todos como si fuéramos amigos de años, se preocupaba por nuestros problemas y celebraba nuestras buenas noticias. Era más solidaria, empática y amable que cualquiera. Se ofrecía a ayudar a quien fuera con lo que fuera, y a acompañar a cualquiera que lo necesitara. Y su energía radiaba en todas direcciones, levantándole los ánimos al resto. Era natural que deslumbrara a otros, por ejemplo, a mí, que me costaba devolverle un saludo sin correr el riesgo de perderme en su rostro tierno y jovial. Además, Kari era la representante del

curso en el Consejo Estudiantil... y también su presidenta. Aunque le hubiera quedado mejor el título de reina. O princesa. Y nosotros, por supuesto, éramos sus súbditos. Si a ella se le caía un lápiz, de inmediato dos de nosotros nos arrojábamos al suelo para recogerlo, limpiarlo y devolvérselo, mientras un tercero le ofrecía con igual celeridad su propio lápiz... Bueno, en esto estoy exagerando, pero no tanto. En lo que no necesito exagerar es que su reelección como representante de la clase el día anterior había sido una mera formalidad —nadie se había presentado como oponente—, y aquel año además sería reelegida como presidenta del Consejo por un abrumador margen respecto de su única rival. Tal era la confianza que teníamos en ella, no sólo en la clase 3-A, sino en toda la escuela.

«Presidenta Kari», le decíamos, porque la teníamos en tan alta estima, pero también sentíamos por ella un cariño mundano, ese que ella prefería puesto que la hacía sentir normal y que la bajaba a la tierra con el resto de nosotros. Por otro lado, según lo descubrieron mis oídos, su grupo de amigas la llamaba «Karicchi» en situaciones más bien privadas o informales.

Y, pese a que en el fondo Kari era una más de nosotros, una alumna de carne y hueso, que llevaba una vida más o menos como la del resto del curso y de la escuela, y que por ello un sujeto como yo podía acercarse a ella —siempre que lograra sortear su celosa custodia personal—, pocas veces había podido aproximármele, mucho menos ser su amigo *o algo así*, o siquiera llegar a conocer por mérito propio algún detalle de su

vida personal.

Pero muy dentro de mí creía que eso podía cambiar.

Al ser de los primeros del curso en entrar a la escuela, hallé el salón vacío. Caminé en soledad entre filas de pupitres hacia el asiento que el día anterior habían reservado para mí. No obstante, a medio camino me detuve, cuando decidí repasar en mi mente lo que la chica alegre me había dicho hacía instantes.

«...Ruri no vendrá aún.

»Así que, ¡no te preocupes!

»¡No te preocupes!»

Con una inmensa duda en mi interior, no pudiendo decidir si iba a cumplir mi palabra o permitirme quedarme cerca de la chica alegre por —tan sólo— un día más, apoyé tímidamente la mochila en el asiento de Ruri, el que le había ocupado, el que le había cuidado.

Su voz me sorprendió.

—¿Qué estás haciendo? Tenemos clase de Química, y es en el laboratorio.

Me sentí un estúpido. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado? Al mismo tiempo, el que no hubiera nadie en el salón aparte de mí pasó a cobrar sentido, por más que fuera temprano.

—Oh, sí, estaba yendo —respondí.

—Muy bien, entonces nos vemos allá —dijo ella, la chica alegre, y se dirigió con paso ligero hacia la puerta, sin querer perder tiempo, por lo visto.

Sin embargo, no terminó de traspasar la salida cuando algo

la hizo detenerse en seco y volver sobre sus pasos.

—Hey, ¿entonces hoy vas a sentarte de nuevo con nosotras?

Al contrario de lo que se podría pensar, el tono de su pregunta no reflejaba contrariedad o decepción, sino simple curiosidad.

—Hum... sí... Supongo que sí, si es que no hay otro sitio libre.

Salimos del aula juntos, como jamás en la vida lo habíamos hecho. La chica alegre se elevaba con cada paso que imprimía en las relucientes baldosas grisáceas, como quien quiere saltar, como quien quiere volar, pero sin atreverse a hacerlo. Yo empezaba a ver venir el arrepentimiento de «no preocuparme». Les había dicho a mis amigos que me sentaría con ellos, y a Kari, que le dejaría el asiento cerca de ella a Ruri. ¿Qué motivo podría tener para no cumplir mi palabra?

Un egoísmo involuntario, acaso un poco instintivo también que, sin embargo, se diluía cuando las circunstancias eran convenientes.

—Debería haber uno. Si no, yo misma pediré que te traigan un pupitre —me dijo.

No se hubiera esperado menos de parte de nuestra presidenta. Su generoso desinterés era cuando menos admirable.

—Gracias.

—En el laboratorio debería haber asientos para todos también. Si no encuentras un lugar, me avisas, ¿sí?

—Sí, por supuesto.

Faltaba un buen trecho que recorrer para llegar al laboratorio, y tenía que decir algo para que no nos envolviera

un silencio incómodo.

—Hum... Un nuevo corte de cabello, ¿verdad?

—¡Oh, te diste cuenta! —exclamó la chica alegre, algo impresionada—. ¡Qué atento! Sí, me lo recorté un poco.

—Te sienta muy bien.

—Oh, ¡qué lindo! —dijo y, pasándose una mano por el cabello, añadió—: ¿De verdad lo dices? ¿No me queda raro?

—¿Raro? No, para nada.

—Gracias, Sanke —dijo, y me regaló una de esas sonrisas azucaradas, con los ojos cerrados y la cabeza asintiendo vigorosamente, de las que nunca podía cansarme.

Bajé la cabeza al estar un pensamiento de pronto mordiéndome la nuca. La chica alegre interrumpió su permanente sonrisa. Antes de que ella pudiera preguntarme si me sucedía algo, consciente yo de que me estaba mirando, murmuré:

—Amable...

—¿Eh? —y ladeó su cabeza hermosamente, más que un cachorro.

—Hoy dijiste que soy amable... Pero la amable eres tú.

En el breve segundo que logré mirar a los ojos a la chica alegre, pues lo que estaba diciendo me avergonzaba, siendo que mis palabras provenían de mis más sinceras profundidades, noté que la había incomodado. Me pareció necesario aclarar a qué me estaba refiriendo, para que no pensara que yo en realidad quería decirle otra cosa.

—Quiero decir, te ocupas de que haya asientos para todos...

—Oh, no es nada. Es mi trabajo como presidenta —afirmó y, acto seguido, una ancha sonrisa se dibujó en su rostro.

Ello lo dijo sin ostentación, haciéndolo parecer como una labor o, mejor dicho, una responsabilidad que se le había confiado y que ella estaba feliz de poseer, y no como un cargo del que uno presume para inflar su ego vanidosamente, y que encima no desempeña como es debido.

No hablamos mucho más hasta que llegamos al laboratorio de química, aunque ciertamente logramos disipar la rara atmósfera que yo torpemente había provocado al dejar hablar a mi interior sin filtro. La chica alegre fue a ocupar su asiento, en el banco de trabajo más próximo al pizarrón, donde ya esperaban sus laderas. Yo, por mi parte, me detuve, como amarrado al suelo, mirándola.

A un lado de las chicas había una banqueta vacía.

No sabía cómo moverme de allí, pero una fuerza, un viento que sólo yo podía percibir, pretendía empujarme en *cierta* dirección. Al mismo tiempo, otra fuerza, más mental, se oponía, diciéndome que debía buscar a mis amigos y unirme a ellos.

Era el momento de tomar una decisión. Y vaya que la tomé.

No lo pensé y fui a aquel banco de trabajo incompleto.

No era bueno que hubiera un asiento vacío tan cerca del profesor. Él podría haber pensado que alguien no deseaba estar en su clase, o cerca de él, y eso podría haber herido su orgullo. Tal vez se habría sentido mal notando una ausencia tan evidente. Excusas de ese estilo pude haber ofrecido a mis amigos, de haber hecho falta.

Al menos dos tercios de aquel grupo no iban a darme la bienvenida, y aun así me atreví a intentar entrar en él. Mis

amigos iban a enojarse conmigo, y no lo consideré ni por un segundo.

Y no llegué a abrir la boca para pedir permiso cuando Aira y Hana se volvieron hacia mí de inmediato. (Eso me hace pensar que algunas personas parecen tener sensores de movimiento.) Esquivando las miradas fulminantemente desconfiadas, señalando la banqueta sin ocupar, pregunté con un descaro a medio disimular:

—¿Puedo sentarme aquí?

Aira y Hana abrieron la boca, pero no tenían motivo para oponerse. Ruri no estaba con ellas, y yo sabía que ella tampoco asistiría ese día.

—Este... Este es el asiento de Ruri. Se lo estamos guardando —dijo, sin embargo, Aira, presentando sus tibios reparos.

—Está bien, ella no podrá venir hoy —dijo la chica alegre y, volviéndose hacia mí, agregó—: así que puedes sentarte.

—Pero... es el asiento de Ruri... —insistió Hana.

—No te preocupes, cuando Ruri vuelva tendrá un lugar.

Aira y Hana guardaron sumiso silencio. Nunca en la vida habrían de osar desobedecer el mandato de su soberana, o cuestionarlo siquiera.

—Gracias, muchas gracias —dije, aliviado. Rápidamente me senté en la banqueta que estaba a la derecha de Aira; esta, sin dirigirme la mirada, arrimó su banqueta a la de la chica alegre no bien me acomodé en la mía. En el otro extremo quedó Hana; su reacción fue la de pedirle a la chica alegre intercambiar lugares. Extrañada, esta aceptó; claramente no advirtió que, al estar ahora en el extremo, quedaba lejos de mí.

Ya no era como en el aula, donde podía dirigirle una mirada cada tanto aprovechando mi ubicación; ahora la tenía al costado y con dos personas entre nosotros.

Por un momento sentí que mi decisión no había servido de nada.

El profesor de Química anunció:

—Alumnos, estas primeras clases aprenderemos cómo preparar soluciones y estudiaremos algunas reacciones químicas. Tendrán que confeccionar y entregar informes grupales.

La por mí inesperada decisión del profesor implicaba trabajar con la chica alegre y con sus inseparables adláteres. Preferí no mostrar entusiasmo al respecto, pero, a pocos centímetros de mí, Aira y Hana comenzaron inmediatamente a hablarse en voz baja y con cierta excitación. Mirando de soslayo creí advertir que Kari también intervenía en la conversación. ¿Estarían hablando mal de mí? Posiblemente; bueno, de los dos demonios era algo que juzgaba esperable, no así de la chica alegre.

Cuando sonó la campana invitándonos a salir corriendo a disfrutar del recreo, ya habíamos acordado que escribiríamos el informe todos juntos en casa de la presidenta, el fin de semana siguiente a la segunda clase de Química.

Faltaban algo así como cinco días, y yo ya me estaba imaginando cómo sería. No sabía dónde vivía Kari, aunque ella me había dicho en qué barrio estaba su casa, para que tuviera una idea de dónde sería la reunión.

Antes de salir del laboratorio y dispersarnos por los pasillos de la escuela, la chica alegre nos avisó que tenía algo que hacer.

—En un momento regreso —dijo.

Fue llamativo que me lo dijera a mí también, siendo que yo nunca pasaba los recreos con ella y sus amigas. En ese momento no entendí qué era lo que ella tenía que hacer, y hoy tampoco puedo asegurar algo. La cosa es que me marché del laboratorio en soledad. Iba caminando tranquilamente cuando dos personas me obstruyeron el paso.

Nada menos que Aira y Hana.

—¿De verdad piensas quedarte en nuestro grupo? —preguntó la primera, no tan agresiva como hubiera esperado; el tono de su voz más bien denotaba tristeza o desilusión.

—Pensé que tenías tu grupo de amigos —arremetió, en cambio, Hana—. ¿Por qué no estás con ellos? ¿Te echaron? ¿Te peleaste con ellos? ¿O ellos se pelearon contigo?

Perdiendo la paciencia, realmente deseé darme el gusto de plantarles cara de una vez. No obstante, mi lado más racional sabía que ello no era conveniente, no sólo porque aquellos demonios eran capaces de complicar mi existencia si se lo proponían, sino que, además, si la chica alegre llegaba a saber que estaba enfrentado a sus amigas, se podría alejar de mí, tomándome por mala persona. Lo mejor era no arriesgarme; si era paciente tal vez tendría una oportunidad de acercarme a la chica alegre sin guardias de por medio. Una oportunidad debía presentarse en algún momento.

—No estamos pegados —repuse—. Además, fui con ustedes porque era el único lugar libre que vi.

—Sí, pero ese lugar se lo estábamos guardando a Ruri —repitió Aira.

—¿No recuerdas? Ruri se sienta siempre con nosotras —agregó Hana.

—Entiendo. Es que no sabía que habría que hacer un trabajo grupal.

Aira y Hana se miraron entre sí. Algo se dijeron sin palabras.

—Pensé que... —intenté continuar.

No me dejaron explicar que mi idea original era la de sentarme ahí sólo por ese día. Ambas me acercaron peligrosamente los rostros cargados de miradas inquisitivas, dirigidas justo a los ojos, como tratando de leer mi mente a través de ellos.

—¿No será que...? —se preguntó Aira.

—¿Podrá ser que...? —pensó Hana en voz alta.

Pero, súbitamente, ambas se echaron hacia atrás y adoptaron una postura relajada y natural. La chica alegre se acercaba a nosotros dando sus característicamente animados pasos, llenos de energía positiva.

—Listo, ya volví —anunció ella—. ¡Oh! ¿Se enteraron? Ruri vuelve mañana.

—¡Qué bueno!

—Esas son excelentes noticias. ¿Cómo lo supiste?

—Ella acaba de escribir un mensaje a nuestro *chat*. Está por tomar el avión de regreso.

—¡Por fin, después de todo este tiempo!

Aunque tal vez se esperaba una reacción de mi parte, no dije nada; tan sólo me limité a sonreír ligeramente por cortesía. En

algún momento Ruri iba a tener que regresar. Lo acepté de inmediato, con naturalidad, sin verle un lado negativo.

Y, ya que estábamos en recreo, nos separamos; la chica alegre y sus amigas fueron por su lado, y yo fui por el mío, a encontrarme con mis amigos.

El resto del día no tuvo mucho de novedoso. Me sentía bien estando a centímetros de la chica alegre, aunque, sentado detrás de ella, no podía ver su cara más que cuando ella volteaba para hablar con nosotros, y, aun así, por motivos anatómicos, no le veía más que media cara cada vez. Sí, cuando ella tenía que decirnos algo, nos lo decía a sus amigas y a mí, como iguales, como si yo fuera miembro de pleno derecho del grupo. Así de amable era. Aira y Hana no volvieron a hostigarme, ni siquiera a mirarme como si yo fuera un extraterrestre o una especie de criatura perturbadora salida de una cueva fría y húmeda, y así, llegué a sentirme cómodo, incluso a gusto. Hasta empecé a pensar que Aira y Hana no eran tan malas después de todo, que al no conocerlas yo caía en el error de exagerar acerca de su personalidad o de tener prejuicios acerca de ellas, o que tal vez lo que pudiera pensar de ellas se debía a que no entendía su forma de ser. Tal vez no me despreciaban como algunas de sus actitudes podían sugerir. Tal vez el día que nos reuniéramos para el dichoso trabajo de Química lo pasaríamos bien, y llegaríamos a hacernos amigos... O quizás no tanto, siendo un poco más realista.

Realmente quería conocer más de Kari.

Capítulo 3

La mañana siguiente volvió a verme levantarme temprano, ganándole al despertador por un escaso minuto y medio. Tenía sueño, es verdad, pero lo ignoraba. Por esa vez, había priorizado mis ganas de llegar temprano a la escuela por sobre el beneficio de descansar unos minutos más. No es que hubiera corrido a la escuela de todas formas, ni llegado antes de que abrieran las puertas. Éstas ya estaban abiertas de par en par cuando llegué, así que derecho fui al aula y —finalmente— al asiento que sí había sido reservado para mí. Un fugaz pensamiento me hizo ver que había sido un poco desagradecido con mis amigos, rechazando sentarme con ellos y yendo en su lugar —prefiriendo ir, se podría decir— con la chica alegre y sus amigas. Pero ya no había necesidad de seguir siendo un desagradecido, un ingrato. La temprana presencia de Ruri en *su* pupitre me lo confirmó. Cruzamos una breve mirada, sin atrevernos a saludarnos apropiadamente, aunque ambos meneamos la cabeza muy ligeramente para mostrar que no nos ignorábamos mutuamente.

Me senté y saludé a Emell, quien hojeaba su cuaderno detrás

de mí.

Unos segundos después, se abrió la puerta del salón y entraron Aira y Hana. Tan pronto como vieron que Ruri estaba por fin de vuelta, corrieron a saludarla. Las tres chicas se abrazaron emocionadas delante de la primera fila; Aira y Hana no tardaron en cubrir de preguntas y de comentarios a su amiga.

Yo apenas presté atención a la escena y, en cambio, miraba hacia otro lado.

—Ya llegará —susurró Emell en mi oído.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, haciendo como que no entendía.

—Sabes de lo que estoy hablando. ¿O te lo pregunto en voz alta?

Me aterré súbitamente.

—No, no va a hacer falta.

Volví a poner la mirada en la puerta, que llevaba un minuto completo sin ser abierta.

—¿No te parece mucho? Quiero decir, ¿cuánto tiempo pasó? Tres años, creo.

Sólo pude desviar la mirada, sin emitir comentario al respecto. Francamente no tenía nada que decirle aparte de que eran dos años y no tres los que había pasado mirando a la chica alegre como a nadie más. Pero, fueran dos años o tres, sí sonaba como un tiempo excesivamente largo, sobre todo teniendo en cuenta que yo no había hecho ningún avance, que no me había acercado a ella salvo por los eventos del par de días anteriores. Y ahora tenía en un futuro muy cercano una posibilidad de

conocer más de ella, yendo a su casa, aunque fuera tan sólo para hacer la tarea.

Emell tenía razón. Tal vez era momento de arriesgarme.

—Así que vuelve arrastrándose —dijo Kazu, imprimiendo a sus palabras un fingido aire de superioridad a modo de broma. Emell y Pier ya ocupaban sus asientos.

Apoyé la mochila en la silla, sin sentarme. Después de todo, el recreo no terminaba aún.

—Estábamos pensando en hablar con la Presidenta y su equipo.

No tuve que preguntar el motivo para que me lo explicaran.

—Es por el tema del trabajo grupal de Química —comenzó Emell.

—Ya que Ruri está de vuelta con ellas, les propondremos el cambio: nosotros les damos a Ruri y tú vienes con nosotros —aportó Kazu.

—Por qué lo dicen como si fueran a intercambiar prisioneros... —dije, sin mirarlos.

—Así estaremos juntos los cuatro, como debe ser —añadió Pier, ya perfectamente integrado a nuestro pequeño círculo de amigos, y haciendo caso omiso a mis palabras.

—Bueno —dijo Kazu, levantándose pesadamente, como si prefiriera seguir sentado—, ¿vamos ahora?

Pero yo no me movía, y mi rostro inclinado, medio oculto, expresaba indecisión. Emell y Pier me miraron con atención, esperando una reacción de mi parte. Yo hice a un lado la mochila lenta y sosegadamente y en silencio, y me senté sin

prisa, listo para la próxima clase. Kazu se molestó un poco por mi actitud.

—Tal vez después —me limité a decir, pensando que, si aplazaba el momento de decidir qué era lo que iba a hacer, tendría mayores probabilidades de elegir la opción correcta.

Pero ¿tenía yo opción?

Aquello no era como un examen de opción múltiple, en el que a uno se le dan opciones, y lo que uno elige puede ser correcto o incorrecto y ya. En la vida real hay consecuencias, o efectos, al menos, de lo que uno escoge.

—¿No quieres...? —me preguntaba Kazu, pero a mitad de camino se dio cuenta de lo que ocurría, y se corrigió—. ¿Quieres hacer el trabajo con ellas?

Me quedé callado porque no quería mentirles a mis amigos ni admitir la terrible verdad. Lo que logré con ello fue colmar la exigua paciencia de Kazu.

—¡Ha! —exclamó sarcásticamente, y afirmó—: Ya veo. Eres un... un traidor.

Abrí los ojos de par en par y lo miré seriamente. Lo que había dicho no me hacía gracia.

—Es un traidor —les repitió a Emell y a Pier. Éste dijo:

—¿Traidor? Qué fea palabra.

—Pero lo es. ¿Y saben qué? Los traidores deben ser castigados.

Entonces, inspirados por una oportuna idea, imbuidos de una extraña energía, Emell y Pier se levantaron de sus asientos en simultáneo.

—Vamos —me invitó a ponerme de pie Kazu,

acompañando su palabra de un gesto apropiado.

Los cinco o seis compañeros que habían permanecido en el salón se volvieron hacia la escena. Habrían pensado que estaba por tener lugar una pelea. Yo me levanté sin mucho querer hacerlo. Tenía un mal presentimiento acerca de lo que habría de suceder; casi daba por hecho que no iban a hacerme una simple broma.

Kazu, entonces, extendió sus brazos hacia mí y me sujetó en un nada cariñoso abrazo, procurando que no pudiera yo mover los hombros.

—¡Sujétenlo! —ordenó.

Emell y Pier obedecieron de inmediato. El segundo se arrodilló para atar mis piernas con sus brazos. Entre Kazu y él me alzaron.

—Eh, esperen, ¿qué hacen?

Viendo que mis brazos se podían mover aún, y que yo los agitaba con fuerza, Emell los atenazó, y ayudó a nuestros amigos a mantenerme en posición horizontal. Así me sacaron del aula.

—Ya, bájenme, ¿qué hacen? —insistí.

Pero no me hacían caso, especialmente Kazu. Fui transportado por el corredor ante la atónita mirada de alumnos de todos los cursos, pero no de algún profesor. ¿Será que ellos no están cuando uno realmente los necesita?

Salimos al patio, donde todo aquel que nos veía nos dejaba pasar, contrario a mis deseos.

—Quieres estar con la Presidenta... Vamos con *tu* Presidenta... —murmuró Kazu.

Entonces logré divisar a la chica alegre y a sus amigas, conversando tranquilamente junto a una pared, en la sombra. Hacia allá fuimos, y hasta que nos acercamos lo suficiente a las chicas mis amigos no se detuvieron. Acto seguido, me bajaron, dejándome de pie frente a Kari. Instintivamente sus amigas dieron un paso al frente para protegerla.

Kazu lo dijo de una vez. Fue muy brusco. Demasiado brusco.

—Vinimos a traértelo —le dijo a Kari, refiriéndose a mí, e ignorando las feroces miradas de su guardia real—. Él está enamorado de ti.

Mi reacción fue la de petrificarme instantáneamente. Como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago, me quedé de pronto sin aire. No sé si la chica alegre estaba más sorprendida que yo; en su rostro su sonrisa se desdibujó, quedando entre sus labios una suave curvatura, apenas perceptible.

—¿De qué estás hablando? —preguntó rudamente Aira, acaso queriendo entender el chiste que no era tal.

—Quédatelo. Acéptalo, es tuyo —prosiguió Kazu, todavía hablándole a Kari, con las manos en mis hombros.

¿Cómo podía ser que me estuviera sucediendo aquello? ¿Y cómo podía Kazu hablar de mis sentimientos tan ligeramente? Bueno, la respuesta es obvia: no eran los suyos. Ni yo me había atrevido a usar la palabra «enamorado» una sola vez, ¡y él acababa de lanzarla sin más, ensuciándola! Para colmo de males, a nuestro alrededor ya había empezado a congregarse gente de todos los cursos. Algunos debieron habernos seguido

desde los corredores o desde el salón, cuando me vieron ser llevado a la fuerza, prácticamente secuestrado.

Y peor aún, la chica alegre no emitía palabra.

Tan sólo nos observaba con una expresión desconocida en los ojos, sin moverse, sin hablar.

Ella también esperaba que le dijeran que todo era una broma —de pésimo gusto, por cierto—, pero nadie lo decía, y ahora esperaba que sucediera algo. Lo que fuera.

—¡¿Qué?! —exclamó Hana, indignada—. ¡¿Él...?! ¡¿A él le gusta nuestra Presidenta?!

—Sí, y se lo trajimos —respondió Pier.

—Ahora abrázalo y dale un beso. No lo rechaces; no le rompas el corazón —dijo Kazu, en un fingido tono de súplica.

—El corazón es un órgano frágil —observó Pier estúpidamente.

Todos —absolutamente todos los testigos— dirigieron entonces su vista a la chica alegre. Pero el desconcierto por la situación había hecho al mutismo de aquélla inquebrantable. El público en derredor estaba expectante; de él apenas salía algún rumor aislado.

Entendiendo que Kari no quería estar allí, Aira y Hana volvieron a interponerse entre nosotros, y pretendieron alejarnos.

—Bueno, ya fue suficiente, ya nos reímos todos.

—Sí, ¿sólo para *esto* vinieron?

Ruri, por su parte, hizo una mueca de lástima de esas que hieren orgullos, y que presurosamente se encargó de ocultar volviéndose hacia la Presidenta. Tomándola suavemente de los

hombros, la condujo lejos de mí. Kari en ningún momento quiso voltear y mirarme...

Y mis amigos tenían que insistir un poco más.

—¡Acéptalo, acéptalo! —le decía Kazu, y me daba suaves empujones para acercarme a Kari.

—Pobre, aquí está, abriendo su corazón —continuaba Pier.

—Se le va a romper...

Se volvió hacia Emell.

—¡La cinta!

Nunca supe de dónde había salido la cinta adhesiva, pero ahí estaba, en el bolsillo de Emell. Él la tomó y rápidamente empezó a envolverme el pecho con ella, mientras Kazu y Pier me sujetaban con fuerza de los brazos para que no los moviera.

—¡Se le rompió el corazón! ¡Lo pegaremos con cinta! —exclamaban a los presentes, mientras adherían más trozos de cinta a mi pecho.

Aturdido, yo dejaba hacer, no me resistía. Oía las risas que habían empezado a surgir en la muchedumbre estudiantil, y no me importaba en lo absoluto, como tampoco reaccionaba a los forcejeos de Aira y Hana con mis amigos y sus palabras tan poco felices. Kari ya estaba a salvo en un lejano rincón del patio. No me había aceptado ni me había rechazado. Había sido casi indiferente a mis sentimientos, los cuales, por otra parte, no habían sido confesados por mí. Yo había estado tan callado como ella, superado por la situación. Otros se habían confesado en mi nombre, habían arruinado lo que yo algún día soñaba con ser capaz de lograr.

Nacía en mí un sentimiento de amargura.

Y luego sonó la campana.

Al menos unos cinco o seis minutos tarde.

¡Demasiado tarde!

No fue fácil volver a entrar al salón de clases luego de aquel incidente. Si alguien de nuestro curso no lo había presenciado, para cuando volví a cruzar la entrada ya se había enterado gracias al infalible chismorreo, más rápido que la luz.

Procuré no hacer contacto visual con nadie, y aunque en ningún momento quise mirar al par de pupitres de la primera fila, puedo decir que la chica alegre tampoco quiso mirarme a mí.

Me senté en el asiento que desde el primer día estaba destinado para mí, junto a mis amigos. Los que me habían humillado hacía instantes.

Menos mal que eran mis amigos.

En un momento de descuido, desvié involuntariamente la mirada y vi a las tres cabezas de la serpiente cuchichear entre sí animadamente y a espaldas de la chica alegre. Las tres me atravesaban con fugaces miradas de un solo ojo y hablaban al mismo tiempo y sin parar, como si a cada una no le hiciera falta escuchar a las demás. Y la chica alegre no se movía, enfocada como debía estar en sus asuntos o en la clase. Por un segundo las miré, y eso me bastó para ver los labios de Aira moverse como cuando uno dice la palabra «perdedor», mientras me daba una mirada gélida, desprovista de humanidad y acusadora.

Para cuando llegó la hora del almuerzo, yo ya sabía que no

iba a probar bocado. No deseaba comer, sólo ponerme de pie en cuanto sonara la campana y retirarme a dar un largo paseo por los terrenos de la escuela. Así lo hice; me permití comportarme de manera independiente por un rato.

De todas formas, no estaba realmente triste, ni tampoco furioso, pero sí tenía ganas de estar solo, lejos por un tiempo de mis amigos y de las chicas populares. Mi orgullo se había resentido, y mi reputación bien pudo haber sido afectada de algún modo, aunque, o eso es lo que creía entonces.

Ruri me pasó por un costado; cuando me di cuenta ya me había dejado atrás. Yo estaba de pie junto a la puerta de un aula ajena, apoyado en su marco, cuidando de no emerger en el pasillo para no ser visto.

—Ruri, sabemos que no tienes grupo para el trabajo de Química —oí decir a una distancia relativamente corta. Era la inconfundible voz de Kazu.

—Sí que lo tengo. Es sólo que...

—Sí, lo sabemos. Sanke está en tu lugar ahora.

—Pensábamos hacer un intercambio: Sanke viene con nosotros y tú vuelves con tus amigas. Pero Sanke no parecía entusiasmado con la idea —acotó Emell.

Ruri hizo una pausa breve pero significativa antes de decir:

—Él ha de tener sus razones.

—Y ahora no lo encontramos por ninguna parte para preguntarle de nuevo si quiere venir con nosotros.

—Así que, ¿qué te parece si por esta vez te unes a nuestro grupo? Nos falta uno para ser cuatro integrantes.

Ruri se tomó su tiempo para responder.

—De acuerdo —dijo finalmente, sin entusiasmo, aunque tampoco estaba rechazando de plano la propuesta—, pero será mejor que lo consulte antes con las chicas.

—Genial. Si te dan permiso, ven a hablarnos después de clases para los detalles.

Luego de este corto diálogo, mis amigos se fueron por su lado y Ruri de seguro habrá ido a hablar con sus amigas, volviendo a pasar junto a mí, que seguía con un pie dentro y el otro fuera de esa aula, negándome a asomarme al corredor. Ruri pasó lentamente; tal vez sabía dónde me estaba ocultando y me miró de reojo. No tengo forma de saberlo; de todas formas, es irrelevante.

Ya al día siguiente, el mundo y la escuela parecieron volver a la normalidad. Del episodio que había protagonizado nadie decía nada, ni se murmuraba palabra alguna a mis espaldas, hasta donde supe, y casi no se me dirigían miradas condescendientes, divertidas ni burlonas. Tal vez el episodio había sido exagerado en mi mente, o la falta de decisión de Kari lo había hecho menos espectacular, menos memorable. Tal vez la gente se lo había tomado todo como una broma infantil perpetrada por alumnos del último año, nada que se pudiera considerar serio.

Di media vuelta en la cama, poniéndome de cara a la pared. En un rincón había quedado tirado el recipiente con la comida del día anterior, el de la ignominia. Días después, al recordar su existencia, lo abrí y vi que la comida se había llenado de hongos, por lo que la tuve que tirar.

Seguí pensando un rato más, pero ya había pensado demasiado acerca del asunto.

Además, considerando que era lo correcto —aunque tenía razones para creer que me había precipitado en mi decisión—, había accedido finalmente al «intercambio» que tanto querían mis amigos y que tan bien haría sentir a Kari, Ruri, Aira y Hana (sobre todo a la primera). Contra todos mis deseos, le había dicho a Ruri breve y discretamente que renunciaba como miembro del grupo, y que le dejaba mi lugar a ella. Tuve que decírselo a ella porque no deseaba hablar directamente con Kari luego de lo ocurrido. Hubiera odiado incomodarla de nuevo; me hubiera costado enfrentar su rostro sabiendo que ella sabía de mis sentimientos.

Sí, ella lo sabía ahora, pero, de todos los resultados posibles, había elegido el peor para mí. Si me hubiera rechazado, lo cual había sido algo esperable, hubiera sido una lástima, y me hubiera obligado a tomar la decisión de olvidarme de ella o de intentar conquistarla de verdad y por mis propios medios. Y, si me hubiera aceptado, hubiera pasado la noche extático y no sumergido en una soledad a la que al menos temporalmente no le podía ser indiferente. No, ella había elegido el silencio. No se había molestado en rechazarme —cosa que no suele requerir de más de unas cuantas palabras sencillas—, si lo que quería era que yo no me ilusionara con ella.

¿No había querido lastimarme? ¿O no se había tomado en serio la revelación de mis sentimientos? ¿O el que yo estuviera enamorado de ella le parecía un asunto de nula importancia, indigno de ser considerado?

No sabía qué pensar.

Pensaba en que no sabía qué pensar.

El fin de semana que le siguió a mi fallida entrega forzada a la chica alegre me reuní con mis amigos —no para hacer el dichoso trabajo de Química, sino para pasar el rato y jugar videojuegos—. El sábado a la tarde nos vimos en la casa de Kazu.

No lo queríamos admitir, pero el aroma de la reconciliación flotaba en el aire.

—Esta no se las voy a perdonar —les dije a los tres, sin quitar la vista de la pantalla. Estaba sosteniendo una lucha con Kazu a través de personajes de fantasía de un famoso videojuego de peleas.

—Pero ¿de verdad te gusta la Presidenta? ¿O es un *presentimiento*? —inquirió Pier, quien de momento estaba de espectador.

—¿Cómo que presentimiento? —preguntó Emell. Yo tampoco había entendido a qué se refería con aquella palabra.

—Tienes que intentarlo de nuevo. Confesarte. Invitarla a salir.

—¡Ja! De seguro no quiere volver a verme, gracias a ustedes —repuse seriamente.

—Eso no es cierto.

—Venganza... —clamé en tono solemne.

El personaje que yo estaba manejando le dio una paliza brutal al personaje de Kazu, vengando así mi honor, cruelmente mancillado.

—Cómo es que haces ese truco... —se lamentó Kazu—. Y otra cosa, si Kong Lün supuestamente es chino, ¿por qué le abrió el pecho a Steve con un *kunai*? ¿No es esa un arma japonesa?

—¿Cómo sabes que es un *kunai*?

—¿No lo viste? Es obvio que lo es. Además, lo tenía escondido bajo la ropa. Eso es casi hacer trampa...

—Como sea —dije, estirando los brazos y la espalda, tras haber estado un buen rato en la misma posición—, ya va siendo hora de irme.

—¿No te quedas un rato más?

—No, ya dije que estaría de regreso antes de la cena.

—Pero un día me tendrás que enseñar esos trucos.

—Sí, están en una página; luego te digo en cuál.

Salí y afuera ya estaba oscuro. A esa hora, siendo no muy tarde en la noche, podía tomar el autobús y regresar rápido a mi casa, y eso fue lo que hice. En la primera esquina camino de la parada, detuve mi andar para echar un vistazo a la lejanía, en dirección al vecindario donde la chica alegre vivía, aunque ciertamente no sería capaz de divisar nada interesante. No se me cruzó por la cabeza la idea de dirigirme hacia allí y explorar el terreno...

Eso ya lo había hecho antes de reunirme con mis amigos.

Sí, había salido temprano para ir a la casa de Kazu por un camino más largo. No sabía exactamente dónde vivía la chica alegre, pero tenía una idea aproximada en base a lo que habíamos hablado en el laboratorio de química días atrás, en el tiempo en que yo había estado más cerca de ella. Pero, ya que

no iba a realizar el trabajo con ella y sus amigas, al menos quería quitarme las ganas de conocer su vecindario.

A pesar de que la casa de la chica alegre no debía estar muy lejos de la mía —estimaba yo una distancia de treinta cuadras—, no recordaba haber estado antes en esa zona de la ciudad.

Cruzando una importante avenida el paisaje cambia de forma que cualquiera que no estuviera muy distraído lo notaría. En esa parte de la ciudad las aceras son más anchas de lo usual. Las calles principales están arboladas, lo que les añade atractivo. Las casas son grandes y típicamente de dos plantas, con dos amplias ventanas —una a cada lado de la puerta— y otras dos igual de amplias en la planta alta, desde donde se debe tener una perfecta visibilidad de la calle. Tal vez la chica alegre habitaba una de esas casas, harto espaciosa para su familia, que por aquel entonces suponía que consistía tan sólo en ella y sus padres, puesto que jamás había oído que ella tuviera hermanos. Se me ocurrió que, si tal era el caso, entonces la chica alegre tendría una gran habitación con vista a la calle, y que por las noches se asomaría para contemplar el tranquilo barrio... o por las tardes también. No deseaba adentrarme demasiado en aquellos lares, no sólo para no demorarme mucho en llegar a la casa de mi amigo, sino porque, si por casualidad me topaba con la chica alegre, tendría que inventar una excusa para estar allí.

¿Qué excusa o motivo podría ofrecer? Era mejor tener algo preparado, por si acaso. Se me ocurrió que sería suficiente decir que estaba yendo a la casa de Kazu, lo cual, después de todo, era la verdad.

Pensé que era bueno no tener que mentir, y también que sería lo ideal mantener una expresión espontánea y natural al hablar con Kari, en una situación como la que pensaba que podía presentarse.

Por lo pronto, no dejaba de caminar, ensimismado en estos pensamientos y en muchos otros de menor relevancia, pero que aun así entraban y salían de mi mente, distrayéndome y nada más.

Doblé a la derecha una esquina.

Y, de pronto, choqué de frente con alguien que venía en sentido contrario.

Por el choque nuestras cabezas se golpearon, lo mismo que nuestros torsos. Yo trastabillé y caí sentado, y la otra persona cayó hacia atrás, quedando de espaldas.

Rápidamente me incorporé y le ofrecí la mano para que se levantara, pidiéndole perdón con toda sinceridad. Pero la joven que tenía enfrente se irguió casi al mismo tiempo que yo y, pasándose la mano por la adolorida frente, rechazó mi intento de ayudarla.

Luego nos miramos cara a cara.

—Ah... —se me escapó. Estaba estúpidamente estupefacto. Ella no estaba menos sorprendida que yo.

Era Hana.

De alguna manera advertí en ese preciso momento que se le había caído el celular. Lo recogí y le pregunté si era suyo. En la pantalla aún encendida vi el mapa del barrio.

—Sí, gracias —respondió ella, echando un vistazo al aparato y constatando que por fortuna no había sufrido daños.

Nos quedamos callados por un instante.

—Perdón, no vi por dónde iba —dijo Hana, con una timidez desacostumbrada en ella.

—No, perdóname tú, yo tampoco estaba atento —me apresuré en decir—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —replicó Hana, pero volvió a pasarse la mano delicadamente por la frente. No llegué a ver si le había provocado una contusión.

Hicimos un incómodo silencio de nuevo por un par de segundos, evitando mutuamente el contacto visual.

Por fin asentí ligeramente y me empecé a mover. Seguí camino por la calle por la que había enfilado. No obstante, tras dar un par de pasos, oí la voz de Hana.

—Eh...

Me di vuelta por reflejo más que por haber esperado que quisiera llamar mi atención. Regresé a su lado.

—¿Sucede algo?

—Ah... Perdón, qué tonta soy, creo que no entiendo el mapa —dijo ella nerviosamente.

Me mostró el celular.

—¿Sabes dónde está la calle R*? —agregó—. Sé que está cerca...

Lamentaba no poder ayudarla. Como dije, aquella era probablemente mi primera vez en esa zona de la ciudad, y no había estado prestando atención a los nombres de las calles. De todas formas, miré el mapa en busca de esa calle en particular. En ese momento, oí un vehículo pasar raudamente junto a nosotros. Y justo cuando iba a decirle a Hana hacia dónde (creía

yo) tenía que ir, me distrajo el sonido del vehículo frenando con cierta brusquedad.

De un lujoso automóvil negro se apeó una linda chica vestida elegantemente. Pronto la reconocí a ella también: era Aira. Ella llamó a su amiga mientras hacía ademanes exagerados:

—¡Hana! ¡Aquí estoy!

—Ah, ahí está —dijo Hana en un suspiro y ya alejándose sin demora. Sin embargo, se tomó un segundo para darse la vuelta y decirme, con una sonrisa leve y sincera en el rostro:

—Gracias.

Yo también me puse en marcha para no ver a las amigas encontrarse y ver cómo Aira le preguntaba a Hana qué estaba haciendo conmigo, lo cual no me interesaba y probablemente no hubiera sido algo divertido de presenciar.

Lo llamativo e interesante era la humanidad que había visto escapar de las maneras de Hana.

Para no seguir perdiendo el tiempo, decidí volver sobre mis pasos y dirigirme de una vez a la casa de Kazu. Más adelante habría de hacer una visita más extensa al barrio de la chica alegre.

Capítulo 4

Me equivocaba en pensar que el incidente de la declaración forzada a Kari (qué difícil es encontrarle un nombre a lo que me hicieron) tendría consecuencias duraderas en mi reputación. En realidad, aquellos que no me conocían —que eran prácticamente los alumnos de todos los otros cursos de la escuela— rápidamente no tardaron en olvidar lo ocurrido. En ello tenía que ver el hecho de que yo no fuera alguien muy conocido en la escuela, ni mucho menos popular.

Sin embargo, yo sentía que el incidente había puesto a la chica alegre aún más lejos de mí. Como si no hubiera habido ya una gran distancia sentimental entre nosotros. Tal vez, analizándolo fríamente, después de tanto tiempo, no había sido tan así, y por eso afirmo que *sentía* que la chica alegre se había vuelto más inalcanzable para mí.

Tal vez era una exageración de mi mente que la chica alegre, durante las semanas siguientes al dichoso incidente, había evitado pasar cerca de mí, o mirarme, o hablarme, o que había minimizado las oportunidades (¿o el riesgo?) de hacer tales cosas.

En tal coyuntura bien pude haberme resignado y empezado a pensar que quizás no tenía sentido intentar acercarme a ella.

Pero entonces llegó a mis oídos un rumor.

La reconstrucción de los hechos es la siguiente:

Uno de nuestros compañeros del fondo del salón, probablemente Miche —el muchacho a quien el cabello le cubría casi completamente los ojos, cosa que no parecía molestarle—, redactó un mensaje en un trozo de papel, lo dobló y dio instrucciones para que aquel llegara a las amigas de Kari. No obstante, el documento fue interceptado en medio de su travesía por un alumno que, ignorante acerca del carácter secreto del mensaje, y creyendo erróneamente que iba dirigido a él, leyó su contenido. Al darse cuenta de que él no era el destinatario del mensaje, se volvió hacia atrás, donde varios compañeros le explicaron con gestos e insultos proferidos en susurros que el papel debía viajar hasta las primeras filas.

Ese despistado alumno, que era ni más ni menos que mi amigo Kazu, me reveló el mensaje. El mismo decía que un estudiante de la clase 3-C estaba interesado en Kari, y preguntaba a sus amigas si sería «aceptable» (esa fue la palabra que usó el joven, según el testimonio de Kazu) invitarla a salir.

Estábamos en recreo cuando Kazu me relató el hecho, del cual no me había percatado cuando sucedió por haber puesto atención a la clase, cosa que suele ocurrir cuando uno asiste a la escuela. Yo oí sus palabras sin dejar de mirar hacia el patio desde detrás de una de las ventanas del primer piso, entreteniendo a mis ojos con el ir y venir de los estudiantes. Internamente, mi reacción fue la de sentirme desesperanzado, y consideré que el

sujeto —fuera quien fuera— tenía posibilidades con la chica alegre, aun cuando no sabía qué le habían respondido las amigas de ella, o si le habían respondido siquiera. Mientras tanto, buscaba desde las alturas las cabezas de Aira, Hana y Ruri, mas no aparecían; no las podía distinguir de toda esa gente que se movía animadamente, como hormigas, sólo que sin un rumbo definido.

«Era algo esperable. ¿Cómo no lo vi venir? —me pregunté—. Es definitivamente imposible que sólo yo me haya fijado en la chica alegre. Sería muy ingenuo de mi parte creer que nadie más le haya echado el ojo, que nadie más la quisiera también, que esté deslumbrado por su forma de ser, obnubilado por su luminosa aura...»

—Creo que ya sé quién es —anunció Pier, sumándose a nosotros. Sus palabras, por haber sido dichas en voz alta, fueron indiscretas. Quise darme vuelta y decirle que se callara, pero una reacción de ese tipo hubiera hecho a la escena aún más visible, y me hubiera delatado como parte interesada. Elegí guardar silencio y no inmutarme.

—¿Y bien? ¿Quién es? —inquirió Kazu.

—No sé su nombre, pero sí es de la 3-C. Es un sujeto alto, que se peina hacia atrás.

—Creo que sí he visto a alguien así —pensó Kazu en voz alta.

Luego se volvió hacia mí.

—Lo bueno es que, si la Presidenta le dice que no, entonces será toda tuya.

—Pero ¿y si le dice que sí? —preguntó Pier.

—En ese caso, para que no ocurra, deberías ir a confesarte antes que él —respondió Kazu, quien aún me miraba.

—Ya veo, como anotar un gol al último minuto de un partido —dijo Pier.

—Algo así.

—Cállense —les dije, todavía inmóvil—. Sólo cállense.

Sin nada más que hacer en mi incómoda compañía, Kazu y Pier se retiraron. Emell los siguió luego de darme una palmada en el hombro y decirme:

—No te hagas problema.

En cuanto supuse que mis amigos ya habían bajado por la escalera a la planta baja, comencé a caminar en la dirección contraria. También iba a bajar, pero por la otra escalera. Empezaba a tener pensamientos acerca de la situación cuando, de pronto, divisé a Aira caminando junto a un joven... alto y de cabello oscuro peinado hacia atrás. Entre ellos y yo se interponían alumnos, por lo que no pude fijar la vista en Aira y el misterioso sujeto, ni seguirlos con la mirada. Habiendo detenido mis pasos, los miré seriamente desde la distancia por un instante, los miré caminar sin prisa y hablar amenamente. Aira no se veía irritada o molesta, como cuando *tenía que* dirigirme la palabra.

Eso era porque Aira no me conocía a mí, porque al parecer abrigaba algún prejuicio en mi contra por alguna razón, porque no se había molestado en tratarme justamente, imparcialmente.

Con esas consideraciones, mi situación sonaba como algo injusto. Era muy fácil para mí pensarlo así; era muy fácil para

mí equivocarme así.

Pasaron varios días sin noticias acerca del joven que aparentemente quería invitar a la chica alegre a salir. Durante ese tiempo estuve más o menos concentrado en temas estrictamente académicos, y en un momento llegué a la conclusión de que la chica alegre y aquel estudiante no estaban saliendo, fuera porque ella lo había rechazado o porque sus amigas no lo habían aprobado como candidato para empezar. Mi informante involuntario, Kazu, no había llegado a saberlo (ni se había preocupado de hacerlo). De cualquier manera, al menos de momento me parecía que la chica alegre seguía «libre».

Y yo ya no quería volver a pasar por las desagradables sensaciones que había tenido.

Reconocía que tal vez ya era hora de confesarme o de intentar acercarme a la chica alegre, al menos. Todos mis amigos me lo decían las pocas veces que surgía el tema en nuestras conversaciones, y en mi fuero interno estaba a punto de admitir que tenían razón.

Pero también cargaba con una inseguridad acerca de mí mismo tan arraigada como insoportable, y pesimismo acerca de mis posibilidades con la chica alegre, y con el temor de abrir mi corazón sólo para terminar quedando en ridículo. No sabía cómo iría a reaccionar si la chica alegre me rechazaba...

Y al final, cuando meditaba sobre el asunto, nunca terminaba decidiéndome a reunir el valor suficiente para confesar mis sentimientos y, en consecuencia, nada sucedía; no

llegaba a averiguar si le gustaba a ella o no. Y así era como pasaban los días, uno tras otro, acumulándose irremediablemente. Con el tiempo, sin embargo, el permanecer en aquella especie de limbo sentimental me movió lentamente a desesperación. Cada vez que veía pasar a la chica alegre por delante de mis ojos o por un costado sentía «medio morirme», como dice la canción. Mi corazón era una olla a presión, y mis sentimientos, el fuego que lo calentaban muy despacio. Era preciso liberar esa presión —esa tensión— interna de una vez.

Eché la cabeza hacia atrás y me pregunté cómo debía hacerlo. «¿Cómo se consigue estar un rato a solas con la chica alegre, cuando siempre está acompañada por sus amigas u ocupada en alguna actividad? Llega a la misma hora que sus amigas, pasa el día con ellas —se sienta con ellas, anda con ellas durante los recreos—, y se va con ellas. Quizás si participo en alguna actividad extracurricular, como las tutorías antes de los exámenes...».

Ya había asistido a dos de esas clases el año anterior. Kari y otros de los mejores alumnos de la clase hacían de tutores, preparando a los estudiantes —sobre todo los menos favorecidos— antes de algún examen importante. Yo había ido no tanto para repasar conceptos como para ver a la chica alegre, aunque el precio a pagar era el de levantarme temprano e ir a la escuela un sábado. No, esas cosas eran insignificantes en comparación con pasar un rato en el mismo espacio físico que la chica alegre. Pero a ella la reservaban como se reserva una mesa en un restaurante —una mesa que me parecía no tener permitido ocupar—, me asignaban otro tutor, y me terminaba

aburriendo, sobre todo porque las tutorías no me eran imprescindibles.

Tampoco era yo un estudiante tan brillante como para hacer de tutor.

«¿Tal vez sumarme a ese grupo de voluntarios en el que está ella?»

Era de público conocimiento que una o dos veces al mes Kari realizaba tareas como acompañar a adultos mayores o visitar a enfermos en un hospital. Era una de las tantas cosas por las que la admirábamos y le teníamos devoción.

Pero finalmente la idea para cambiar mi situación me surgió en una clase de Educación Física.

Al principio de la clase, el profesor nos llamó a todos para hacer el anuncio que se hacía todos los años a todos los cursos.

—Antes de comenzar, haremos las pruebas de clasificación para el torneo interescolar de atletismo.

Y, mostrando un manojo de papeles que traía bajo el brazo, agregó:

—Aquí anotaré a todos los que quieran participar este año, así que acérquense para que escriba sus nombres en la lista. Cuando los llame... No, mejor formen una fila...

Pero lo que tenía en mente le resultó muy complicado de poner en práctica, y no tardó en darse por vencido.

—¿Saben qué? Tengan las planillas y anótense ustedes.

Y le tendió los papeles al alumno que tenía más cerca. Acto seguido, fue a tomar asiento a un costado.

—¿Y qué hay de los que no queremos ir? —preguntó alguien.

—Ya podemos jugar a la pelota, ¿no?

—Ni lo sueñen —replicó el profesor descaradamente, ya reclinado en la silla que siempre llevaba al gimnasio para pasar la clase sentado en ella, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y sin siquiera mirar a quien le había hecho la última pregunta—. Los que no vayan a participar de la prueba comiencen a trotar, vamos. Cuando terminen de anotarse en la lista, tráiganla.

Las planillas ya circulaban con agilidad. No había demasiado interés entre los alumnos en asistir al torneo, por lo que varios de mis compañeros le pasaban las hojas a otro sin escribir su nombre, o incluso rehusaban tomar las hojas. Uno de los que hizo esto último fue Kazu.

—No me des eso. Jamás iré.

Emell tomó las planillas y, sin siquiera dignarse a posarles la vista encima, me las pasó a mí, que estaba sentado en el piso a su lado. Y yo, de manera contraria a mis amigos, recibí las hojas y les eché un vistazo. En cada hoja había una disciplina diferente: salto en alto, salto en largo, carreras de cien, de cuatrocientos y de mil seiscientos metros...

Rápidamente escribí mi nombre en todas las hojas, para maximizar las probabilidades de clasificar en alguna de las disciplinas, y así poder participar en el torneo. Mis amigos me miraron extrañados. Nunca había intentado entrar al torneo de atletismo, y ahora mostraba un interés desmedido, fuera de toda lógica... o no tanto.

Es que supuse que la chica alegre seguramente iría a participar en el mismo torneo, como lo había hecho en los dos

años anteriores. En su primer año en la escuela incluso había ganado una medalla de bronce —la única de la escuela en toda la competencia—, y en honor a tal logro habían puesto una foto suya con la medalla al cuello en la vitrina de trofeos del vestíbulo, y una copia en la cartelera de anuncios generales, también en el vestíbulo de la escuela, para que todos la viéramos.

—Buena suerte, supongo —me dijo Emell, poniéndose de pie.

—Igual. Nosotros vamos a jugar a la pelota —añadió Kazu, y fue a pedirle la pelota al profesor, ignorando la orden de aquel de calentar músculos con un rato de trote, como era la costumbre.

—Bien, empecemos por lo más rápido —el profesor nos dijo a los que íbamos a participar de las pruebas, luego de darle la dichosa pelota de fútbol al resto de la clase—. Vengan los que van a correr los cien metros llanos.

Cinco alumnos y yo seguimos al profesor hasta la pista; los primeros nos ubicamos detrás de la línea de largada mientras el profesor, cronómetro en mano, nos aguardaba a un lado de la línea de llegada. A la señal del silbato, uno de nosotros corría hasta la meta, y el profesor registraba el tiempo. Según entendía, se debía superar una cierta marca para clasificar al torneo.

Cuando llegó mi turno, corrí con todas mis fuerzas, tan rápido como pude. Una vez que corrimos todos, el profesor anunció quiénes habían clasificado. Dos alumnos lo habían

logrado, no siendo yo uno de ellos...

«No te preocupes, Sanke —me dije para mis adentros—. Tienes otras oportunidades. Sólo hay que seguir esforzándose.»

La siguiente prueba fue la de los cuatrocientos metros llanos. El procedimiento de selección fue el mismo que el de los cien metros: a su turno, cada estudiante de la lista corría, el profesor registraba su tiempo, y luego determinaba quiénes habían logrado una marca satisfactoria.

El profesor anunció a los clasificados, y nuevamente no pronunció mi nombre. A continuación, tomó otra hoja y leyó los nombres. Entonces me lanzó una mirada significativa.

—Bien, acérquense ahora los que van a correr los mil seiscientos metros.

Éramos tres alumnos. Siendo tan pocos, el profesor nos dijo que hiciéramos la prueba juntos.

Cuando me acerqué a la línea de largada, el profesor me preguntó, mientras hacía pasar las planillas por delante de sus ojos:

—Jina, ¿usted piensa participar de todas las pruebas?

—...Depende —sólo supe decirle.

Con clasificar a un solo evento me bastaba, con eso me daría por satisfecho.

—Bien. Pero tómese un descanso después de esta prueba.

Y apartó su rostro, que chorreaba una condescendencia que se me antojó desagradable, para llevarse el silbato a la boca y decirnos que estuviéramos listos para comenzar.

Flexioné las piernas por última vez y me coloqué en posición.

Algunos dicen «no te esfuerces demasiado», pero para mí debía ser al revés. «Esfuérzate demasiado», o «esfuérzate al máximo».

«No hasta el punto de quebrarte una pierna, pero sí esfuérzate mucho», me dije.

Por estar teniendo esa clase de pensamientos, el pitido del profesor me tomó un tanto desprevenido. Mis compañeros comenzaron a correr, y yo reaccioné con una fracción de segundo de demora. Ellos no iban tan rápido como yo, por lo que no tardé en dejarlos atrás. Por un instante creí que ganaría la carrera con holgura y que clasificaría al torneo interescolar cómodamente, pero entonces mis piernas comenzaron a sentir el cansancio, no sólo por la velocidad, que ahora parecía excesiva, sino por el esfuerzo al que las había estado sometiendo, sin darles un apropiado descanso entre pruebas. Ni siquiera había completado la primera de las cuatro vueltas a la pista.

Entendí entonces que debía administrar mis energías sabiamente ya que, por lo visto, mi cuerpo no era capaz de aguantar un esfuerzo como el que estaba haciendo —no estaba acostumbrado a hacerlo—. Y, sin saber cuál era la velocidad adecuada para correr, simplemente les seguí el ritmo a mis compañeros, quienes ya me habían rebasado por un par de metros, aunque me estaba costando mantener la distancia. Mientras no se me escaparan, supuse que todo estaría bien.

Llegamos a la largada, donde el profesor asintió aprobadoramente con la cabeza.

«Una vuelta de cuatro... Es el veinticinco por ciento... Todavía puedo seguir...», pensaba, pero más temprano que

tarde me empezó a faltar el aire. Estaba agitándome, y sentía que las fibras musculares de mis piernas se endurecían. Aquello no era bueno, pero debía continuar.

A mitad de la vuelta noté que mis compañeros habían tomado una mayor distancia de mí, y que yo estaba perdiendo velocidad. Hice un esfuerzo más y apuré el tranco; no obstante, muy pronto me cansé de nuevo y tuve que enlentecer la marcha un poco. Y así, alternando momentos de aceleración y de desaceleración, completé la segunda vuelta.

Mirando fijamente el cronómetro mientras pasábamos junto a él, el profesor exclamó:

—¡Sigan así, no bajen la velocidad!

Aquellas palabras cayeron como un lastre sobre mis espaldas. ¡Con lo que me estaba costando mantener el ritmo, y no debía ir más lento! Pero no podía hacer más que seguir corriendo. «Cincuenta por ciento del recorrido... Ya voy a la mitad...»

Corría con los ojos cerrados o entrecerrados y la cara arrugada de cansancio o ya de extenuación. También me había empezado a doler el lado derecho del abdomen.

Entonces, una voz resonó en mi cabeza.

«¡Vamos!»

Abrí los ojos de repente, sorprendido, y miré en derredor. No había nadie cerca; uno de mis compañeros ya se hallaba diez metros más adelante, mientras que el otro me llevaba una ventaja aún mayor, así que me pregunté quién pudo haber hecho esa exclamación.

Una voz que me había resultado familiar.

Volví a cerrar los ojos, pero la expresión de mi rostro se había serenado, y la tensión de mis músculos faciales se había aflojado, incluso desaparecido. Sentía el viento ser abierto en dos en mi rostro y pasarme por ambos costados; el aire olía a primavera y mi cuerpo de pronto se sentía algo más liviano —acaso *alguien* me había quitado de encima la pesada carga de las palabras del profesor—.

«Es sólo un esfuerzo más... ¿O vas a desperdiciar esta oportunidad, con lo que nos está costando? ¿Es que esperas entrar al torneo haciendo salto en alto?», me decía.

Nunca había practicado salto en alto, por lo que no me cabía ser muy optimista acerca de lograr ejecutar la técnica de salto correctamente, mucho menos clasificar al torneo.

«¡Vamos, Sanke!», reiteró aquella voz.

Tomé aire y recorrí la curva antes de completar la tercera vuelta. Junto a la línea de largada debía estar el profesor, cronómetro en mano, pero en su lugar yo veía a la chica alegre. Cuando le pasé por el costado, tratando de poner una cara seria para que no se notara que estaba padeciendo la prueba, ella dio un saltito extendiendo las extremidades, como lo haría una animadora, le dio una patadita inofensiva al aire y exclamó:

«¡Un poco más rápido, Sanke! ¡Tú puedes!».

Cerré los ojos con fuerza, buscando en mi interior algo más de fuerza que reunir.

«¡Sí-í, San-ke! ¡Vamos!»

Aumenté la velocidad, decidido a ganar la carrera. El sentimiento de cansancio y las ganas de terminar de una vez con la prueba desaparecieron de golpe. Como una fiera al acecho

me fui acercando a mis competidores sin que ellos lo advirtieran, y luego los rebasaba por sorpresa, rápidamente. Fue en la última curva que me hice con la primera posición, y ya que estaba entrando en la recta final, corrí a máxima velocidad, imitando a los corredores que uno de vez en cuando puede ver en la televisión; ya casi no sentía los pies impactando contra el suelo, como si se hubieran entumecido y perdido sensibilidad por ello, y mis piernas estaban algo más rígidas que antes. Mis compañeros hicieron lo mismo, pero ya no lograron superarme, y así gané la carrera.

En todo momento una chica alegre dentro de mi cabeza me había alentado, por eso había podido hacer tal esfuerzo.

No creo que la magia exista realmente, pero lo que me ocurrió se le parece mucho.

Apenas dos o tres pasos pude dar tras la línea de llegada, ya que mis piernas se terminaron de rigidizar. Sentado en el suelo, estirando las varas que tenía por piernas, vi ponerse junto a mí los pies del profesor.

—Muy bien, Jina. Irá al torneo de este año —dijo él.

Las energías me alcanzaron tan sólo para alzar un poco la vista y asentir con la cabeza, jadeando y sujetándome las rodillas, y ver una medida sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Ahora sí, tómese un descanso... ¿O prefiere no participar en las siguientes pruebas?

Respondí con un ademán exhausto que no iba a participar.

—¿Salto en alto, salto en largo, carrera de postas...? —insistió sin embargo el profesor, mientras hojeaba las planillas—. ¿Ninguna?

Sacudí la cabeza y me incorporé con algo de dificultad. Tenía las rodillas y las ingles adoloridas, y había vuelto a sentir punzadas en el costado derecho.

Pero no me quejaba. Había logrado el objetivo.

A continuación, con exiguas fuerzas me arrastré hasta el costado de la cancha donde el resto de los alumnos jugaba al fútbol. Me senté en el suelo en un sitio donde pudiera apoyar la espalda en la pared, y desde allí dejé que mis ojos siguieran a la pelota, como hipnotizados. La pelota viajaba impulsada de un lado al otro, y yo pensaba en que ya tenía sed.

—¡Pobre! Estás destruido —me dijo Emell, al ver mi lastimoso aspecto. Él tenía habilidades nulas para los deportes, y prefería pasarse la clase apartado del resto, sin moverse más que para esquivar un pelotazo o para ir al baño. Todavía hoy no recuerdo haberlo visto correr jamás.

—¿Para qué fuiste a matarte allá en la pista? —agregó él.

Me estaba tomando mi tiempo para responder cuando me interrumpió la llegada de Kazu y Pier.

—¿Y? ¿Cómo les fue? —preguntó Emell.

—Perdimos —replicó Kazu, y se volvió hacia mí—. Te necesitamos en el equipo. ¿Qué estabas haciendo? —me preguntó en tono de queja.

—Quiere entrar al torneo de atletismo —señaló Pier, y se sentó pesadamente a mi lado.

—Dicen que está bueno. Al menos los que van tienen justificada la ausencia, y no les ponen falta.

—Sí, suena bien, pero yo prefiero quedarme. Aquí no tengo que estar corriendo como si me persiguiera un tipo con un

hacha.

Me reí tanto como la extenuación me lo permitió; cada movimiento de mi cuerpo, por más mínimo que fuera, daba lugar a una tirantez molesta de mis fibras musculares.

Desde el preciso instante en que supe que iría al torneo, y al irse disipando la emoción por el logro conseguido, mi cabeza comenzó a saborear el momento de llegar a casa y acostarme a dormir. Descansar era de momento el único premio del que deseaba disfrutar, y lo tenía bien merecido.

Sólo abrir la puerta de la habitación me causó una inmensa dicha. Mi agitado cuerpo volvió a tener energía, al menos para zambullirme feliz en la cama.

Dormí bastante y muy bien; cuando abrí los ojos el crepúsculo era pleno. Un niño pequeño de pie frente al escritorio hurgaba el contenido de los cajones.

—Hey, ¿qué haces? —pregunté, cuidando de no elevar mucho la voz, para no asustar al niño.

Éste me miró por un segundo y luego, sin hacer caso a mi pregunta, siguió con su inspección no autorizada. Levanté la espalda para sentarme como paso previo a ponerme de pie, y el chiquillo huyó a toda velocidad y sin hacer ruido, como un ratonzuelo.

Fui a la sala de estar y allí encontré a mi madre sentada a la mesa con mi tía Laina y mi prima Kire. En medio de la mesa reposaban la tetera blanca y tres tazas que llenaban la estancia de un intenso aroma a café. El chiquillo, a quien gracias a que ahora había suficiente luz reconocí como mi primo, se medio

ocultaba debajo de la mesa.

—Ah, miren quién llegó —dijo mi tía—. ¡Ah, mírate, cómo has crecido! —Luego se dirigió a mi madre—: Se ve igual que su padre.

—¿Quieres café?

—Estoy bien.

—Ven a darle un abrazo a tu tía —dijo Laina, y se levantó de la silla.

Ella es una de esas tías indiscretamente cariñosas, que parecen querer avergonzar a uno a cada momento —eso sí, siempre en público—.

Tía Laina me rodeó con sus brazos y besuqueó mis mejillas calurosamente, envolviéndome e imprimiendo en mi piel el olor a polvos de maquillaje y a perfume de mujer que ya ha alcanzado la madurez, y sólo entonces me dejó ir.

—Quisiera que vengas a visitarnos algún día —añadió.

Tomé asiento entre mi prima y mi mamá luego de servirme un vaso de agua. Era lo que necesitaba para lavar el sopor de mi cuerpo y mi mente.

—¿Así que hoy no fue a la escuela, me estabas contando? —preguntó mi madre a tía Laina, refiriéndose a Kire. Por lo visto, tal era el tema de la tertulia que mi aparición había interrumpido.

—Dice que se sentía muy mal. Pero mírala ahora: está perfecta. No le pasa nada.

En efecto, no se notaba signo alguno de padecimiento en el aspecto de Kire, quien, además, se había permitido saborear el café y las masitas de la merienda.

—¿Te sentías mal de verdad, o no querías ir a la escuela? —le preguntó mi mamá.

Kire bajó la cabeza como quien recibe una reprimenda.

—Me sentía mal... —musitó.

—Espero que haya sido eso —dijo tía Laina, no sin cierta severidad—, y no que estés pensando en abandonar la escuela.

—Está creciendo, y ya es *una señorita*; es normal que tenga dolores.

Kire se sonrojó y escondió el rostro detrás de la taza.

—Te esperan muchos días más así —sentenció mi madre—, pero no siempre podrás quedarte en cama.

La pobre Kire estaba muerta de vergüenza, pero a mí también me incomodaba tener que escuchar una conversación de mujeres, así que apuré lo que me quedaba de agua en el vaso y me levanté como si tuviera algo que hacer. Al pasar junto a mi tía, esta capturó mi mano y la puso en las suyas.

—¿Ya te vas, Sanke? Esperaba que hoy trajeras una novia para presentarme. Pero estabas en tu habitación, durmiendo o haciendo quién sabe qué cosas...

Una sensación intensa y desagradable, mezcla de vergüenza y humillación, me atravesó por un segundo.

—Estaba descansando, tía. Hoy tuve las pruebas para el torneo de atletismo —repuse, logrando mantener la compostura.

—¿Y te fue bien? Oh, ¡qué alegría! Así que atleta... Eso impresiona a las chicas, ¿sabes?

Miré a tía Laina con atención, preguntándome si de verdad lo decía. ¿Sacrificarme en Educación Física pudo haber sido

una decisión correcta, después de todo? Por otra parte, a Kire se le habían pasado el calor y el rubor, y ya saboreaba otra masita dulce.

—Si tienes tiempo, ¿puedes comprar para hacer la cena?

Mi madre acababa de darme la excusa para evitar sufrir más comentarios de tía Laina.

—Claro. Creo que mejor voy ahora.

—¿Quieres ir también? ¿Por qué no acompañas a tu primo? —preguntó mi tía a Kire.

—Está bien —respondió ella, y se puso de pie.

—Qué lindos se ven los dos. ¡Vayan, pasen tiempo juntos, como buenos primos!

Kire y yo nos sentimos aliviados una vez fuera de la casa, sabiéndonos a salvo de los comentarios de Laina, al menos por un buen rato.

—Hay un supermercado por allí —dije, señalando con el pulgar en un ademán amistoso—, donde podemos comprar de todo.

Nos pusimos en marcha. Al principio anduvimos en silencio: yo tenía dando vueltas en la cabeza las palabras de tía Laina, y tampoco sabía qué decir para darle conversación a mi prima. No obstante, llegando a la esquina, noté por casualidad una mueca extraña en el semblante de Kire.

—¿Estás bien?

—Sí... Es sólo que... hoy no me sentía mal.

Tardé un poco en comprender a qué se refería.

—¿No tenías ganas de ir a clases?

—Sí, creo que quería ir hoy, pero *algo* pasó en la escuela, y

me quedé. Una chica de mi clase... creo que desapareció.

Ahora su rostro estaba ensombrecido y extremadamente serio.

—¿Y no se lo dijiste a tu mamá?

—No. Realmente no sé si desapareció, pero ¿sabes?, todo el día tuve la sensación de que sí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque... Esa chica es una compañera que nunca habla con nadie, o casi nunca. No sabemos nada de ella. Este año quise acercarme a ella, porque me da lástima verla siempre sola; además, parece buena persona. Pero no, siempre pone excusas... Y la semana pasada inesperadamente vino a hablarme durante el recreo. Me llevó a un sitio apartado y me contó que su abuelo había desaparecido, y que ella iría a buscarlo. Los días anteriores ella había estado rara, como triste o muy preocupada. Yo me había dado cuenta, pero tenía temor de hablar con ella; no quería entrometerme en sus asuntos... Su abuelo, según me contó, de repente se había deprimido, hasta que un día, ella regresó de la escuela y ya no lo encontró más.

—¿No debió reportarlo a la policía?

—Pensé lo mismo y se lo sugerí, pero ella se negó sin explicarme por qué. Quería ir a buscarlo ella misma... Pero lo que me preocupó fue cómo me lo dijo. Todo lo decía con un tono de despedida, como si ella fuera a desaparecer también.

—Es terrible. Pero quizás regrese pronto. No entiendo por qué iría ella sola a buscar a su abuelo; sería mejor pedir ayuda a la policía, a un familiar, a vecinos...

—Es como si hubiera algo muy malo acerca de ese asunto.

Es la sensación que tengo.

—¿Y por eso no querías ir a la escuela?

—Así es. No sé cómo explicarlo; es una horrible sensación que no me puedo quitar cuando lo recuerdo.

—Y no se lo has contado a nadie.

—No, porque ella me pidió que no lo hiciera.

Nos quedamos mudos y quietos, viéndonos a los ojos por un instante. Acababa de admitir que había roto su promesa.

—¿Sabes dónde vive esa chica? Quizás puedas visitarla.

Kire negó con la cabeza.

—Bueno, espero que todo se resuelva de buena manera, y que nada malo haya pasado con tu compañera y con su abuelo. Todavía pienso que deberías informar a la policía —dije, tratando de tranquilizar a Kire.

—Los maestros tal vez se den cuenta si ella no aparece en un par de días.

—Sí, pero no hay que alertarlos cuando sea demasiado tarde.

Me pareció que era hora de alegrar el momento.

—Bueno, ¿y qué podemos cenar esta noche? ¿Qué te gusta comer?

Kire sonrió y reanudó la marcha mientras se tomaba un instante para pensar su respuesta.

En el supermercado, regresando a casa y luego cenando todos en familia no volvimos a mencionar aquel tema. No quise presionar a la prima Kire ahondando en esa «sensación» en la que había insistido, y estaba convencido de que lo que ella me había contado era todo lo que sabía. La noche terminó para

mí en paz; luego de la comida, tía Laina y mis primos se fueron, y yo fui derecho a la cama. No di mucho espacio a reflexionar acerca de aquel misterioso y oscuro asunto, pero sí creía entender a Kire —o al menos intentaba hacerlo— cuando sospechaba que algo muy terrible se escondía detrás; algo que debía de ser difícil de imaginar o concebir, pero cuya semilla había sido plantada y de la cual pretendía germinar una malévola sombra.

Un tiempo más tarde, recordaría nuestra breve charla, y no precisamente como algo curioso.

Capítulo 5

Dado que iba a participar del torneo interescolar de atletismo, el profesor me recomendó entrenar durante las tres semanas que nos separaban de dicho evento. Al principio le hice caso: me quedaba después de clases a correr en la pista de la escuela. Había una belleza en el esplendoroso naranja del ocaso que todo lo teñía y en la frescura del aire otoñal que me envolvía, pero, por otra parte, cuando sonaba la campana de salida, normalmente yo sólo tenía ganas de regresar a mi casa. De modo que mi disciplina menguó al cabo de pocos días.

Un par de veces durante ese lapso fui a jugar a la pelota con mis amigos, y en mi fuero interno lo consideraba parte del entrenamiento que necesitaba. Además, aprovechando que no había exámenes programados a la vista, nos reuníamos después de clases con cierta frecuencia.

No estoy para nada orgulloso de contar estas cosas, pero fue lo que ocurrió.

Luego, varios días antes del torneo, fui a casa de Kazu a pasar la tarde. Pier también estuvo allí; Emell, sin embargo, tuvo un compromiso y no pudo asistir. Como era costumbre entre

nosotros, ocupamos el tiempo en jugar videojuegos y conversar de lo que fuera, siempre que se tratara de algo trivial.

O casi siempre.

—Mira, ese es Sanke corriendo —dijo Kazu en broma, refiriéndose a un personaje en la pantalla.

—¿Ya no te quedas después de clase a correr? —me preguntó Pier.

—Tendré que hacerlo estos días.

—Ahora bien, ¿no es demasiado esfuerzo el que haces, sólo por estar con la Presidenta? —inquirió Kazu, sin quitar los ojos de la pantalla.

—¿Qué? No lo hago por ella.

—¡Mientes! —exclamó Kazu.

—¿Es tan difícil hablarle directamente? En verdad te lo decimos —añadió Pier.

—Si tanta vergüenza te da confesarte, ¿por qué no le escribes una carta y ya?

—Eso es cosa de mujeres —opinó Pier.

—Bueno, entonces que le escriba una nota. O que le envíe un mensaje.

—¡Ja, ja! «Estimada Presidenta: le notifico que me he enamorado de usted.»

—¿Quieren callarse? —exclamé.

La imagen de la carta que le había escrito tiempo atrás pasó fugazmente por mi mente —la carta que guardaba entre las páginas de un viejo libro en un rincón secreto de mi habitación—.

—Y no es vergüenza; es que ¿no lo han notado? Ella está

todo el tiempo con sus amigas.

—Ah, ¿con que ese es el problema? Muy fácil: distraemos a sus amigas para que queden ella y tú solos, ¿qué te parece? —pensó Pier.

—No me ayuden, por favor, que ya suficiente tuve de su «ayuda» —dije, en clara alusión al incidente de la confesión en mi nombre.

—Otra vez con eso... ¿Sigues molesto con nosotros? Te estábamos dando una mano —dijo Kazu.

—No estoy molesto, ya les dije. Pero se excedieron. Y ya basta de hablar de ese asunto, que es cosa mía.

No pude evitar extrañar la moderación de Emell, que hubiera hecho de contrapeso ante los insistentes comentarios de Pier y Kazu.

—De acuerdo, pero sigo pensando que es demasiado esfuerzo.

—Escríbele una nota. Es más sencillo.

Aquella fue la última vez que tuvimos una discusión acerca de mi situación sentimental. Tal había sido mi intención.

Cuando anocheció, decidí que era el momento de volver a mi casa. En mis planes estaba acostarme temprano para descansar apropiadamente y, ya al día siguiente, sí darle un par de vueltas a la pista de atletismo, al menos para que no se pudiera decir que no entrenaba.

Salí de la casa de Kazu y eché a andar sin prisa. No sería una caminata corta, y era mejor ir despacio para no cansarme. Es que en aquella ocasión sí me había decidido a regresar por un camino largo.

Uno que me llevaba a través del barrio donde vivía la chica alegre.

Siendo de noche, consideré que había menor riesgo de toparme con alguna de sus amigas. Y bien entrada estaba la noche cuando partí.

El cielo estaba azulado y en paz. La luz era provista por las altísimas farolas y, sobre todo, por la luna llena, firme, grande y brillante, que me miraba desde por encima de los tejados. Los semáforos se disponían a lo largo de la avenida como lunares de vivos colores que salpicaban la oscuridad de la noche sin llamar demasiado la atención. Unos pocos transeúntes se dejaban ver, regresando a sus respectivos hogares con la cabeza gacha.

Aparte de la poca gente andando por la calle, cada tanto pasaba algún vehículo y a lo lejos se oía al tren pasar —ese tren que a muchos jóvenes acercaba a la escuela cada mañana y que los llevaba de vuelta a sus casas por las tardes—. No se apreciaban muchas más expresiones de vida desenvolviéndose ante mí que aquéllas. El contraste con el ajetreo característico de la hora pico era absoluto y total.

Parecía más tarde de lo que en realidad era.

Aquella era realmente una bella noche, apacible, agradable.

Procurando verme inocente anduve por las calles semidesiertas. Y no lo noté entonces, pero a medida que me adentraba en las profundidades del vecindario donde vivía la chica alegre, menos gente y menos autos fui encontrando, y ya no volví a oír al tren pasar.

Me hubiera sido imposible reconocer las calles por las que había andado tiempo antes. Lo único que me aseguraba de

estar cerca de mi destino secreto era la sensación de familiaridad que me generaban las grandes casas y las anchas aceras —algunas de ellas arboladas— que caminaba.

En algún sitio mi mente se detuvo en seco. Pocas viviendas estaban iluminadas, lo cual se me antojó un tanto extraño, pero tras algún cristal o entre unas cortinas podría estar la chica alegre. Y si me viera merodeando el vecindario, caminando su calle, mirando sospechosa o furtivamente en todas direcciones, ¿qué iría a pensar? Y más aún, si me llegara a reconocer, ¿qué iría a pensar de mí?

Un tanto incómodo por los productos de mi mente inquieta, torcí mi rumbo en la primera esquina que alcancé. Busqué con la mirada el nombre de la calle que estaba transitando, mas no había un letrero que lo indicara. Seguí una, dos, tres cuadras, y por ningún lado aparecía el nombre. Ya estaba pensando en cambiar de dirección cuando noté que alguien iba detrás de mí. Al darme vuelta por un breve instante lo vi: era un hombre en apariencia joven, vestido de camisa y pantalón de vestir, como un oficinista, pero desaliñado, de aspecto más bien desgarbado en general. Las sombras que cubrían su semblante y su forma de desplazarse, sin ánimos, destilaban preocupación, ¿o sólo desgano y apatía por la vida? No se veía realmente amenazante, aunque tampoco inofensivo. Quizás la ausencia de personas alrededor y el aura negativa que emanaba del sujeto me intranquilizó. En consecuencia, decidí doblar a la derecha la esquina siguiente. Iba a rodear la manzana; seguir barriendo terreno. El sujeto prosiguió su marcha en línea recta por la calle sin nombre,

como pude comprobar viendo con el rabillo del ojo. Doblé a la izquierda al llegar a la esquina para así continuar mi camino por la arteria paralela a la calle sin nombre. A mitad de cuadra me topé con el extremo de un callejón perpendicular a la calle sin nombre, que partía la manzana en dos. El callejón era muy estrecho y estaba iluminado tan sólo por la mortecina luz de un par de viejos faroles. Objetos voluminosos se ocultaban bajo las penumbras a las que las protuberancias cuadriláteras de las paredes daban una vida de espeluznante apariencia. De ninguna manera iba a meterme ahí, y bien que no lo hice. Seguí mi camino, pues, y al llegar a la siguiente esquina volví a doblar a la izquierda. El aire se ponía denso y en él se palpaba la incertidumbre; ya no prestaba atención a las fachadas de las viviendas, y la ilusión de hallar a la chica alegre bajo un cono de blanquecina luz había desaparecido sin dejar rastro.

A mis espaldas, la luna estaba encendida, y me ponía delante una sombra que no podía evitar hollar.

Llegando a la esquina de la calle C* con aquella calle sin nombre, instantáneamente me vi envuelto en una niebla poco densa y absolutamente atípica. A su través, las siluetas ya ennegrecidas de la ciudad se desdibujaban, perdían nitidez y se fusionaban unas con otras, generando un amasijo urbano amorfo. Di una vuelta entera y advertí que sólo en una dirección no había niebla. Era precisamente en la de la calle sin nombre, de la que me había desviado al observar a aquel hombre misterioso caminar detrás de mí. Y justamente, gracias a la ausencia de niebla volví a divisar a tal sujeto moviéndose lentamente hacia mí. Su aspecto no había variado en lo más

mínimo: todavía iba ensimismado, sumergido en quién sabe qué clase de pensamientos, sin prestar atención a su entorno...

Hasta que él pasó junto al otro extremo del callejón, el que desembocaba en la calle sin nombre.

Una figura se le puso detrás y lo siguió. Apenas pude darme cuenta de ello, pues el sujeto se interponía entre dicha figura y yo, eclipsándola.

Pese a verse tan absorto en su mundo, no tardó el hombre en advertir la presencia de alguien detrás de sí.

Se dio vuelta, y de inmediato dio un salto hacia atrás de terror, trastabillando, casi cayendo.

Entonces distinguí una figura femenina, en apariencia una mujer joven, envuelta en un simple pero elegante vestido corto de un blanco purísimo; era ella quien estaba siguiendo al desconocido. Ya teniéndolo de frente, ella le arrojó un zarpazo, que él logró esquivar por poco, y que cortó al aire en dos. Visiblemente aterrorizado, el sujeto se echó a correr, pero la mujer lo agarró de un brazo, impidiéndole el escape. El sujeto se retorció violentamente, pretendiendo librarse de la muchacha, quien, en despecho de su aspecto delgado y un tanto frágil también, se aferraba a él con impresionante fuerza y no lo dejaba ir. El hombre le arrojó desesperados golpes con la mano libre y con las rodillas. Ella lo soltó sin retroceder ni evidenciar gestos de dolor. Rápidamente el sujeto intentó de nuevo echar a correr en dirección a donde estaba yo.

Su mirada me halló de pie en la esquina, inmóvil.

Sus ojos estaban desorbitados, y sus labios temblaban incontroladamente.

Su rostro estaba desencajado.

Él abrió la boca para gritarme.

—¡...!

Y un cuchillo atravesando su garganta ahogó su pedido de ayuda.

En cuanto el cuchillo fue retirado, el hombre cayó al suelo hecho una bolsa de huesos que golpearon secamente las enormes baldosas de la acera. Sin perder tiempo, la muchacha se hincó delante del cadáver y con el cuchillo le abrió el pecho, y con las manos le abrió las costillas. El sonido que hicieron sus huesos en medio del silencio de la noche me causó un fuerte escalofrío. Aquellas delicadas y blancas manos arrancaron el corazón, al que, acto seguido, la dama le hincó los dientes. Con cada dentellada se oía claramente cómo brotaba y salpicaba la sangre del desdichado.

Yo ya no respiraba, estaba empapado de un sudor frío, y mi estómago estaba retorcido en un nudo, o dos, o cientos.

A mitad de la comida, la joven notó una presencia.

La mía, claro está.

Ella me miró de repente; en su rostro en claroscuro las manchas de sangre ajena tomaban un color violáceo o índigo, lo mismo que en su vestido y en sus brazos.

Sus ojos ígneos se apagaron de inmediato, y en menos de un segundo ella salió corriendo a esconderse a la oscuridad del callejón, cual rata a la que iluminan de golpe.

Aunque increíblemente veloces, sus movimientos habían tenido una gracilidad desconcertante. En la huida, una medalla plateada que ella resultó llevar bailó en el aire delante de su

pecho, y un símbolo extraño brilló a la luz de la luna.

Exhalé tímidamente un poco de aire, como aprendiendo de nuevo a hacerlo.

Logré moverme con pies temblorosos. Empezaba a alejarme de allí.

Una silueta más grande y menos humana que la de la joven emergió del callejón, y lentamente se dirigió hacia mí. Tenía un par de gigantes ojos rojos, y no me los quitaba de encima.

La silueta tomó de las piernas al cadáver y lo arrastró en dirección al callejón. Fue lo último que vi antes de reaccionar por fin, dando media vuelta y corriendo para ponerme a salvo.

Con todas mis fuerzas corrí, como nunca en la vida. Hubiera ganado el torneo interescolar de atletismo.

Doblé una esquina al azar y me recosté en la pared de un edificio. Respiré agitadamente, pero respiré. Todo mi cuerpo se sacudía por los temblores. Mi corazón, no pudiendo ir más rápido, retumbaba con sus latidos en el interior de mi cuerpo. Algo parecido a las náuseas se agolpaba en mis entrañas, mas ya no me quedaba estómago que vaciar. Aturdido, turbado, me dejé caer y yací unos minutos en la acera.

Creí que me moría de miedo.

Capítulo 6

Pasaron días tras el horroroso incidente, luego semanas y, finalmente, meses. Y la incesante marcha del tiempo en las agujas del reloj, en las hojas del almanaque y en el tránsito del sol y de la luna a través del cielo no tardó en hacer a un lado los recuerdos de la angustia que había sufrido.

Yo me había angustiado, pero un tipo —un ser humano— había muerto.

Le conté a mis padres lo sucedido, obviando los detalles escalofriantes y los que me hacían quedar como poco menos que un acosador, por así decirlo. Al final, lo que les dije fue que un sujeto había sido atacado en plena calle y muerto de un cuchillazo.

—Tal vez estaba involucrado en un asunto... —opinó mi madre.

—Algunos sitios son peligrosos de noche —sentenció mi padre.

Ni en la televisión ni en los periódicos se habló de la muerte de ningún hombre de mediana edad en nuestra ciudad, ni se mencionó su desaparición siquiera. Razoné que el hombre

había sido un solitario, sin familia ni amigos, y que nadie había notado su ausencia, o que no había nadie que quisiera reclamar su cuerpo. Y tampoco se notaría su ausencia en el trabajo si el desdichado andaba desocupado o si en su trabajo les daba igual que muriera. Hay compañías así.

El mugido de desesperación del desdichado, el crujir de sus costillas siendo abiertas, el manar de su sangre y el sonido que esta producía al colisionar con el piso rápidamente quedaron atrás, esfumándose de mi memoria corporal, lo mismo que los escalofríos, los violentos temblores, la falta de aliento seguida de la agitación nerviosa, el retorcimiento de mis inocentes entrañas y la catarata de sudor frío que había caído sobre mí.

Pero lo que no podía ni iba a olvidar era lo que mis ojos habían visto.

El vestido blanco de la chica, resplandeciente como una segunda luna, que enseguida se llenó de manchas, de mares, de un rojo azul.

Los movimientos gráciles y femeninos de aquélla, propios de una bailarina, pero a la vez certeros, letales, despiadados, inmisericordes.

El vestido y el cabello de la chica ondeando en cada movimiento con una frescura que desentonaba por completo con la situación, orquestando aquella escena horripilante.

Las mejillas pintadas de plata, la sonrisa tácita, de labios fríos e inmóviles, antes de que la boca y las manos se cubrieran del precioso fluido vital, consumando un aberrante acto de canibalismo.

La sangre fluyendo en un torrente, tiñendo la piel que tenía

un aspecto de finísima porcelana, hermosa pero demoníaca.

Los ojos encendidos como antorchas, como fogatas que de repente se apagaron, como si les hubiese llovido encima, adquiriendo un cariz acaso más humano, pero a la vez vacíos de alma, inexpresivos, muertos. Como el hombre que yacía en medio de la acera.

Y, al final de esa cadena de visiones espantosas y perturbadoras, un símbolo misterioso y desconocido, reluciendo en la negrura de la noche, rogando ser visto por mí.

Mis ojos estaban abiertos de par en par. La luz llevaba un buen rato apagada —no sólo en mi habitación, sino en todo el vecindario y en la casa—, mi cabeza aplastaba la almohada y mi cuerpo ya se había puesto bien cómodo entre el colchón y la frazada; entonces, ¿por qué no me dormía de una vez, si era tan tarde en la noche?

La respuesta a aquella pregunta era muy simple: porque mi mente no quería callarse, porque estaba hiperactiva a la hora en que el vecindario, el suburbio y la casa del portón verde caían mudos de sueño. En pocas horas, en cuanto el sol volviera a ascender por el cielo, yo ya estaría compitiendo en el torneo de atletismo. Como ya conté, no había pasado por la prueba y clasificado por amor al deporte, sino para crear una oportunidad propicia para hablar con la chica alegre y tal vez confesarle mis sentimientos de una vez por todas, aunque en mi fuero interno admitía que no cabía ser demasiado optimista acerca de la respuesta que fuera a recibir. Además, si bien había clasificado hacía más de dos semanas, no había planeado o

imaginado cómo podría tener una conversación de cualquier tipo con la chica alegre sin que estuvieran sus amigas entre nosotros. Durante ese tiempo no había pensado acerca de ello realmente, y más aún, viéndolo a la luz de la historia, mi decisión había parecido impulsiva, tomada de forma precipitada. Pero así se habían dado las cosas, y ahora yo estaba con los ojos abiertos en la oscuridad, completamente desasosegado. Mi mente me mostraba una variedad de escenarios para el día siguiente: ser el más rápido y ganar la prueba holgadamente, lo que me revelaría como un corredor inesperadamente talentoso, y gracias al uso de un poder que ni yo sabía que tenía, y que descubriría en el momento más crítico —como sucede en las series de la televisión—, o pelear palmo a palmo por el primer lugar y ganar por un pelo, o perder por ese mismo pelo para completar una actuación dignísima —por no decir impresionante, conociendo el historial de premios de la escuela—. Y nada peor que eso, que las fantasías pueden ser excesivamente optimistas o pesimistas, según la mentalidad de cada uno, pero nunca realistas; para realismo está la realidad. En medio de mis caóticas meditaciones llegué a pensar que ganar el evento o lograr subir al podio haría que la chica alegre se fijara en mí, que me viera como alguien interesante, con un talento hasta entonces oculto o insospechado, y sorprendente, desde luego. De ahí a volvernos más cercanos había nada más que un paso. De modo que mi participación en el torneo se había vuelto un asunto serio.

No podía quitarme de la cabeza la optimista sensación de que realmente tenía posibilidades de ganar. «Si en las pruebas

fui el más rápido, frente a alumnos de otras escuelas también puedo ser el más rápido... También hay que decir que la chica alegre me "ayudó" en la pista... Si vuelvo a usar ese "truco" y doy lo máximo de mí, ¡realmente podré ganar!».

Sólo cuando mi cerebro se apagó por el agotamiento y mi mente ya no pudo seguir reproduciendo escenas felices o emocionantes fue que me dormí.

El despertador no logró despertarme a la mañana siguiente. A alguna hora de la que nunca me enteré abrí un poco los ojos y me retorcí de sueño y por estar recibiendo luz, luz natural justo en la cara. Después de dar algunas vueltas sobre el colchón, una idea decantó rápidamente en mi cerebro: sí, se me hacía tarde para el torneo. Tan pronto como recordé que ese día era el gran día, salí eyectado de la cama, me vestí y salí corriendo de la casa. Apenas llegué a echar un vistazo al reloj...

En medio del viaje mi celular comenzó a sonar. Estaba recibiendo una llamada de un número que no tenía agendado. Era muy extraño que alguien que no fuera de mi familia me llamara a esa hora, por lo que no pude evitar sorprenderme.

—¡Buenos días, Sanke! Soy Kari... de la escuela —dijo una dulcísima y animada voz al otro lado de la línea.

—Ah... Kari... Sí...

—¿Estás bien? Estamos esperándote para ir al torneo de atletismo.

—Sí, perdón, es que tuve *un retraso*.

Debió haberme dado vergüenza ofrecer una justificación o excusa tan burda, aunque no se pudiera decir de ella que era falsa.

—De acuerdo, entonces hoy contamos contigo.

—¡Sí! Estoy por llegar; sólo unos minutos...

—Bien, te esperamos. ¡Nos vemos!

—Nos vemos...

Colgué ya sintiendo que bien pude haber decepcionado a la chica alegre... y, pese a mi irresponsabilidad, ella me había hablado tan amistosa y dulcemente como siempre, como si no le molestara mi tardanza, como si nada hubiera de malo en hacer esperar a todos.

«Ah, pero si hoy gano...», me atreví a lanzar en un pensamiento.

Al bajarme del autobús, eché a correr en dirección a la escuela. Si bien los participantes del torneo no debíamos asistir a clase, la entrada a la escuela era nuestro punto de encuentro para partir hacia el complejo deportivo donde tendría lugar el evento.

Desde la distancia divisé uno de los autobuses que nos llevarían al complejo. Una multitud de jóvenes y algún adulto ya se habían congregado a un lado, sobre la acera. Por las prisas llegué visiblemente agitado.

—Qué estúpido —creí oír decir a Aira.

—Buenos días. Disculpen la tardanza, de verdad —dije, inclinándome respetuosamente.

Hana me miró con un gesto de disgusto, como quien mira a alguien de aspecto desagradable.

—¿Estás bien, Sanke? —me preguntó la chica alegre, tan bondadosa como siempre, y sin hacer muecas.

—¿Sí sabías que la carrera no es aquí? Es en el Club Ch*...

—dijo socarronamente Aira.

Acto seguido, ella fue a colocarse junto a la puerta del autobús. La chica alegre la siguió, pero antes me dijo con una voz suave, discreta:

—No te preocupes. Todavía estamos a tiempo: la ceremonia de apertura es a las diez, ¿recuerdas?

Sólo entonces recordé que me lo habían dicho días atrás.

La chica alegre fue donde su amiga y le hizo un gesto con la cabeza al profesor de Educación Física de los varones.

—¡Clases 3-A, B y C! —llamó él.

Los participantes del tercer año rápidamente formaron una fila que en realidad ya estaba a medio formar. Yo me les uní, quedando al final. Kari y Aira tenían una planilla de asistencia con nuestros nombres; con ella se aseguraban de que todos estuviéramos presentes. Yo tenía calor y había empezado a sudar. Al subir al autobús, Aira desvió la mirada, evitando verme, mientras la chica alegre parecía compadecerse de mí. No le faltaban razones para hacerlo.

Un rato después, ya recuperado, yo me aburría mortalmente en una de las gradas frente a la pista de atletismo. Los que no esperaban sentados su momento de actuar deambulaban por los alrededores, se preparaban a un costado de la pista, o ya estaban compitiendo. De vez en cuando dirigía la vista hacia la chica alegre, quien calentaba músculos cerca de una de las curvas de la pista. Aira y Hana estaban cerca de ellas, como siempre; no así Ruri: no le gustaba correr, pero sí participaba de los torneos de vóley; además, al asistir a clases podía tomar las notas que más tarde ofrecería servicialmente a

sus amigas.

El día estaba espléndido, soleado y sin nubes, pero también hacía calor. Cansado de esperar y sediento por la sequedad del día, me levanté para refrescarme y para ir al baño.

No recuerdo en qué estaba pensando cuando fui allí; sólo que estaba lo suficientemente distraído para no hacer caso a la voz del altoparlante. De todas formas, el ruido de fondo de tan reducido espacio ayudaba a ahogar a aquella voz. Cuando salí, vi a Mack mirar de un lado a otro, buscando algo. Iba a preguntarle si se le había perdido algo, pero él justo me halló y me dijo:

—¿Qué haces? ¡Ya va a empezar tu carrera!

Entonces recordé que estaba allí para competir en el torneo. Fui corriendo a la pista, hacia donde una veintena de chicos se disponían a iniciar la carrera; al pasar junto al profesor de Educación Física lo oí exclamar:

—¡Despiértese, Jina!

Llegué a tiempo, pero sólo quedaba lugar para mí al final, es decir, que iba a largar entre los últimos. De inmediato, sin darme un segundo para reunir fuerzas o inspiración, ni para estirar músculos o para tomar aire siquiera, sonó el silbato y todos nos pusimos en marcha. Y mis competidores se alejaron de mí tan rápido...

No tardé en padecer la carrera como un sufrimiento o incluso una especie de tortura, en la que me faltaba el aire, me dolía un costado y las piernas me respondían cada vez menos, todo en medio de una agitación insoportable y creciente. Y no podía pensar en nada con claridad; tan sólo atinaba a ver cómo

la masa inicial compacta de estudiantes se había disgregado tras media vuelta. A los primeros ya los había perdido de vista, y poco después podía ver delante de mí no más que cuatro o cinco corredores. Llegando a la largada para completar mi primera vuelta, Mack me conminó con ademanes a aumentar el ritmo. No vi a la chica alegre ni a ningún otro de mis compañeros de escuela al costado de la pista. Seguramente ella ya había sido convocada a su evento, o no tenía deseos de verme correr y se había retirado, o se la habían llevado de allí. El profesor sí estuvo junto a la línea de largada, entre varios de sus colegas, cronómetro en mano.

Las siguientes vueltas resultaron para mí iguales que la primera, con el añadido de la paulatina certeza —y su consecuente resignación— de que ya no iba a ganar ni a subir al podio —de hecho, me hallaba entre los últimos—. No quedaba más que tratar de terminar mi actuación de la manera más decorosa posible.

Aumenté la velocidad, superé a tres y atravesé la meta. Acto seguido, me eché a un lado de la pista y ahí quise quedarme por horas, si se me hubiera sido permitido, hasta recuperarme un poco. El profesor se acercó y me dijo algo brevemente, y un segundo más tarde se retiró.

Con las piernas adoloridas logré apartarme, primero a unos metros de la pista, y después de vuelta a las gradas, con gente conocida. Me uní a un grupo de estudiantes de mi escuela para conversar, pero el grupo se deshacía y rehacía constantemente, conforme alguno era llamado o regresaba de participar de un evento, y cuando me di cuenta quedé en un extremo, algo

alejado del resto.

Después de un rato, vi acercarse a nosotros a Kari y a Aira. Cada una llevaba una bandeja con cajitas de jugo. Kari subió las gradas, al encuentro de los que estaban sentados más arriba, mientras que Aira se dirigió hacia los que estábamos abajo.

Mientras le ofrecía un jugo amablemente y con una sonrisa cálida y sincera en el rostro, la chica alegre se tomaba un segundo para preguntarle a cada uno cómo le había ido, y para darle una palabra de aliento. En contraste, Aira se limitaba a tender un jugo a cada uno de los que estábamos abajo, casi sin mirarnos, y diciendo como quien habla por puro compromiso, por no decir desdeñosamente —acaso queriendo imitar a su manera a la chica alegre—: «Bien hecho... Se esforzaron... Lo intentaron...».

Pero, al ponerse frente a mí, agregó:

—...O eso creo.

—¿Y tú ya ganaste? —le pregunté desafiante, mientras extendía la mano para recibir un cartón de jugo.

—Todavía no he competido —replicó Aira altivamente.

—Ah, porque hablas como si hubieras ganado. Yo hablaría así si tuviera una medalla colgada al cuello.

—Estoy lista para ganar. He practicado mucho.

—Espero que lo hagas... aunque no sé si esas piernas resistan mucho.

—¿Ah? —exclamó Aira desconcertada—. Estoy inscripta en lanzamiento de bala y de disco.

—¿De verdad, con esos bracitos...?

Entonces, con un movimiento brusco de la bandeja, Aira

me lanzó los jugos por la cabeza.

—Suficiente de esto —se dijo, y se puso la bandeja vacía bajo el brazo.

Luego se dirigió a mí, mirándome de costado.

—Ya veremos qué cara pones cuando gane.

Y se marchaba cuando se le ocurrió agregar otra cosa:

—Y tú hablas como si no fueras patético, como si no dieras lástima. ¿Acaso no entiendes que la Presidenta no quiere verte ni en fotografías?

La Presidenta, habiendo advertido la escena, fue detrás de Aira; antes, sin embargo, se detuvo frente a mí y me dijo:

—Sería mejor que no la hicieras enfadar. Ella es muy orgullosa y no le gusta perder... Ni siquiera la idea de perder le sienta bien.

Mientras me decía aquellas palabras, noté que no pudo evitar fruncir el ceño —muy levemente y en cuestión de décimas de segundo, pero aun así lo vi—.

Era la primera vez que la veía fruncir el ceño o verse molesta. Eso me hizo enojarme conmigo mismo, por haberla ofendido atacando a su amiga sin necesidad. De haber sido más listo, me habría comportado sabiamente e ignorado la afrenta de Aira, o cerrado la boca y no haber discutido con ella para empezar.

Avergonzado además por las últimas palabras de Aira, me alejé y fui a caminar por el complejo. Después de un rato, terminé detrás de la pista principal, al otro lado de las gradas, cerca de un pequeño campo de fútbol donde estaban teniendo lugar otros eventos. Me puse cómodo detrás de la línea de cal, en un sitio despejado. Al sentarme sobre el césped reseco y

puntiagudo poco faltó para que mi cuerpo cediera y me fuera abajo. Delante de mí, a una cierta distancia, unas chicas practicaban lanzamiento de bala. Aparte de la que estaba lanzando en ese momento, había cuatro jóvenes esperando su turno. Todas miraban con mucha atención a su oponente y se pegaban a la profesora cuando ésta registraba la distancia alcanzada. Entonces, otra de las chicas recogió una bala y se dispuso a lanzarla. Mientras daba los típicos nerviosos pasos hacia el sitio desde donde debía lanzar estiraba sus firmes brazos y piernas, acaso más para liberar tensión que para elongar los músculos, como lo dejaban ver las sutiles rotaciones de su cuello. Tenía una postura perfecta, un paso elegante y un rostro completamente resuelto, al que nada parecía poder alterar; se veía extremadamente concentrada; nada ni nadie podría desviar su atención.

La joven miró hacia abajo, raspó con la punta del pie la tierra, y adoptó la típica posición previa al lanzamiento. Entonces comenzó a girar; se impulsó dando las tres vueltas ceremoniales sobre su eje, y lanzó con increíble fuerza la bala, y con ella dejó salir una ruidosa exhalación.

Era como estar viendo a una atleta profesional en persona y no en la televisión.

Así era Aira.

—Es una chica muy fuerte —comentó alguien a mi lado.

Bueno, no era «alguien». Era la chica alegre.

Al verla me di cuenta de que ya había corrido su carrera, pues tenía la ropa algo humedecida, el cabello mojado, atado en una coleta, y la cara levemente enrojecida, como quien ha

terminado de hacer ejercicio en un día caluroso.

Me puse de pie.

—Le irá bien. Estuvo practicando muy fuerte. Incluso antes de las pruebas practicaba cómo hacer los movimientos —prosiguió ella.

Contra todos mis instintos, tuve que desviar la mirada para que no se perdiera en la hermosa chica alegre, en sus pantaloncillos, en sus brazos y piernas bañadas por el sol de mediodía, y en su cabello apenas despeinado, bellamente despeinado.

—Parece que le fue bien —dije, al ver que Aira sonreía de satisfacción, pero mesuradamente, al oír su marca.

—Esa es mi niña —dijo la chica alegre, con una sonrisa igual de ancha. Luego fue a donde su buena amiga a felicitarla con expresiones calurosas.

Creyendo que había terminado la competencia, y que Aira había ganado, tuve ganas de retirarme, pero aún estaba muy cansado como para seguir paseando y tampoco sabía dónde ir, así que volví a sentarme sobre el amarillento césped. Un instante más tarde, sin embargo, la chica alegre volvió a acercarse a mí; de hecho, se ubicó en el mismo sitio que antes. En sus manos traía una mandarina pelada. La dividió en dos frente a mis ojos —rápidamente me había vuelto a poner de pie, impulsado súbitamente por la necesidad de disimular mi extenuación ante sus ojos—, arrancó un gajo y se lo llevó a la boca. En cuanto sus dientes hicieron estallar la bolsita cítrica, una mueca de satisfacción se adueñó de su rostro. Claramente estaba disfrutando la comida. Al notar que me le había

quedado mirando atontado y maravillado, la chica alegre compuso su semblante y me preguntó, extendiendo su mano hacia mí, y en cuya palma había puesto media mandarina:

—¿Quieres, Sanke?

Acepté tímidamente, arrancando un gajo sin atreverme a quitarle la fruta de la mano. Y entendí la sensación que había invadido a la chica alegre, pues la mandarina estaba llena de un jugo dulzón y refrescante, y el que yo tuviera mucha hambre —puesto que no había llevado comida—, lo hacía doblemente disfrutable. Por eso mis entrañas se alegraron de que la chica alegre no moviera la mano y, en cambio, me dijera:

—¡Más, toma más!

Disimulando el ávido deseo de mi estómago me permití servirme dos gajos más, y los comí por separado y sin prisa.

—Muchas gracias, Kari; está riquísima.

—¿Verdad que sí?

Por alguna misteriosa razón estábamos solos, en medio de un complejo deportivo lleno de gente. Cualquier persona medianamente lista hubiera visto la ocasión de entablar una conversación tranquila y agradable con la cual conocerse un poco mejor, pero, en vez de eso, lo primero que se me ocurrió preguntar fue por un tercero. Cuando me di cuenta de mi error, ya era tarde.

—¿Y Aira? Creí que estaría contigo.

—Clasificó a la ronda final. En un momento tiene que volver a lanzar.

—Oh, creí que ya había ganado. ¿Y a ti cómo te fue?

—Ah... —suspiró la chica alegre—, un honorable cuarto

puesto. Estuve tan cerca...

En ese preciso momento llegó Hana.

—Llegas a tiempo —dijo la chica alegre—. Está por competir por la medalla.

—Por la de oro, sí. Ayer no dejaba de hablar de eso.

—Bueno, así es ella. ¡Ojalá la consiga!

—¿Dónde está? No la veo.

—Estaba por allí —respondió la chica alegre, señalando el lugar donde había estado Aira—. Creo que está con esas chicas de allá.

—Ah, creo que sí la veo.

Kari y Hana siguieron hablando entre sí, y yo quedé a un lado y en silencio. Tuve ganas de volver a sentarme o de simplemente largarme de allí, mas no deseaba que la chica alegre pensara que me sentía incómodo o dejado de lado. Tampoco quería entrometerme en la conversación, la cual tocaba temas que les concernían a ellas y no a mí. Así, terminé por distraerme con pensamientos triviales hasta que Kari y Hana de pronto se emocionaron, lo que llamó mi atención. Aira y otras chicas se disponían a participar de la ronda final de lanzamiento de bala. La profesora a cargo de la competencia les dirigió unas breves palabras que las jóvenes oyeron con máxima atención, y luego se decidió el orden de lanzamiento. Por lo que vi a la distancia, sin poder oír lo que se decía, Aira fue primero. En seguida Kari y Hana murmuraron para su amiga palabras de aliento y expresiones de deseo, con algo de nerviosismo añadido a su exaltación. A esa altura del torneo, Aira era una de las últimas estudiantes que podía colocar el nombre de nuestra

escuela en el medallero.

Aira recogió la bala y tranquilamente caminó hasta el sitio desde donde debía hacer el lanzamiento, nuevamente con una expresión calma y decidida, y la mirada puesta en la nada. Luego movió el cuello a ambos lados, exhaló aire, estiró los brazos, los echó hacia atrás, respiró hondo y buscó ponerse en posición...

—Ve cómo la mira —susurró Hana.

Me volví hacia ella inmediatamente, dándome cuenta de que había hecho alusión a mí.

—Pues... hace un momento preguntó por ella —dijo la chica alegre, y rio en tono de broma, pero que para mí era hiriente, por cuanto parecía olvidar (o peor, ignorar) que a mí me gustaba ella y no su irascible amiga.

—Es una chica muy linda, ¿verdad, Sanke? —me preguntó Hana, con una nota picaresca en la voz.

No dije nada, tan sólo negué con la cabeza enérgicamente y volví a mirar al frente.

La chica alegre lo era más, mil veces más.

Justo cuando se aprestaba a lanzar, la mirada de Aira encontró por casualidad a sus amigas, quienes de inmediato la saludaron con ademanes; la chica alegre aplaudió vivamente y exclamó:

—¡Vamos!

Aira le devolvió una sonrisa, pero luego desvió los ojos un poco y me vio a mí. Su rostro se transfiguró: primero abrió los ojos de sorpresa, y menos de un segundo después adoptó un semblante terrible, irritado. Apenas pude notarlo, puesto que

inmediatamente apartó la vista y se terminó de preparar. Yo también me puse a mirar en otra dirección, como llevando mi atención hacia algo más importante; lo que me importaba era estar cerca de la chica alegre.

—Huy, se cayó —dijo ésta.

Al mirar a Aira, la vi en el suelo de rodillas. Dos chicas ya la estaban ayudando a incorporarse. Por lo visto, había resbalado o tropezado al lanzar la bala.

Aprovechando la situación, me marché de allí. Lo hice en un impulso, es cierto, pero quizás lo necesitaba. Hana probablemente insistiría en avergonzarme y Aira podría echarme la culpa de su fallo, y ya no me veía con chances de hablar a solas con la chica alegre. Lo mejor —consideré en ese momento— era procurarme algo de comer antes de que mi estómago se quejara de haber sido engañado con tres míseros pero deliciosos gajos de mandarina.

Pasaron un par de horas más hasta que finalizaron los eventos en los que estaba involucrada la escuela, al menos las clases del tercer año. El autobús que nos había llevado al complejo deportivo del Club Ch* nos recogió en la amplia entrada principal. Varios rodeaban a Aira, encandilados con el plateado de su medalla, admirándola por haber sido la única alumna de la escuela en conseguir una. Yo, por mi parte, estaba impaciente por regresar; ya era consciente de que esa especie de plan que se me había ocurrido había fallado, y consideraba que no tenía nada más que hacer... tal vez.

Subí al autobús y busqué un asiento vacío. No había muchos lugares para elegir, y me senté rápidamente en el

primer asiento que vi, sin fijarme en quien tenía al lado, que miraba a través de la ventanilla.

—Hum... ¿Sanke?

Giré la cabeza hacia el pasillo y vi a Kari.

—Te amo. ¡Por favor, sal conmigo! —exclamé repentinamente.

Bueno, no es cierto, pero en ese entonces sentía que, si no me confesaba *de verdad*, por mi cuenta, iba a enloquecer.

—Discúlpame, ¿podrías dejarme el asiento? Quiero sentarme con Aira.

En efecto, a quien tenía en el asiento de al lado era Aira; ella ahora me veía con horror, como si yo fuera un monstruo o algo por el estilo.

Llevaba colgada al cuello esa medalla plateada a la que no podía serle indiferente, frente a la cual no pude evitar sentir un escalofrío que, sin embargo, creo que pude disimular, aunque lo haya acompañado una visión fugaz y espantosa.

—Perdón, no me di cuenta —me excusé, mientras me levantaba para buscar otro sitio.

—¡Gracias, Sanke, y perdón! —exclamó la chica alegre, inclinándose ante mí con las manos juntas, un gesto que me pareció exagerado.

—Está bien, no hay problema —dije, algo aturdido por lo que acababa de pasar por mi mente.

—Creí que venía a pedirme disculpas —oí decir a Aira en voz baja y desdeñosamente. La chica alegre respondió soltando una risita.

Y así es como me fue en el torneo de atletismo: mal en la

pista y mal fuera de la misma. Para no ser negativo, podría decir que todo había salido *de manera distinta* a lo planeado o deseado. También pensaba en que al menos había podido hablar con la chica alegre, quien supuestamente no tenía el menor deseo de verme, pero que, en los hechos, no rehuía el trato conmigo, cuando se había puesto junto a mí y conversado conmigo por un momento. Y, sin embargo, yo no había hecho ningún avance; parecía que, si no podía aunar valor y confesarme, me tendría que conformar con breves momentos carentes casi por completo de emoción.

En realidad, cuando trataba de pensar en el asunto, terminaba sintiéndome confundido.

Capítulo 7

Como ya conté, luego del incidente en la calle sin nombre, el tiempo pasó. Mejor dicho, siguió pasando: los días se sucedieron lo mismo que las estaciones. Mi vida siguió su curso normal, que era el que hubiera esperado. La típica vida escolar de un muchacho de diecisiete años. Las clases, las tareas, los amigos, y el no poder acercarse a la chica alegre. En medio de todo ello, como oasis de emoción y de novedad, el torneo de atletismo y unas vacaciones que pasé en mi casa, salvo por un fin de semana en un pueblo vecino. Siempre lejos de la chica alegre.

Con ese tiempo que se esfumaba día tras día se me fueron las esperanzas. Empecé a pensar que era un despropósito intentar conquistarla.

No que lo hubiera intentado tampoco.

Puede parecer que hablo de un período muy largo; en realidad, para ser más exacto, fueron tres meses.

Casi tres meses exactos.

Y lo que voy a contar comenzó con un juego de niños.

Unos alumnos del primer año le hicieron una broma a un

compañero, o se cobraron una apuesta... nunca lo supe, y no es lo que importa, de todos modos. Dos jovencitos que se habrán creído revoltosos llevaban por la fuerza a su compañero por un corredor de la planta baja. Un tercero los seguía a corta distancia, acaso supervisando el progreso de la operación. Mientras tanto, terminaba la clase de Educación Física del tercer año. Yo me había cambiado de ropa y salido del vestuario de los varones antes que el resto. Por eso fue que vi a los jóvenes. Por su parte, las chicas de mi curso aún estaban dentro del vestuario.

Yo holgazaneaba en el pasillo cuando los jovencitos se cruzaron en mi camino en dirección a un extremo de la planta baja, donde tomaron rumbo hacia la derecha, hacia el vestuario de las mujeres.

Quizás por el recuerdo de lo que me habían hecho pasar Kazu, Emell y Pier no mucho tiempo atrás, y por empatía por el muchacho que, tal vez sin merecerlo, estaba siendo arrastrado para ser lanzado a las chicas como se lanzaría a un condenado a los lobos; quizás por puras ganas de hacer el bien, lo que nunca debería requerir de excusas, corrí hacia los chicos.

—¡Eh! ¿Qué están haciendo? —les grité antes, como un policía dando la voz de alto a un malhechor.

Ellos no me hicieron caso y aceleraron su marcha hacia el vestuario. Sin embargo, el tercer delincuente, luego de dudar por un segundo entre entrar o no entrar, eligió retirarse cobardemente. Yo seguí al resto y entré tras ellos, en un último y desesperado intento de evitar que se metieran, o para liberar al prisionero, al menos.

«Un alumno de la escuela ingresó intempestivamente al vestuario de las damas mientras las alumnas del tercer año se cambiaban de ropa», leería más tarde el director en su despacho. En las frías y negras palabras que recorren los tortuosos pasillos de un tribunal, eso fue lo que pasó. Pero no fue *todo*.

Las chicas se levantaron con lo que tenían puesto y huyeron al fondo del vestuario gritando cuando la estampida. La mayoría estaba a medio vestir o cubiertas por nada más que una toalla; saltando y chillando de susto, trataban de cubrir sus partes con sus brazos y manos. En cuanto a los bribones, le dieron un empujón a su compañero para dejarlo bien dentro del vestuario; acto seguido, sin aprovechar y quedarse a ver a las señoritas, salieron de allí a toda velocidad. Yo hice un vano esfuerzo para atrapar a uno de ellos, que terminó por escabullirse entre mis brazos. Justamente por forcejear con él en medio del lugar pisé una prenda que había quedado en el suelo, resbalé y caí.

Caí... encima de Aira.

El alboroto enmudeció en un segundo. Un silencio sepulcral era lo que llenaba ahora todo el lugar. Un tenso círculo de miradas fijas en mí nos rodeaba.

Aira y yo tuvimos suerte de que yo no la hubiera aplastado con mi cuerpo, ya que había aterrizado con los brazos hacia adelante, por reflejo. Ella no se lastimó y, en consecuencia, no se vio en la necesidad de asesinarme. Pero yo no tenía motivo alguno para celebrar. Es que Aira estaba debajo de mí, atrapada entre mis brazos, con mi cara casi puesta en sus pechos, a los

que —por fortuna para ella— había alcanzado a ponerles el sostén.

Rápidamente reaccioné, aunque nunca se es suficientemente rápido en una situación así. Despegué las palmas del suelo y me hice a un lado, liberando a Aira. Ella no estaba feliz.

Ruborizada o —para ser más preciso— más roja que un tomate, impactada, se deslizó hacia atrás, quedando sentada frente a mí; con un brazo se cubrió el pecho, con el otro, se acomodó la falda, que se le había levantado, y con el pie izquierdo me propinó una certera patada justo entre los ojos.

—¡Degenerado! —me gritó.

Caí hacia atrás, quedando boca arriba. Reaccioné prontamente, dando vuelta mi cuerpo para levantarme de una vez y huir de allí. Las chicas volvieron a gritar y a agitarse. Y yo, que, medio atontado por la patada de Aira, no me había puesto de pie aún, medio cegado por el golpe también, vi un objeto caído debajo de la banca junto a la cual yacía yo.

Era un medallón plateado que escapaba de una mochila mal cerrada que el incidente probablemente había tirado al piso.

Tenía... un símbolo extraño, que no conocía pero que sí reconocía.

Cómo no reconocerlo, si se lo había visto a la muchacha que había asesinado al sujeto sin nombre.

Luego de ser golpeado, a causa de los alaridos y el revuelo en el vestuario, se presentó en el lugar la profesora de Educación Física. La hallé de pie frente a mí mientras me incorporaba. Su semblante, extraordinariamente serio, me avisaba que para ella

no era un buen día y tal vez también que me esperaba una severa reprimenda. Sin pronunciar palabra y sin mirar atrás me retiré en silencio, cabizbajo.

Por lo que supe después y por cómo ocurrieron las cosas, la profesora redactó un informe que llegó al despacho del director con impresionante celeridad.

Cuando salí del vestuario de las chicas, lo primero que hice fue dirigirme al baño más cercano —de hombres, por supuesto— para examinar mi rostro al espejo. En eso estaba cuando sonó la campana del mediodía, señalando la hora del almuerzo.

Tenía la frente enrojecida por el golpe de Aira. Me había dado con el talón entre las cejas. «Si me pegaba un poco más abajo, me habría quebrado la nariz», pensé.

Me mojé la cara y con las yemas de los dedos masajeé la zona enrojecida y apenas abultada. Ya no me dolía tanto, pero la evidencia de la agresión era indisimulable.

Me encerré en la cabina más lejana, bajé la tapa del retrete, que estaba levantada, y me senté por un momento. Di un largo suspiro mirando hacia arriba. Primero extenuarme en la clase de Educación Física, luego ser golpeado en la cara... Definitivamente no era para mí el mejor de los días. Y, para empeorar las cosas, estaba el asunto del medallón... No había lugar a dudas, era el mismo que había visto en aquella fatídica noche...

Creía que había superado los recuerdos de aquel suceso.

La súbita entrada al baño de unos alumnos haciendo bullicio me sacó de mi incipiente cavilación. Sin perder tiempo

me levanté y me fui. Antes de que la puerta del baño se cerrara a mis espaldas, me topé con mis amigos, quienes en ese momento estaban por entrar.

—¡Sanke! ¿Qué te pasó?

—¿De qué hablas?

—Mira tu frente... ¿Quién te golpeó?

No quería hablar del golpe para no tener que explicar cómo ni por qué lo había recibido.

—Nadie me golpeó.

—¿Y entonces? —inquirió Pier.

Kazu abrió de par en par la puerta del baño y, poniendo un solo pie en él, preguntó de mal modo:

—¡A ver! ¡¿Quién le pegó a mi amigo?!

Quienes lo escucharon se miraron entre sí, sin poder responder. Acaso ni siquiera habían notado el rastro de la patada en mi frente por lo rápido y discreto de mi salida. Luego de una vana y corta espera, Kazu dejó cerrarse la puerta en silencio.

—Ven, cuéntanos qué te pasó. Si alguien te golpeó, le tendremos que dar una paliza.

Miré a Kazu queriendo sonreír. Él no le iba a dar una paliza a Aira.

—Vamos a comer y les cuento.

Fuimos al aula, donde solíamos almorzar. El patio era probablemente nuestro sitio favorito, pero, en los bonitos días sin lluvia como aquel, usualmente estaba atestado de estudiantes, y no debía haber buenos lugares vacantes. En la puerta me esperaba el preceptor.

—Alumno Jina, tiene que ir a la dirección —dijo en un tono seco y neutral.

Mientras hablaba, él notó la más que evidente hinchazón en mi rostro.

—Pero antes debería ir a la enfermería —agregó.

Mis amigos intervinieron.

—Estábamos por sentarnos a comer —dijo Kazu.

—Necesita comer algo para recuperarse —agregó Pier.

—Y nos iba a contar qué le pasó en la cara —dijo Emell, refiriéndose a mí.

—El director también quiere saber qué le pasó —repuso el preceptor tranquilamente.

Entonces se volvió hacia mí y me dijo:

—Vaya, alumno.

Obedecí sin protestar, sintiendo que mi suerte estaba echada. Sólo los casos graves llegaban al despacho del director, de quien, por cierto, se decía que tenía aires de magistrado o algo así, como si hubiera trabajado en un tribunal de justicia.

—¿Se está metiendo en problemas? —oí preguntar a mis espaldas.

El preceptor hizo un silencio que supuse llenó con un gesto de su rostro, y dijo:

—Espero que no.

No quise ir a la enfermería; no veía la necesidad; no me dolía el golpe y tampoco me interesaba ocultarlo. Ya muchos, si no todos, acababan de verlo.

Por otro lado, tampoco quería visitar la oficina del director. No estaba listo para enfrentar un castigo. Y, sin embargo, fui,

porque no hacerlo era peor que hacerlo, porque no tenía alternativa.

Lentamente subí las escaleras rumbo al tercer piso. Todo aquel con quien me cruzaba no podía evitar verme la frente, como si me hubiera salido un tercer ojo allí.

Llegué. La puerta era de madera y estaba bellamente lustrada, y por ello relucía. Golpeé tímidamente el cristal.

La puerta se abrió sin prisa, hasta con algo de suspenso. Fue el director en persona quien me invitó a pasar. Era medianamente alto y no solía sonreír, pero su semblante siempre estaba calmo; no tenía la severidad que hubiera esperado cualquiera que hubiera oído las leyendas sobre él en los corredores y en el patio. Era extremadamente pulcro y de modales cuidados; diríase que, al moverse, su ropa no se arrugaba. Tenía un bigote prolijo y proporcionado, y anteojos casi redondos, similares a los de mi abuelo. A su cabello, perfectamente peinado, nunca se le salía un pelo de lugar.

—Ah, es usted, Jina —dijo al verme, y cuando entré al despacho me invitó a sentarme con un gesto de su mano.

Tomamos asiento a ambos lados del escritorio. El informe escrito por la profesora de Educación Física reposaba frente a él.

—Me informaron que causó un tumulto en el vestuario de las damas, mientras las jovencitas se cambiaban de ropa —comenzó él, repasando con los ojos las palabras escritas por la profesora.

—¿Un tumulto...? —murmuré. Me pareció un término exagerado.

—Usted entiende que esa es una falta grave, ¿no es así, alumno Jina?

El director entonces alzó la vista, llevándola del papel a mi rostro, por encima de los cristales de sus anteojos, mientras apoyaba los codos en el escritorio y entrelazaba las puntas de los dedos delante de su barbilla pequeña y cuadrada. Yo no pude soportar el contacto visual —aunque el director me miraba de manera neutral y no amenazantemente— y bajé la vista.

—Sí.

—Pues bien, en esta escuela rige el estado de derecho. Eso significa que, si bien se lo ha acusado de violar el reglamento de la escuela, usted posee el derecho de realizar un descargo. ¿Entiende eso, alumno Jina?

—Lo entiendo.

—Muy bien —dijo el director, y se arrellanó en su mullido asiento forrado de cuero—. Lo escucho.

—Yo entré porque vi que unos alumnos estaban entrando.

El director se sorprendió, aunque sin dejarse abandonar su cómoda postura.

—¿Unos alumnos? ¿Qué alumnos?

—No lo sé, señor, no los conozco. Creo que son del primer año.

—Hum... ¿No los conoce, dice? Tomo nota.

Dicho y hecho. El director alargó su brazo hacia un costado, donde reposaba su estilógrafo, y escribió una breve frase en una hoja de papel. Hubiérase dicho que no me creía. En realidad, él estaba siendo lo más imparcial posible, como se lo dictaba su

conciencia; él era fiel a sus principios.

Continué mi relato:

—Ellos entraron corriendo al vestuario, y yo intenté detenerlos, pero no pude hacerlo.

—Pudo haber evitado entrar, sobre todo de la forma en que lo hizo —opinó el director.

—Sí, pero...

Quise explicarle que uno de los jovencitos estaba siendo llevado contra su voluntad por los otros, y que yo quise sacarlos de ahí dentro. Unos inoportunos golpecitos en el cristal evitaron que lo hiciera.

—¡Adelante!

La puerta fue abierta.

—¡Con permiso! —exclamó una voz alegre.

Me di vuelta y vi a la chica alegre asomando la mitad superior de su cuerpo, sin permitirse entrar por completo.

—¡Buenos días, director! ¿Tiene un minuto para hablar? Es... importante.

Entonces notó mi presencia.

—Hola, Sanke —me dijo con su cariño habitual, con una sonrisa tibia pero bien delineada.

—Sí, alumna —respondió el director—. Espéreme afuera y en un minuto hablamos.

—De acuerdo, ¡gracias!

Me volví hacia el director.

—Bueno, alumno, por lo que veo su situación es... —y se corrigió—, *parece* complicada. Ahora vaya. Sabrá de mi veredicto... pronto.

Me largué de allí preguntándome dónde rayos había quedado mi derecho a descargo. Ni siquiera saludé al director.

Al salir, hallé a la chica alegre esperando junto a la puerta.

—¿Metiéndote en problemas? —bromeó, y su sonrisa, dulce como la miel y suave como el terciopelo, me derritió los adentros.

Sin embargo, reí sin ganas, pues también estaba muy cansado, molesto y hambriento como para tomarme las cosas con humor.

—Vas a salir de esta. El director no es malo, como algunos piensan; no es un tirano ni un monstruo —me dijo en voz baja, para no correr el riesgo de ser escuchada desde el despacho.

Asentí en silencio, queriendo creerle.

—¡No te preocupes! —exclamó entonces ella, levantando el pulgar. Un segundo después, ya se había deslizado alegremente hacia el despacho.

Emprendí el regreso al aula. Recordé que todavía era hora del almuerzo. Aprovechando que no había gente a mi alrededor, cosa que era usual en ese tercer piso de la escuela, metí la mano en un bolsillo y de él extraje el medallón plateado.

Miré una vez más el símbolo que contenía, y cuyo significado me era profundamente intrigante e imposible de imaginar.

«¿Que no me preocupe, me dice?»

El medallón pasó la noche en mi poder. En la seguridad que le brindaba la privacidad de mi habitación pude estudiarlo con la mirada.

Era perfectamente circular, de unos seis centímetros de diámetro, de plata finísima —en opinión de mis inexpertos ojos— y perfectamente pulida, que relucía a pesar de haberla contaminado repetidas veces con el toque de mi mano. En el anverso se revelaba un símbolo en relieve, compuesto de una cruz y ocho curvas que parecían formar dos círculos, uno dentro del otro, o un número ocho, o las hojas de un trébol... Es difícil decirlo, y eso que lo vi con mis propios ojos y de cerca. El reverso tenía una inscripción en tres líneas en un idioma extranjero, escrito con símbolos que no me resultaban en absoluto familiares. Una cadena formada por una multitud de diminutos eslabones igual de plateados servía para amarrar el medallón al cuello de su dueña.

Después de contemplarlo por un largo rato, lo dejé sobre la mesita de noche.

No sabía por qué lo había recogido. Había sido un impulso del momento, algo desacostumbrado en mí. Fue como si el medallón me hubiera pedido que lo llevase consigo, por más extraño o poco creíble que suene.

Sin pensar y sin dudar, lo había capturado estirando un poco la mano y, mientras me levantaba para huir del vestuario, lo había ocultado de los horrorizados ojos de mis compañeras bajo la camisa.

Pero aquello había sido un robo. Eso era peor que entrar sin querer al vestuario de las chicas; por ello sí podía ser yo condenado —no sólo por el director, sino también por cualquier verdadero tribunal de justicia—.

Y, hablando del director, pensaba que ya no tardaría en dar

su veredicto, en pronunciar la sentencia. Esperaba que esa misma noche llamara personalmente por teléfono para dar la noticia a mis padres; imaginaba que tal vez me dirían que no me molestara en ir al día siguiente a la escuela, que estaba suspendido.

Creo que, más que ser condenado por un juez o por un director de escuela, temía decepcionar a mis padres.

No obstante, había algo más inquietante aún. ¿Por qué ese medallón, que había visto en posesión de una asesina, de una muchacha diabólica que comía carne humana, estaba en el vestuario de las chicas? ¿Podría ser que una de las alumnas de la escuela fuera... dicha muchacha? ¿Qué probabilidades había de que el que tenía yo ahora fuera otro medallón idéntico al de aquella joven? ¿Y qué probabilidades había de que fuera robado —lo que hubiera significado que yo le había robado a una ladrona—, o de que alguna de mis compañeras lo hubiera encontrado en la calle y recogido porque parecía un objeto muy valioso como para dejarlo tirado? Porque el medallón se veía como algo de mucho valor, algo que nadie que lo tuviera enfrente podría ignorar, y que nadie que lo viera tirado en la calle o donde fuera no lo levantaría.

Me acosté y pretendí acallar mis insistentes pensamientos en las hojas de un *manga*.

Tuve éxito sólo por un rato, ya que muy pronto escenas de aquella noche de horror volvieron para pretender atormentarme, para evitar que tuviera una noche tranquila y en paz. El suponer contra todos mis deseos que aquel misterioso y valioso objeto que reposaba en la mesita de noche le pertenecía a una

criatura malévola me perturbaba. No podía ser obra de una casualidad, y no le podía ser indiferente a ese hecho.

«Lo mejor será que lo devuelva», pensé, refiriéndome al dichoso medallón.

Apagué la luz y luego, en la plena oscuridad de la habitación, tomé el medallón y lo oculté bajo la almohada. No quería dejarlo a la vista y que mis padres lo vieran, para no tener que mentirles ni admitir que lo había robado.

«Sí, será lo mejor», insistí, antes de dar un largo bostezo.

Moví mi cuerpo algo perezosamente hasta hallar una posición cómoda, pero el precio fue oír un ruido ahogado a un lado de la cama. El *manga* había caído al piso, empujado por mis movimientos.

«Rayos», murmuré. Acto seguido, me dormí.

Al día siguiente me dispuse a ir a la escuela como en un día normal, pues el director no había llamado a mi casa y, hasta donde yo sabía, tampoco me habían sancionado. No sin cierto esfuerzo abandoné la posición horizontal —primero me senté, esperando que mi cerebro se activara; después de unos minutos, me incorporé de una vez— y, mientras recogía el uniforme, que había dejado colgando del respaldo de la silla, recordé que había soñado con Kari. La había visto vestida de blanco en un lecho bañado de luz, y luego hablando conmigo alegremente a solas, como raras veces ocurría cuando estaba en estado de vigilia. Una estancia que se me antojaba vagamente familiar, ropas sencillas de color azul y un signo de interrogación gigante flotando por encima de su cabeza era todo lo que podía añadir a lo que recordaba de mi sueño.

Sacudí la cabeza en gesto de desesperanza. Sentía que podía perder la cabeza lentamente si no hacía algo al respecto, y pronto.

Moví la silla, me senté en ella y me puse los calcetines. Y algo inusual llamó de inmediato mi atención.

El último de los tres cajones del escritorio estaba mal cerrado.

Puesto de esa manera, no suena como algo extraño, ya que probablemente sea muy común cerrar mal un cajón. Pero ese era el único cajón que yo nunca abría, salvo en contadas y excepcionales ocasiones. Me arrodillé en el suelo y le acerqué la cara al cajón, como no pudiendo creerlo si no le posaba los ojos literalmente.

Abrí el cajón. Éste opuso una ligera resistencia que le era característica, y que yo atribuía al peso de los objetos en su interior. A simple vista no pareció faltar nada. Allí guardaba viejos cuadernos que no me decidía a desechar y dos pequeños libros que nunca leía. Y, tras la tapa de uno de tales libros...

La carta que había escrito para la chica alegre, pero que nunca le iba a dar.

La carta estaba en su sitio, para mi alivio, como lo comprobé al sacarla de su lugar.

Sólo que... estaba mal doblada.

Mi rostro subió de tono instantáneamente. ¡Alguien había violado mi privacidad, y descubierto mi secreto mejor guardado! ¡Alguien había penetrado en el rincón más recóndito de mis dominios, y desnudado mi corazón furtivamente y sin mi permiso!

Quien se había abierto paso hasta la carta la había devuelto a su lugar descuidadamente, no sólo no cerrando el cajón por completo, sino colocando el papel de manera que se había plegado imperfectamente —oblicuamente— bajo los libros y los cuadernos que se suponía lo protegían.

Alisé con la mano la hoja de papel y la puse de vuelta en su sitio, y los libros y cuadernos encima de ella. Me pregunté quién pudo haber registrado el cajón y leído la carta. Mi madre vino a mi mente enseguida; tal vez había entrado a la habitación mientras yo no estaba, y bueno... supongo que esas cosas suceden.

Cerré los ojos con fuerza e insulté a mi mala fortuna. ¿Cómo iba a ver a mi madre a los ojos sabiendo que ella conocía mi vergonzoso secreto? Nunca le había mencionado nada acerca de tener ciertos sentimientos por una chica, sobre todo porque nunca me había interesado nadie sentimentalmente antes de conocer a la chica alegre. «Debí haberla escondido mejor», sentencié quejumbrosamente.

Entonces vi algo más: el volumen del *manga* que había estado leyendo reposaba inocentemente sobre la mesita de noche. Me acerqué a él completamente azorado y, sólo para verificar que era el mismo que había leído la noche anterior, me hinqué junto a la cama y extendí un brazo hacia el espacio entre la mesita de noche y la pata de la cama. Nada había allí, sólo aire y polvillo.

Erguido de nuevo, di unas vueltas intranquilo en el dormitorio. «Esto es muy raro», pensé una y otra vez, buscando en el suelo y en los muebles más extrañezas que

descubrir, más cosas fuera de lugar. Empezaba a creer que no había sido mi madre quien había abierto el cajón del escritorio.

El soplido de una suave brisa matinal en mi rostro me sorprendió. La ventana de la habitación resultó estar entreabierta.

No pude recordar si la había dejado bien cerrada la noche anterior.

Entonces, impulsivamente me abalancé sobre la cama y arrojé la almohada a un lado. El medallón seguía allí. Lo tomé y lo examiné de espaldas a la ventana.

«¿Será que... alguien vino buscando esto?»

Rápidamente guardé el medallón en la mochila y salí de la habitación.

Cuando emprendí el viaje diario a la escuela yo ya estaba mortificado. Estaba claro para mí que *alguien* había entrado en mi habitación mientras dormía y que, aparte de ser tan amable de recoger el volumen del *manga* que se me había caído de la cama, había hallado y seguramente leído la carta que había escrito para nunca entregarla a la chica alegre. Esto último le añadía una vergüenza absoluta a mi inquietud. Había alguien allí afuera que sabía de mis sentimientos más íntimos, que había leído las cosas que jamás pensaba expresar, salvo en el caso de que terminara de alguna forma al lado de la chica alegre. Pero, por otra parte, si aquella incursión nocturna tenía que ver con el asunto del medallón plateado, probablemente yo estaba en peligro. Después de todo, si la diabólica joven que había visto en la calle sin nombre llegaba a descubrir que yo le había robado el medallón... no era difícil razonar que yo podía ser su

siguiente víctima.

De sólo pensar en ello la frente se me empapó de sudor frío, y el estómago se me retorció en medio de la calle.

«Es preciso que hoy mismo lo devuelva —iba pensando, refiriéndome al medallón—, y cerrar la ventana esta noche. Pero ¿cómo lo devuelvo? Dejarlo en el vestuario de las mujeres sería lo ideal, pero no sé si sea buena idea acercarme allá, después de lo de ayer. Podría ir después de clase, luego de que se vayan todos... No, a esa hora creo que echan llave a la puerta. Tal vez intente arrojarlo por la ventana y que alguien lo encuentre mañana...»

Arribé a la escuela.

Procuré actuar como si nada hubiera ocurrido el día anterior, pero algunas de las chicas de mi clase no querían verme, y apartaban la mirada cuando me cruzaba con ellas.

No me dejé desanimar por ello, y permanecí durante el día junto a mis amigos, a quienes les había relatado lo ocurrido el día anterior. No obstante, cada tanto volvía a ser consciente de que mi castigo estaba por llegar.

Como dije antes, sentía que mi suerte estaba echada.

Almorcé en el salón de clase con mis amigos. Afuera hacía calor y el patio y la terraza debieron estar repletos de alumnos. Dentro del aula, el aire estaba más fresco, y el ambiente, más tranquilo.

—Bueno, es mediodía y el preceptor no te ha dicho nada. Supongo que te has salvado —me dijo Kazu, mientras abría el recipiente que contenía su almuerzo.

—Parece que sí —respondí.

—En cierta forma lo veo como una lástima —dijo Pier—. Si te amonestaban hubiera sido una buena oportunidad para poner en práctica mi idea.

—Ah, ya estás otra vez con... —protestó Emell.

—Por supuesto: la prisión en el sótano de la escuela; un lugar donde los delincuentes juveniles que pueblan esta escuela reciban el tratamiento que se merecen —dijo Pier, con creciente exaltación; luego se volvió hacia mí—. Dime, Sanke, ¿no te gustaría ser *castigado* por la Presidenta en persona, en el sótano?

Kazu carcajeó; yo no quise responder a una pregunta tan absurda; además, de pronto me avergonzaba compartir la mesa con alguien que hablaba de prisiones y castigos (léase: tortura) tan a la ligera.

—Ya te dije que no hay sótano en esta escuela —le dijo Emell.

En ese preciso momento, la chica alegre y sus amigas regresaron de comer y se quedaron de pie junto a la primera fila, a centímetros del pizarrón, muy cerca una de las otras, conversando animadamente. Después de un minuto, Aira se separó del grupo y avanzó tímidamente hacia el fondo, en dirección a nosotros. Emell aprovechó para preguntarle:

—Oye, Aira, ¿te gustaría darle una patada en la entrepierna a Pier? Él necesita una.

—¡¿Qué?! —exclamó ella, al tiempo que no podía evitar sonrojarse—. No me hagan participar de actividades obscenas —añadió con profundo desprecio hacia nosotros.

Cerró un puño con fuerza y rechinó los dientes.

—Aj, no quiero saber qué cosas pervertidas hay en sus mentes... —masculló.

Dio media vuelta y regresó dando pisotones al suelo donde sus amigas, para continuar con la tertulia. Discutían algo en privado. Quise ignorarlas, pero me di cuenta de que un par de veces ellas miraron en dirección hacia donde estaba yo.

¿Qué podían estar tramando?

Me levanté de mi asiento y me retiré sin mirarlas. Iba al baño a lavarme las manos.

El cotilleo pareció aumentar en intensidad cuando les pasé por un costado.

No llegué muy lejos cuando alguien carraspeó suave e imperfectamente a mis espaldas. Me detuve y volví hacia la fuente del sonido, naturalmente, sintiéndome aludido.

Mis ojos hallaron a Aira de pie frente a mí. Tenía una mueca de disgusto en el rostro.

—El director... —dijo con voz trémula, tanto, que tuvo que hacer una pausa.

Me extendió tímidamente un sobre cerrado que traía en la mano.

—El director dijo... *me obligó* a escribirte una carta de disculpa por...

Tomé el sobre con celeridad y lo abrí frente a sus ojos.

—¡No tienes que leerlo ahora! —rugió, ya enojada. No hice caso y leí un escueto mensaje escrito en un papel:

«Perdón por haberte golpeado».

No tenía firma ni fecha ni nada más. Se me ocurrió que era un desperdicio ocupar todo un papel para escribir sólo esas

cuatro palabras.

Levanté la vista. Aira había cruzado los brazos, fruncido el entrecejo, y sus mejillas se habían sonrojado levemente. Quise reír de mi suerte. No sólo me había salvado de un severo castigo, sino que era Aira quien tenía que pedirme disculpas a mí.

—No sé por qué tengo que disculparme. Realmente te hice un favor. Te mejoré esa cara que tienes —me dijo, mientras apartaba la vista desdeñosamente.

Complacido, se me escapó una broma.

—¿Entonces ahora te gusta?

Aira enfureció, tensando las extremidades como un gato. Alzó un puño frente a mi rostro y masculló:

—¡Te voy a dar una en los ojos...!

—Bueno, ¿y por qué estás tan irritable?

Aira se calmó; sus músculos se relajaron. Pareció entristecer súbitamente, incluso.

—Es que se perdió algo... Algo de valor... —murmuró, con la vista vuelta hacia un costado.

Sin embargo, de inmediato agregó, recordando que estaba enojada:

—¡Bueno, no es asunto tuyo!

Dio media vuelta, pero, antes de regresar con sus amigas, mirándome con un solo ojo, me dijo:

—Y no estés tan contento. El director te perdonó la vida porque la Presidenta le dijo que tú no tuviste la culpa. Yo te hubiera sentenciado a dos años de cárcel, por pervertido.

Se alejó de mí; mientras lo hacía, exhaló aire socarronamente

y se dijo a sí misma: «Realmente no lo entiendo...».

Pasados el pasajero sentimiento de alivio y el dulzor de mi triunfo impensado sobre Aira, me puse serio. Sentía culpa por todavía tener el medallón en mi poder. Lo había robado sin razón —no por necesidad, ni siquiera por codicia—, y realmente no me servía de nada. Por otro lado, me seguía inquietando que una de las chicas del curso, una de mis compañeras, con las que había compartido más de dos años de escuela, podía ser nada menos que una asesina fría y despiadada.

¿Podría ser Aira la chica que había visto en la calle sin nombre?

No me parecía así; su aspecto no se ajustaba del todo bien al de la chica del vestido blanco. No obstante, era cierto que no había podido ver claramente a aquélla esa noche, y con el tiempo la imagen que de ella recordaba se iba envolviendo poco a poco en la niebla del olvido.

No podía dejar de admitir que era una posibilidad.

Tal vez Aira era un poco violenta a veces, en ciertos días podía perder los estribos con facilidad, era altanera, elitista y carente de empatía... pero ¿una asesina? Eso era totalmente distinto; eso era demasiado para ella.

Pero también era posible, ¿por qué no?

La misma persona que se avergonzaba de pedirme disculpas podía clavarme un cuchillo en la garganta en un segundo y comer mis entrañas.

Podría matarme si descubría que yo tenía su valioso medallón.

Pudo haberme matado en mi habitación, mientras dormía tranquilamente, de haber encontrado el medallón en mi mesita de noche.

También había otro asunto, el de la intervención de la chica alegre en mi favor. Ahora sabía que ella le había hablado al director y logrado que se levantaran los cargos en mi contra. Supuse que ella de alguna manera había averiguado la verdad, o estaba convencida de que yo no era capaz de entrar corriendo al vestuario de las chicas para causar «un tumulto»... Las palabras que me había dicho antes de entrar en la oficina del director cobraron sentido. «Vas a salir de esta.» No era una expresión para darme ánimos, sino la realidad. Ella me iba a sacar de esa. Siendo esa la situación, era para mí un deber agradecerle.

Todos estos pensamientos y muchos más me abstrajeron de la clase.

Cuando el sonido de la campana de salida recorrió toda la escuela, yo ya sabía qué era lo que debía hacer.

Alcancé a la chica alegre en el corredor principal, a medio camino entre el salón y la puerta de salida. Rodeándola estaban sus amigas, como de costumbre. Los nervios amenazaban con hacerme echarme atrás a último momento; con algo de esfuerzo logré mantener mi determinación. No había espacio para las dudas, y no podía perder la oportunidad de hacer lo correcto.

Supongo que Aira se habrá sentido de esa forma cuando decidió entregarme sus disculpas por escrito.

Además, ya no podía seguir demorando el momento de

devolver el medallón (a esta altura de la situación ya quería poco menos que deshacerme de él), porque cada minuto, cada segundo que lo mantenía en mi poder, aumentaba el riesgo de que me sucediera algo. ¿Quién puede decir que no podría haberme ocurrido algo en el apacible y aburrido camino de regreso a mi hogar?

—Presidenta...

Las cuatro chicas se volvieron hacia mí. La chica alegre alzó las vivaces cejas y sonrió.

—¡Sanke!

—¿Podemos hablar un minuto?

La alegría en el semblante de la chica alegre menguó un poco, seguramente por lo inusual de mi pedido. No obstante, accedió a él, mientras sus amigas hacían muecas de suspicacia o de sorpresa.

—Sí, claro —replicó amistosamente, acercándose a mí—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Me aparté unos pasos, invitándola a seguirme. Obviamente la conversación debía ser privada. Las otras chicas se quedaron viéndonos. Para que ellas no oyeran lo que decía, tomé la precaución de hablar en voz más bien baja.

—Aira me dijo... que me ayudaste con el tema de... ya sabes, lo que pasó ayer.

—¡Oh, sí! —exclamó ella, tras pensar un poco con los ojos en las alturas—. Bueno, no es nada.

—Sabías que yo no quise entrar ahí, ¿verdad?, y que...

—Uno de los chicos de la 1-A me lo contó todo. Sobre cómo sus compañeros lo llevaron al vestuario por la fuerza, y dijo que

quisiste evitarlo. Sí, se lo conté al director, porque él tenía que saberlo.

—Me salvaste.

—Bueno, no es para tanto —dijo con modestia, y sonrió de nuevo, asintiendo enérgicamente con la cabeza y cerrando los ojos.

—Sí lo es. Gracias, Kari.

—No es nada, en serio —insistió, y añadió, ya bromeando de nuevo—: pero no lo vuelvas a hacer.

Ya se daba la vuelta para retirarse cuando la detuve.

—Y...

Ladeó un poco la cabeza y torció las cejas.

—Y Aira también me dijo que se le perdió *algo*.

La chica alegre pensó un segundo o dos, intentando deducir a qué me refería. Iba a decirme algo al respecto, pero no bien abrió la boca, saqué el dichoso medallón del bolsillo de una vez y se lo mostré.

De inmediato sus ojos se abrieron de par en par, y su boca se congeló. A la distancia, sus amigas también se sorprendieron al reconocer el objeto en mi mano.

—Es esto, ¿no? —dije—. Yo lo encontré... y me pareció muy valioso como para dejarlo tirado.

Ruri, Aira y Hana acudieron corriendo.

—¡Es tu medallón! —le dijeron a la chica alegre.

Se me heló la sangre.

—Pero ¿cómo? —murmuró Ruri, y me miró, boquiabierta.

—¿Él lo tenía? —preguntó Aira, al borde de la indignación.

—Oh, ¡gracias, Sanke! —exclamó Kari, y no pudo ocultar

su súbita agitación, que se reflejaba en el temblor de su voz y en los nerviosos movimientos de sus ojos y extremidades, aparte de habérsele borrado esa sonrisa que normalmente era eterna en ella—. Sí, pensé que se había perdido. ¡Realmente te debo una!

Pude haber dicho que no era nada, o que estaba bien, como normalmente lo hubiera hecho, pero no. En vez de eso, dije:

—Bueno, si es así, podría pedirte algo.

Ruri le dio un suave codazo a Kari y le dijo, en tono discreto, pero aun así audible para mí:

—¿Estás segura, Presidenta? ¿Le concederás cualquier cosa? Mi hermana dice que los hombres piden cosas... ¿cuál era la palabra? Ah, sí, «aborrecibles».

Kari miró a Ruri con extrañeza, no comprendiendo lo que aquella le decía.

—¿A qué te refieres?

—Y qué clase de persona es tu hermana... —dije.

—Como sea, gracias, de verdad —dijo Kari, todavía con una pizca de nerviosismo en la voz, y sin perder tiempo se dio la vuelta para marcharse.

—Sí, vámonos ya —intervino Aira, mirándome fijamente y con honda desconfianza.

Las cuatro chicas se pusieron en marcha. Hana y Ruri llevaban a Kari del brazo, mientras que Aira las seguía de cerca. Las amigas de Kari no dejaron de mirarme, aliviadas, pero sin poder entender cómo era que yo me había hecho con el medallón.

Mi mente estuvo dispersa durante todo el regreso a casa. Me perturbaba el sólo pensar que la chica alegre pudiera en realidad ser la misteriosa joven de la calle sin nombre. Cerrando los ojos procuré en varias ocasiones hacer encajar la figura de Kari en la de la chica del vestido blanco; físicamente había algún parecido, pero, como dije antes, mi memoria ya no era tan clara y, además, una parte de mí tampoco quería recordar lo que había visto aquella noche.

Llegué a mi hogar. Fui derecho a mi habitación y me dejé caer en la cama. Estaba confundido, inquieto. Una marea de sensaciones variadas y algunas incluso contradictorias me inundaba.

Estuve un largo rato con los ojos cerrados, descansando, como durmiendo. Imágenes de la chica alegre y de la criatura de la noche pasaban intercalándose a gran velocidad delante de mí.

Después de eso, me levanté.

Capítulo 8

Encontré a mis padres conversando en la sala de estar.

—Voy a salir —anuncié, hablando un poco rápido, como quien tiene prisa. Entonces rodeé breve pero afectuosamente con los brazos a mi madre, gesto que ella aceptó con gusto; acto seguido me puse al lado de mi padre y apoyé mi mano en su hombro. Él respondió dándome unas palmadas cariñosas en la espalda.

—¿Vas a cenar acá? —preguntó mi madre.

—Hum... No lo sé.

—¡Que te vaya bien!

Salí con viento fresco. Me alegró ver que mis padres estaban contentos.

Me hizo feliz.

Si esa tenía que ser la última vez que me veían, entonces fue lo mejor mostrarme tan alegre, tan feliz, frente a ellos.

Y si esa tenía que ser la última vez que yo los veía a ellos, entonces fue lo mejor verlos felices.

Felices, mis padres y yo.

Mi buen ánimo se esfumó demasiado rápido, al volver a ser

consciente de por qué estaba yo en la calle; pronto un sentimiento de nerviosa incertidumbre nació dentro de mí. Mas yo ya estaba en marcha; no conocía mi destino exacto, pero sabía que reconocería la casa cuando la tuviera frente a mis ojos.

Y así fue: después de un viaje de cinco estaciones de tren, me interné apresuradamente en las estrechas callejuelas de cierto vecindario cuyas aceras hacía mucho no hollaba.

En tantos años no había cambiado ni un poco, y eso me ayudó a encontrar la casa, ubicada en una zona de viviendas pequeñas, apretujadas entre sí, ensombrecidas de día por los enormes edificios de departamentos que se erguían cerca, cual muralla de concreto.

Por alguna razón todo el viaje lo había hecho con los nervios de punta, y con una inexplicable impaciencia por llegar y golpear la puerta como *no* la golpeé cuando llegué —en vez de eso, logré de alguna manera guardar las apariencias y parecer sereno—.

Pasaron cinco, diez segundos sin que nadie apareciera tras la puerta. Un acceso de intranquilidad brotó dentro de mí, impulsando mi mano para extenderla hacia el picaporte, con unas extrañas ganas de asirlo y sacudirlo. Ya mis dedos lo rodeaban cuando aquél fue girado lentamente, casi con suspenso.

La puerta se abrió igual de lento, y un ojo bien abierto que aparentaba temor asomó en el estrecho espacio abierto. Era Kire, quien, en cuanto me reconoció, se tranquilizó y salió a mi encuentro.

—¡Sanke! ¿Cómo estás?

—Hola, *Kii*.

A pesar de ser tarde, ella todavía tenía puesto el uniforme escolar, igual que yo.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió alegremente sorprendida.

—¿A mí? Nada... Bueno, sólo estaba de paso y pues...

Kire me miraba con atención mientras yo ofrecía a los titubeos mi estúpido intento de excusa. Su rostro no tardó en tomar una expresión preocupada.

—Sanke, ¿qué te sucede?

Me apoyé en la pared en un intento de disimular o al menos amortiguar el temblor de mis piernas.

—Nada, ¿por qué lo dices?

—Es que tienes una cara... Ah, perdón, no quise ofenderte —se apresuró en aclarar.

Sonreí pobremente y volví el rostro hacia el horizonte, ocultando así mi semblante de la mirada de Kire. No es que me hubiera ofendido su comentario, pues lo había hecho sin malicia, pero sí me había hecho darme cuenta de que la ansiedad que no quería dejar ver era en realidad más que notoria.

Guardamos silencio por un instante.

—¿No quieres pasar y tomar algo?

—No... Ya me voy —dije, mostrándome más tranquilo—. Sólo pasaba a saludar.

—Ya veo —dijo Kire, y pensó algo por unos segundos—. Están mis padres y mi hermano en casa, ¿no quieres saludarlos a ellos también?

—Sí... Bueno... Ya sabes que, si entro un minuto, me harán

quedar toda la noche —dije, y solté una risita—. Ya los conozco.

Kire se entusiasmó y rio conmigo.

—Es cierto.

Contemplamos por un instante el paisaje. Luces amarillentas y anaranjadas salían de las diminutas ventanas de las viviendas, menos coloridas y vivas que el cielo teñido por el sol que bajaba hasta hundirse entre las siluetas de casas y edificios de departamentos. La ropa colgaba tranquilamente de las sogas en las terrazas, sin un viento que las meciera. Algunos transeúntes recorrían la calle sin prisa.

—Oye —dije después de un momento—, ¿qué pasó con tu amiga de la escuela? ¿La has vuelto a ver?

—¿Eh? Ah, eso. Sí, estuvo dos días sin ir a clases, pero luego regresó.

—Entonces confío en que ella está bien, después de todo...

—Sí... Bueno, *ella* sí.

—¿Pero?

—Pero su abuelo jamás apareció.

Una misteriosa sensación negativa me invadió.

—Ya veo —dije en un tono sombrío no intencional pero genuino, bajando la mirada—. Sí, supongo que es algo que podía pasar —agregué.

—Sanke.

No hice caso y permanecí en actitud pensativa.

—Sanke, ¿qué te ocurre? —insistió Kire.

Se había puesto frente a mí y me observaba atentamente con dos ojos aterrorizados, como si algo horripilante estuviera a

punto de suceder allí mismo.

—Nada. Ya tengo que irme —sentencié solemnemente.

—Sanke, ¿por qué hablas así? Hablas como *ella*... —dijo Kire. Su voz amenazaba quebrarse.

—Estoy bien. Tal vez no sea nada —le dije, e intenté sonreír, mientras apoyaba una mano en su hombro, todo para tratar de disipar sus temores.

Ya me marchaba cuando Kire me detuvo pellizcando la manga de mi camisa.

—Al final —dijo—, sí reportaron la desaparición del anciano. Sólo que aún no hay novedades.

Asentí con la cabeza.

—Han hecho bien. Sí, era lo correcto.

La tensión empezaba a ceder.

—Adiós, Kii. Te veo luego.

—De acuerdo, pero tienes que venir mañana.

—Claro que sí.

Kii hizo un puchero, mientras volvía a sujetar la manga de mi camisa.

—Promételo.

—Lo prometo: mañana vendré a pasar el día con ustedes —afirmé, apoyando una mano en su hombro con firmeza.

Además, logré aunar las fuerzas para ofrecerle una sonrisa sincera. Ella se contagió y, recuperando el ánimo, asintió con una ancha sonrisa.

—¡Sí!

Luego de esa pequeña misión, tenía que seguir camino hacia mi verdadero objetivo.

Estaba un poco más sereno; no obstante, algo me molestaba. Me estaba dando cuenta de que no sabía por qué había ido a ver a la prima Kire de manera tan imprevista, además de que le había provocado temor innecesariamente, actuando de una manera extraña y tal vez aterradora —misteriosamente dramática cuando menos—, viéndolo desde la perspectiva que otorga el paso del tiempo. Debí haber propiciado una situación más natural para hablar con ella, pero esa noche no había tiempo para hacer tal cosa.

Y, para colmo de males, en ese entonces se podía considerar que probablemente la había engañado en mi improvisado intento de compensar el error de haber ido a visitarla.

El ocaso estaba en plena marcha: medio sol ya se ocultaba tras los tejados de las casas bajas del barrio, y en un extremo del cielo, la luna ya se hacía presente.

El autobús tardó unos minutos en llegar, como si se hubiera demorado adrede para dejarme reconsiderar mi decisión, como si hubiera querido darme una última oportunidad para echarme atrás.

Pero yo ya estaba decidido. No pensaba en lo que estaba haciendo, ni en nada.

Tan sólo esperé hasta que el autobús apareció.

Me subí, y en todo el viaje no quise pensar en nada. Ya en mi asiento dejé la vista fija en el paisaje. Seguía algo nervioso, y en el fondo de mi mente latían las imágenes de aquella horrible noche de hacía tres meses.

El viaje se me pasó muy rápido. Cuando me di cuenta, ya estaba próximo a mi destino.

Me bajé del autobús y me quedé quieto, sin reacción.

No estaba listo.

Realmente no lo estaba y, aun así, mediante un impulso logré abandonar mi inconsciente quietud.

Recuerdo haber cruzado la calle al trote, como si la más mínima demora me fuera a hacer cambiar de opinión.

No podía reconocer las calles que había caminado la primera vez, pero sabía dónde estaban, y esa era toda la guía que necesitaba.

Sabía también dónde quedaba el callejón.

Al saberme cerca de él, dejé de andar rápido para pasar a caminar. Los nervios se reflejaban principalmente en mi respiración, dejándome sin mucho oxígeno para sostener una marcha ligera.

En alguna esquina hice un alto. El cielo ya estaba teñido de un naranja intenso, surcado por franjas rojizas, y muy por encima de las siluetas de los tejados y de las terrazas llegaba la noche en una marea violácea.

Los postes de luz se encendieron todos al mismo tiempo, aportando, sin embargo, sólo un poco de luz extra al ambiente, casi pasando desapercibidos.

En la calle no había gente. Di un largo vistazo en derredor, pero no hallé a nadie. Me pregunté si eso era habitual a esas horas de la tarde.

Miré desde lejos en dirección al extremo del callejón desde el cual había visto salir a la chica del vestido blanco. Estaba a oscuras; se veía como la boca de un túnel siniestro y estrecho, o como la entrada a un pasadizo medio secreto.

Vagué por las calles cercanas como un perro extraviado, indeciso, sin rumbo fijo, dando vueltas. Por todos lados, a la vuelta de cada esquina y sobre el asfalto de cada calle, sólo hallaba soledad. Me movía como en una ciudad fantasma, como si la población hubiera sido aniquilada, y sus restos, desvanecidos en el aire húmedo de la noche en ciernes.

O como si todo el mundo hubiera corrido a esconderse de un blanco ángel de la muerte antes de que este apareciera.

Sintiéndome tan solo, con todo el barrio para mí, me senté por fin a descansar en el umbral de una vivienda. No podía estimar cuánto tiempo se me había ido haciendo nada. A sólo unos metros de allí había dado de bruces con Hana un tiempo atrás —a pesar de que los rincones del vecindario se parecen mucho uno a los demás, pude reconocerlo fácilmente—. Ese momento había quedado muy lejos en mi memoria.

Apoyé la cabeza en la puerta y cerré los ojos. Mi nerviosismo se descargó a través de mis extremidades —sobre todo las piernas— causándoles un hormigueo molesto.

Respiré hondo una brisa que venía a refrescar el crepúsculo.

El sonido de unos pasos dados rítmicamente me sorprendió. Una figura juvenil pasó delante de mí justo al tiempo que yo abría los ojos. Era una jovencita que caminaba alegremente, dando un saltito cada tres o cuatro pasos. En una mano llevaba una bolsa plástica con un objeto dentro; no era difícil deducir que volvía de hacer una compra.

Era Kari, sin duda alguna.

Me levanté de un salto, inconscientemente.

—¡Eh...! ¡Kari...!

Kari se congeló en el acto y se volvió hacia mí de inmediato.

Los últimos rayos dorados de un sol que se extinguía tras el horizonte de cemento le iluminaban un costado, mientras que la luz artificial fría y blanquecina se desparramaba y se diluía en su otro costado. La misma chica quedaba así partida en dos mitades: la que todo el mundo conocía y amaba —la de la alegre y carismática estudiante modelo y presidenta de curso, la de la joven con corazón de oro—, y una mitad desconocida y de tintes increíbles y siniestros, que al parecer sólo yo le había visto.

Es que no tenía dudas de que Kari tenía que ver con aquel espantoso asunto, fuera lo que fuera y, además, viéndola como la veía, no pude evitar que me atravesara el terrible presentimiento de que era Kari a quien había visto matar al sujeto aquella noche.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —me saludó ella, no dejando que su aspecto revelara la sorpresa de haberme hallado, porque ¿cómo era posible que ella supiera que iba a encontrarme?

Devolví el saludo, tratando de disimular la nefasta sensación que se había apoderado de mí.

A diferencia de mí, ella no tenía puesto el uniforme escolar, y sí una blusa de un tono claro; con un rápido vistazo a su cuello intenté distinguir el medallón, sin éxito.

—Acerca del medallón... Lo siento si quedé como un ladrón —me excusé, moviendo la cabeza a los lados mientras hablaba.

—Oh, no te preocupes —dijo Kari—, nadie lo pensó. Gracias de nuevo por devolverlo.

—Sí... Verás, hoy quise preguntarte qué significa el símbolo

que tiene.

—Ah, ¿eso? —dijo nerviosamente—. Es un emblema muy viejo, de mis antepasados.

Dejó pasar un segundo; luego, añadió:

—Perdón, tengo algo de prisa, pero otro día podemos hablar.

Era raro que la chica alegre terminara así una conversación. Lo normal era que se pusiera a hablar amigablemente con quien quisiera hablar con ella. Sólo un asunto de urgencia podía obligarla a interrumpir la charla, ¿o yo la estaba incomodando, o quería evitarme?

Sin esperar a que yo dijera algo al respecto, Kari dio media vuelta y siguió su camino.

—¡Adiós, Sanke! —canturreó, apenas se puso en marcha.

Un sabor agridulce me invadió. Por una vez había podido estar a solas con Kari, y ella había tenido que irse. No había podido ser capaz de sostener dos minutos de conversación. De cosas como esa uno después dice «sólo me pasa a mí».

Mientras tanto, todo rastro del sol ya había desaparecido del cielo. En cambio, la redondez de una inmensa aura lunar asomaba por encima y por debajo de una nube alargada y plomiza.

Volví la vista hacia Kari, quien se alejaba con paso apretado, sin disimular su prisa, sin dar saltitos ni hacer bambolear la bolsa.

Llegando a la esquina, su andar se volvió un poco errático y se enlenteció; sus piernas no se veían muy firmes. Al querer cruzar la calle, un auto que pasó a toda velocidad casi la

atropelló. Kari, sin dejarse asustar, siguió su apresurada marcha. Pero ya del otro lado de la calle empezó a tambalear.

Yo me inquieté. Por lo visto, algo malo le ocurría. Corrí tras ella y, conforme me le acercaba, más le costaba a ella moverse. Sus piernas temblaban, tenía una mano pegada al pecho, y con la otra se apoyaba en la pared para tratar de llegar a destino.

—¡Kari! ¿Estás bien?

No me hizo caso y siguió arrastrando los pies penosamente por la calle, ahora con la cabeza caída. Pero yo estaba a punto de alcanzarla.

—Kari, ¿qué te ocurre? —insistí, poniéndome frente a ella y sujetándola de los hombros.

Ella levantó la cabeza y, entre los cabellos que le cubrían parte de la cara, iluminada por la luz de la luna, vi una mueca de dolor. Sus ojos entrecerrados ya no brillaban. Su cuerpo cedió y tuve que sostenerlo para que no se desplomara. Descubrí que ella era liviana como una pluma. Me arrodillé con cuidado, acomodando su cuerpo para que su espalda reposara en mi torso, mientras con una mano sostenía su cabeza, para que no cayera hacia atrás, como la de un bebé que no tiene fuerza en el cuello. El gesto de dolor de su rostro, entonces, se disipó; ahora Kari parecía descansar o dormir tranquilamente, pues había cerrado los ojos también.

Pasados unos segundos, los abrió de repente.

—Tienes que irte... —musitó.

Entonces movió su cabeza y con un brusco movimiento de su brazo apartó el mío propio, librándose de mí; acto seguido, comenzó a incorporarse no sin cierta torpeza, haciendo un

terco esfuerzo para conseguirlo. En el proceso aprovechó para recoger la bolsa, que se le había caído al suelo.

—¿Qué dices? Apenas puedes caminar. Déjame ayudarte.

Kari meneó la cabeza mientras ensayaba unos torpes pasos, tratando de dejarme atrás.

—No, Sanke —dijo seriamente, con una voz que cerca estuvo de quebrarse.

Menos de diez pasos después, Kari tropezó y estuvo a punto de caer. Me vi obligado a reaccionar. Sin avisarle, la rodeé con un brazo y la ayudé a caminar. Kari en un principio intentó resistirse, pero sus fuerzas eran exiguas.

—Sólo voy a llevarte hasta tu casa.

Las muecas de dolor se sucedían en su cara, pese a sus vanos intentos de disimularlas.

Caminamos unos cincuenta metros, y frente a un portón de madera Kari cesó de moverse.

—Es acá —indicó.

Con una mano temblorosa buscó y halló las llaves, cosa que le llevó un tiempo, en parte debido a la pobre iluminación. Mientras tanto, le eché un vistazo a la casa que se alzaba detrás del portón. Tenía dos plantas, como la mayoría de las viviendas de la zona, pero era notablemente más grande que las otras casas de la cuadra. Las luces de la planta alta estaban apagadas. Por la distancia de la vivienda al portón, deduje que tenía un pequeño jardín delantero.

Kari giró la llave y empujó una puerta lateral débilmente. En efecto, detrás de ésta, vi que un caminito hecho de grandes piedras lisas y bordeado de vegetación la separaba de su hogar.

—Gracias —dijo en voz baja.

Su rostro tenía un aspecto sombrío.

Se apartó de mí y pareció poder andar más o menos erguida. No obstante, antes de marcharse volvió sobre sus pasos y se acercó a mí por un instante, lo que me hizo notar que sus mejillas ardían como cuando se tiene fiebre, y me suplicó, con los labios pegados a mi oreja y una voz muy dulce, pero también infectada de miedo:

—Ahora vete, por favor. Está oscuro.

La puerta se cerró suavemente, apenas haciendo ruido. Me quedé inmóvil hasta reconocer el sonido de la puerta de la casa siendo abierta y luego cerrada. Tras ello, el silencio del barrio volvió a ser absoluto.

Eché a andar, pero no estaba seguro de a dónde ir.

Aquella no era Kari.

Se veía como ella, pero no era ella.

Kari no era así. No la Kari que yo conocía.

Y, aun así, cuando la sostuve para que no cayera, y cuando la ayudé a caminar, preocupado y todo, sólo pensaba en abrazarla y besarla.

Eché a andar. No había nada más que hacer.

Caí en la cuenta de que había tenido a la mismísima Kari entre mis brazos, pero con lo tenso de la situación, no lo había podido disfrutar, ni había sido consciente de lo cerca que me había puesto de ella.

Todo había pasado demasiado rápido, como la escena de un sueño que se interrumpe de repente, con el mero abrir de los ojos.

Di marcha atrás y doblé la esquina.

No puedo fingir inocencia y decir que no me di cuenta o que no sabía. Al dar la vuelta a la esquina y caminar un poco, me hallé frente al callejón. Lo contemplé bajo mi propio riesgo. Una luz amarillenta caía sobre él, sobre un contenedor de residuos y el esqueleto de un viejo electrodoméstico, sobre los parches de maleza y sobre las salientes de las puertas y ventanas que daban al callejón. El pasaje era largo y en él se acumulaban sombras y siluetas de origen indefinido, allá donde la luz del farol no llegaba.

Algo muy difícil de explicar no me dejaba salir de allí corriendo; algo pretendía de hecho atraerme, invitarme a adentrarme en la turbia estrechez del callejón. Y es que, por otra parte, éste resultaba hallarse detrás de la casa de Kari.

De modo que no me decidía a moverme. Todo lo que hacía era examinar el callejón con sus entrañas a medio revelar, sin atreverme a avanzar.

Una parte de mí consideró buscar la puerta o ventana de la casa de Kari y espiar su interior.

Deseché la idea casi de inmediato. Era un despropósito.

Pero entonces... a pesar de la poca luz que había, noté unas manchas en el suelo, junto a mis pies. Un camino de gotas de superficies relucientes llevaba al interior del callejón. Casi de inmediato, antes de que pudiera siquiera dudar entre seguir el rastro o alejarme de allí, un débil quejido a la distancia quebró la quietud de la noche, retumbando en mis tímpanos. Inseguro, me interné en el callejón. No avancé más que unos tímidos y cautos siete u ocho pasos cuando se me aparecieron

delante dos piernas a medio flexionar, tiradas juntas en el suelo. Eran de una mujer, cuyo cuerpo estaba mayormente cubierto de sombras. Aun así, aparte de sus piernas, pude ver su rostro. Tenía los ojos perdidos en la nada, sin brillo, como los de un moribundo pronto a expirar, y que no voltearon al hacerme yo presente. La mujer lloraba profusamente y su mandíbula colgaba temblorosa; de su boca entreabierta no salía más que un largo y lánguido pitido lastimero. Una manga de la camisa que llevaba estaba desgarrada, y en el brazo desnudo sobresalían rayas sanguinolentas que se asemejaban a rasguños de una fiera.

«¿Qué es esto?», me dije para mis adentros, al observar la horripilante escena. Entonces, sin perder tiempo, me acerqué a la mujer y me incliné para sacarla de allí. En cuanto apoyé una mano en el brazo que ella tenía oculto en la oscuridad, el cuerpo entero de la mujer se estremeció violentamente, como volviendo de repente a la vida; sus ojos se abrieron como platos y, si bien no giró el cuello, sus pupilas sí se dirigieron hacia mí, y se fijaron seriamente en mi rostro.

—No, no... —murmuró como pudo, dado que el temblor de su mandíbula se intensificó. Supuse que creyó que yo iba a hacerle más daño del que le habían hecho.

—Ven, hay que salir de aquí —dije, mientras con una mano sujetaba más fuertemente el brazo de la mujer, y deslizaba la otra bajo su espalda para levantarla.

Al principio la mujer pareció resistirse, pero logré que al menos se sentara, quedando ella con las piernas flexionadas y los hombros y la cabeza caídos.

Y entonces, al soltarla y enderezarme, una sombra muy cerca de mí se desprendió de la penumbra en la que resultó estar camuflada, tomando forma de una entidad...

No cualquier tipo de entidad, obviamente.

Poseía una figura amenazante, alta y corpulenta, con cabellos largos y una única prenda de vestir, similar a una túnica, un vestido largo o un camisón. Sus enormes ojos emitían un potente centelleo que me advertía de sus intenciones.

La figura empezó por inclinarse y alargar sus gruesos brazos para agarrar a su presa sin quitarme en ningún momento la vista de encima. La mujer, por su parte, y contrario a su reacción cuando yo había tratado de ayudarla, no se resistió, aunque algún espasmo sacudió su cuerpo. Tal vez había perdido toda esperanza de salvación y resignádose a ser arrastrada hacia un destino fatal.

Y yo quise impedirlo. No podía permitir que se llevaran y tal vez mataran a una persona —a un ser humano— justo delante de mis ojos... de nuevo.

No es que lo hubiera decidido conscientemente. No hubo tiempo para ello y, en todo caso, si se me hubiera permitido tomar una decisión acerca de qué hacer, probablemente hubiera huido de allí, por más que no me enorgullezca en decirlo.

La mía fue una reacción inconsciente, algo que uno hace sin pensar, cual marioneta que se mueve por voluntad ajena.

Me lancé hacia adelante, acometiendo contra la figura de cabellos y ropajes largos.

Le di con el hombro y el brazo; me hubiera dolido lo mismo

haber chocado con la pared. La figura tambaleó por un segundo; por la sorpresa sus garras se desprendieron de la mujer que ahora volvía a yacer a sus pies. Entonces, y de repente, extendió su brazo hacia mí para darme un zarpazo que pude esquivar en parte por reflejos de gato y en parte por tropezar oportunamente con las piernas de la mujer caída, lo que me hizo trastabillar.

Mas no iba a tener tiempo de recuperarme. Antes de volver a erguirme siquiera, la figura saltó a una velocidad increíble por encima de la mujer y con su otro brazo me capturó... por el cuello. Me sujetó firmemente y al principio sin apretar, dejándome respirar lo menos posible. Sin embargo, cuando empecé a patalear y a tratar de librarme de ella, decidió cerrar lentamente sus dedos alrededor de mi garganta, con una expresión sádica y cruel adivinándose en la parte de su rostro que emergía de la oscuridad.

Si hubiera tenido tiempo de sentir algo, hubiera sentido que aquél era el final, que me había llegado la hora.

Entonces alguien soltó un soplido que atravesó el callejón de punta a punta.

Y luego oí a ese alguien gritar «¡No!».

Y ese mismo alguien salió de alguna parte, y todo lo que mis ojos entrecerrados de dolor pudieron ver fue un brazo agitándose delante de mí, surcando el aire, veloz, brillante y fugaz como un relámpago. Casi de inmediato, la presión en mi cuello desapareció. Tosiendo y jadeando, intentando ganar aire para mis pulmones, distinguí un forcejeo entre la figura aterradora y una joven.

No había duda de quién era ella, ni siquiera en las tenebrosas profundidades del pasaje mal iluminado.

—¡Vete! —exclamó, tomándose un segundo para verme de frente.

Pero yo estaba petrificado, incapaz de reaccionar.

Era tan extraño, tan impactante ver... a Kari... ahí, y de esa manera. La dulce jovencita, la del corazón de oro, la chica alegre, andaba por un siniestro rincón de la ciudad donde se atacaba gente y peleaba con seres más grandes que ella.

La figura le dio un golpe en la cabeza, y Kari salió despedida hacia atrás. Se recostó en la pared con la que había dado su espalda.

La situación era tan increíble y se sentía tan irreal...

Pero ella era Kari, y yo no la podía abandonar.

Y, de nuevo, no lo decidí. Mi cuerpo se movió por sí solo.

Me aferré a Kari y la traje hacia mí antes de que recibiera un nuevo golpe. Las garras de la figura silbaron por encima de su cabeza y se estrellaron en la pared.

Escapé hacia la calle sin nombre con Kari detrás, aún sujeta por mi brazo. Con su mano libre ella me daba empujones. Antes de dejar el callejón, alcancé a dar un último vistazo a la mujer. Estaba inmóvil, acaso ya muerta, o sólo inconsciente. La figura nos siguió por algunos metros, con la furia ardiendo en sus gigantes ojos.

No bien perdimos de vista a la figura que, por otra parte, había dado la vuelta de regreso al callejón, Kari dejó de correr. Yo también me detuve, y al hacerlo sentí calambres viniendo a mis piernas, el palpitar de mi corazón y la necesidad de respirar

de nuevo.

Exhausto y todo, miré a Kari. Su blusa se había manchado de sangre, de la que no podía decir si era propia o ajena. La sangre también resbalaba por la piel de sus brazos, su cuello y su rostro.

Y ella...

Sollozaba, y sus ojos estaban empapados de lágrimas, que se mezclaban con la sangre de su cara y rodaban por sus palidecidas mejillas.

Kari abrió un poco sus enormes y preciosos ojos para verme y exclamar, mientras me daba suaves golpes en el pecho:

—¡Te dije que te fueras! ¡Yo te lo dije...!

Con el corazón comprimido, tan sólo atiné a ver cómo Kari se llevaba las manos a la cara, lamentándose, me daba la espalda y se marchaba. Todavía entre sollozos, cruzó corriendo la calle y se perdió tras las sombras de la noche.

Las primeras gotas de una lluvia sorpresiva cayeron en ese mismo momento.

Llegué a casa tarde y mojado por la lluvia, después de dar unas vueltas sin rumbo por la calle. Mis padres ya se estaban acostando a dormir. Por ello me resultó fácil evitar que vieran mi rostro, ese que tan sólo unas horas antes estaba radiante de felicidad.

Me desplomé en la cama sin quitarme la ropa y sin cubrirme con la cobija. Mi cuerpo no tenía energías para nada ya.

Una multitud de pensamientos se agolpaba en mi mente, lo cual me aturdía. Había salido de casa sin una razón clara, y por

poco terminaba muerto en un callejón oscuro. Sí, había escapado de la muerte; me había salvado por unos breves segundos, tal vez no más de cinco o diez. Aunque... en realidad me *habían* salvado. Y ni más ni menos que Kari, la chica alegre, aquella a la que quería tanto. Aquella que quizás se convertía en una asesina despiadada que se alimentaba de sus víctimas... No, ello no podía ser real. Esa joven no podía ser Kari, la Kari que todos amábamos, admirábamos y respetábamos. Debía ser una alucinación, un mal sueño. Pero, si era un sueño, ¿por qué se sentía tan real, por qué mis sensaciones y mis recuerdos eran tan vívidos? ¿Y por qué era yo incapaz de convencerme de que la chica del vestido blanco y Kari eran dos personas diferentes? ¿Y por qué le habían tenido que quitar la vida a aquel hombre y a aquella mujer? ¿Por qué? ¿Por qué...?

Una especie de fiebre sobrevino; la cabeza me pesaba y sentí que estaba a punto de enfermar, o ya empezando a hacerlo.

Di mil vueltas en la cama. Constantemente y sin descanso imágenes de lo ocurrido esa tarde pasaron delante de mí como *flashes*. Las calles desiertas al atardecer. La mujer tendida en medio del callejón, junto a un charco de su propia sangre. La figura a punto de atacarme; sus ojos diabólicos e inhumanos. Una chica... Kari, salvándome. Kari... caminando alegremente hacia su hogar. Kari... en mis brazos, liviana como una pluma.

Kari... llorando desconsoladamente.

Llorando por alguna razón que me era imposible comprender.

Mis ojos quedaron abiertos en la oscuridad de la habitación. No tenía el más mínimo rastro de somnolencia, aun con lo

cansado y perturbado que estaba. Los ojos inundados de Kari se fijaron en mi mente y desde el cielorraso me atormentaban.

«¡Te dije que te fueras!»

Era la primera vez que la había visto llorar. Que una chica como sólo ella era llorara así... era desgarrador.

Y yo la había hecho llorar. Yo era el culpable, y por eso sus ojos me atormentaban, me prohibían descansar.

Me senté en la cama y me volví a acostar. Cerré los ojos y los volví a abrir. Di vueltas en la cama y alrededor de ella. Mi mente no podía estar quieta, y mi cuerpo tampoco.

Me pregunté... adónde se había ido Kari. No me lo había dicho y yo no la había seguido tampoco.

Miré por la ventana, como si pudiera haber visto algo aparte de la pared de la casa de enfrente, iluminada por un poste de luz, como si allí afuera pudiera haber estado mi respuesta.

Quería ir tras ella, pero ya no me animaba, ya no me sentía tan dispuesto a seguir arriesgándome. Era consciente de que la próxima vez podría perder la vida en serio, sin oportunidad de salvación. Después de lo que había vivido y de las escenas que no podía dejar de repasar en mi cabeza, ya no me sentía tan valiente, y la temeridad de mis acciones se me hacían inexplicables.

Sin embargo, la inquietud, la incertidumbre acerca de lo que había ocurrido con Kari me carcomía por dentro. Deseaba fervientemente que estuviera a salvo, mientras me enloquecía el no sentirme capaz de escapar de casa y salir a buscarla. Golpeaba el colchón y ahorcaba la frazada, y caía de cara al piso, luego me tranquilizaba, tratando de descansar, y después de un

rato volvía a insultar entre dientes y a querer romper los objetos de mi cuarto.

Imaginé a Kari, sana y salva, vital, hermosa, radiante y —sobre todo— alegre como siempre, en los pasillos de la escuela, en el salón, en el patio. Como si nada hubiera pasado.

Deseé... despertar a la mañana siguiente y descubrir que todo había sido un largo sueño.

Capítulo 9

Desperté.

Todo a mi alrededor parecía normal, aunque realmente poco se podía distinguir con tan poca luz.

Por unos segundos me sentí bien, como quien ha tenido una noche de sueño reparador, pero luego se presentó en mi cuerpo un remanente de cansancio. Algunas imágenes de la noche anterior no tardaron en aparecer para restregarse en mi desaliñada y soñolienta cara.

Murmuré su nombre.

Afuera no había salido aún el sol, aunque el horizonte ciertamente había empezado a clarear.

La casa y el barrio estaban tranquilos y en silencio. Todos dormían, excepto yo.

Sin pensarlo demasiado, me calcé y salí a la calle. El día estaba fresco, y los únicos rastros que quedaban de la lluvia eran la humedad del aire y el agua acumulada junto a la acera. Las nubes se habían fugado del cielo casi por completo.

Respiré hondo el aire refrescante de la naciente alba, impregnado de rocío.

Después de los espantosos e increíbles eventos de la noche anterior, cualquier pequeña situación normal sólo podía sentarme bien.

Me pregunté adónde se había ido. En algún lugar había tenido que pasar la noche. Y, si no había vuelto a su casa, entonces es que había tenido otro lugar donde quedarse, tal vez con sus amigas o con un pariente.

Una parte de mí quiso creer que Kari se encontraba bien después de todo, y que cualquier problema que hubiera tenido lo había podido resolver, aunque no contaba con la más mínima evidencia o motivo para pensar de esa manera.

Entré de vuelta a la casa y me preparé el desayuno. Dejé el tiempo pasar mientras el sol subía de a poco, abriéndose paso entre las pocas nubes que aún quedaban en el cielo, y que terminaron por retirarse de él.

Después regresé a mi habitación para seguir revolcándome en los mismos pensamientos que había estado teniendo, pero ya con más calma, reclinado en el cabecero de la cama.

Por momentos me sentía extraña e inexplicablemente tranquilo; me sorprendió el temor de estar de alguna forma aceptando la situación, o ese fue el presentimiento que tuve entonces.

Finalmente, concluí que nada habría de malo en pasar por la casa de Kari si no tenía intenciones maliciosas, si solamente deseaba dar un paseo matutino.

Deseaba ver de nuevo a la chica alegre y a su sonrisa característica, sus delicados —a la vez que energéticos— y encantadores movimientos, y su inextinguible alegría de vivir.

Deseaba que sólo esa parte de ella permaneciera en mi mente, haciendo a un lado a esa otra personalidad que le había visto asomarse.

Cerré los ojos por un instante, procurando imaginarla como siempre, como la excelente persona y compañera de curso.

Desde mi interior, proyectada en una pantalla mental, ella volvió a sonreírme tiernamente y a emitir esa luz y ese calor que tanto me reconfortaban.

Retuve su imagen felizmente por unos momentos y, sin que yo me diera cuenta, el sueño me invadió.

Dormí ligeramente y por unos pocos minutos; más que yo abrir los ojos, estos se me abrieron de repente y por su cuenta. Sin perder tiempo me vestí para salir, decidido a dar mi *inocente* paseo.

Al salir de la habitación, encontré a mis padres ya levantados y cerca de la puerta.

—Oh, ahí estás —dijo mi madre—. Hay alguien afuera.

Intrigado, me acerqué a la puerta y puse un ojo en la mirilla. Entonces vi a Kari mirando a un costado, con la típica sonrisa serena en su rostro. El alivio de verla bien, la emoción de tenerla cerca una vez más y la sorpresa de que se presentara en mi casa sin previo aviso confluyeron en mi corazón.

—Es una chica —dijo mi madre, con una pizca de incredulidad.

—¡Y qué linda es! —exclamó mi padre—. ¿Es tu novia?

Lo miré y meneé la cabeza para responder que no. En mi rostro sólo había lugar para expresar estupor.

—Bueno, ¿qué estás esperando? Ve con ella.

—Buena suerte, compañero.

Dudé un segundo, pero puse la mano en el picaporte y lo giré.

—¡Que te vaya bien!

Salí al umbral. Kari esperaba por mí. Se veía radiante, serena y feliz, como de costumbre. No había en su aspecto huellas físicas ni mentales de nada que hubiera sucedido la noche anterior. Se había cambiado de ropa: llevaba puesto un vestido que le llegaba a las rodillas, una chaqueta ligera para no tener frío y un par de sandalias. A un costado de su cabeza, un broche grande con una flor adornaba su cabello. Completaba su atuendo un pequeño bolso que traía colgado del brazo —en resumen, estaba vestida con un estilo informal, casual, y a la vez con un toque de elegancia que le sentaba muy bien—.

Estaba más hermosa que en cualquier recuerdo o imaginación que yo pudiera haber tenido.

—Kari... —murmuré, y creo que mis labios se movieron para tratar de sonreír.

—¡Buenos días, Sanke! —dijo ella, tan alegre como siempre—. ¿Te gustaría hablar un momento?

—Sí, claro —llegué a responder, sorprendido. Cada cosa acerca de la situación me era inesperada.

Abandonamos el umbral y pasamos a caminar sin prisa por la acera, sin un rumbo fijo.

—¡Ah...! —suspiró Kari—, qué lindo día.

Volvió la mirada hacia mí, hacia la ropa que vestía.

—¿Ibas de salida?

—¿Yo? No... Bueno, tenía ganas de salir y caminar.

—Entonces llegué justo a tiempo. Si llegaba un minuto más tarde, tal vez no te hubiera encontrado.

—Supongo.

Dimos la vuelta a la esquina.

—Nada que ver el clima hoy, comparado con ayer —afirmó Kari, contemplando todavía el cielo despejado—. Ayer estuvo nublado todo el día. Creo que incluso llovió.

Su última frase me desconcertó un poco. ¿Sería que no recordaba la lluvia ni nada de la noche anterior?

—Anoche llovió —dije.

Hice una pausa.

—Anoche... también pasaron cosas muy turbias.

Kari no quitaba la vista del cielo.

—Ah... Creo que sí recuerdo que llovió.

—Kari...

Ella dio tres pasos lentos más, y luego se detuvo. Yo también lo hice, de modo que quedamos frente a frente. Kari miró al suelo un instante, rumiando un pensamiento; acto seguido, levantó la mirada y la dirigió a mis ojos.

—Sanke, yo puedo explicarte todo... lo que viste. Pero... —y bajó la vista de nuevo—, tienes que entender que es muy difícil para mí hablar de esas cosas.

La seriedad que emanaba de sus palabras comprimió mi corazón. Sin querer, había sido brusco con ella; había tocado una fibra muy sensible de su interior.

—Perdón.

—¡Oh, no te preocupes! —exclamó Kari, recuperando de pronto algo de su habitual alegría—. Está bien, de verdad.

—No quería que te sintieras presionada.

Kari sólo mantuvo una modesta sonrisa como respuesta. Lentamente reanudamos la marcha.

—Y bueno, ¿adónde estamos yendo? —inquirió ella después de unos metros de caminata.

—No lo sé, ¿tú adónde ibas?

—No lo sé, yo te estaba siguiendo a ti —respondió, y rio un poco.

—Entonces... ¿hoy tienes algo que hacer? —me atreví a preguntar.

—Sí, hoy tengo labores de voluntaria.

—Qué interesante. ¿Y qué es lo que haces como voluntaria?

—Hoy participaré de una jornada de concientización acerca de la donación de sangre. Tal vez hayas oído de la campaña «Una gota de vida».

—No, realmente no.

—¡Precisamente! No hay suficiente conciencia en el público sobre la donación de sangre.

—En ese caso, creo que iré al hospital a donar sangre —dije, no del todo en serio.

—¡Sería muy bueno! ¡Mientras más donen, mejor! Aunque no hayan aprobado mi idea...

—¿Qué idea?

—Pues... No te rías, pero le propuse al director del hospital incentivar la donación de sangre con regalos, como un póster de *Merilia Carmine* de edición limitada, o un peluche para los más jóvenes.

—¿Merilia...?

—Sí conoces a Merilia, ¿verdad? —me preguntó, con cara inexpresiva.

No esperó una respuesta de mi parte para proseguir:

—Pero el director no quería fomentar la donación de sangre con la imagen de una vampiresa...

Al mencionar que Merilia era una vampiresa, supe a quién se refería.

—Merilia y Flanse... Flanders... —balbuceé, tratando de recordar el nombre de las hermanas Carmine.

—*Frandel* —me corrigió la chica alegre—, no *Flanders*.

—Sí, como sea. Creo que hubiera sido un gasto muy grande para el hospital.

—Eh, los posters no son tan caros —dijo, y me pareció percibir un dejo de cándida amargura en su voz—, en especial si uno compra en cantidad...

Cruzamos la calle.

—¿A qué hora tienes que estar en el hospital? Hay un lugar al que me gusta ir.

—¿Cuál?

—La arboleda. ¿La conoces?

—Claro que sí, es un lugar muy lindo. Bueno, en marcha —añadió alegremente—, todavía tengo un rato libre antes de irme.

La arboleda era con mucho el sitio más agradable de todo el suburbio, y no se hallaba lejos de mi casa. En su extremo oeste llega a conectarse con la orilla del río. La arboleda y el paseo a orillas del río son los lugares más concurridos durante los fines de semana.

—Quiero preguntarte algo.

Kari enarcó las cejas e inclinó la cabeza en señal de sorpresa.

—¿Cómo supiste dónde vivo?

Kari carcajeó.

—¡Ja, ja! Bien, como presidenta del Consejo, tengo acceso a información sobre los estudiantes.

—Ya veo...

—Oh, eso sonó como si fuera una acosadora, ¿no?

—¿Qué? No, no realmente.

—Qué bueno —dijo, sonriendo de alivio—. Yo no hago cosas aterra...

Interrumpió bruscamente su frase. Era obvio que ella no podía hacer un chiste de ese estilo inocentemente ni aunque fuera cierto, porque yo había descubierto que era tal vez capaz de hacer cosas mucho peores que averiguar la dirección de una persona, y por ello no podía fingir frente a mí que siempre era la joven adorable y perfecta que todos conocíamos. Hasta tuvo que desviar la mirada por un breve instante.

—No es que me haya molestado. Es sólo que me sorprendió —dije, para distraerla de cualquier pensamiento negativo que pudiera haber estado teniendo.

—Sí, entiendo —dijo ella, y volvió a sonreír levemente—. Fue una visita inesperada.

—Exacto.

Hicimos un largo trecho en silencio, procurando disimular la incomodidad del momento, llevando la mirada a las nubes, a los balcones que dominaban las alturas del vecindario, o a cualquier pequeña cosa que pudiera tratar de llamar nuestra

atención. Entonces llegamos a destino. La entrada principal a la arboleda, la cual daba acceso al interior del parque a través de un camino de gravilla, se encontraba al otro lado de la avenida.

—¿Vienes muy seguido? —me preguntó Kari.

—Más o menos. Antes venía con más frecuencia, con mis amigos.

Nos sentamos en la primera banca vacía que hallamos, de cara a una de las avenidas que bordean la arboleda. Los frondosos árboles a nuestras espaldas proveían abundante sombra y frescura. El olor a hierba dominaba el aire que respirábamos. De un lado, los vehículos que transitaban la avenida a gran velocidad, y al otro, las aves que sobrevolaban las copas de los árboles o que viajaban como flechas pardas o rojizas de rama en rama, daban forma al ruido de fondo con instrumentos tan dispares. Podía decirse que aún era temprano, ya que se veían muy pocas personas alrededor.

Una parte de mí esperaba —incluso sentía ansias al respecto— que Kari empezara de un momento a otro a explicar lo que ocurría con ella y sus terribles acciones en el callejón de atrás de su casa, pero, al mismo tiempo, otra parte de mí quería simplemente olvidarlo todo y seguir viendo a Kari como la chica alegre, como la dulce, carismática y amable compañera de escuela de la que me había enamorado.

Más superficialmente, no obstante, quería iniciar una conversación casual con la chica alegre, aunque toda la situación me tuviera aún algo confundido. Recién al sentarme en la fría banca de la arboleda fue que mi mente logró calmarse un poco.

Afortunadamente, la chica alegre me ayudó siendo la primera en hablar.

—Y bien, ¿cómo te está yendo en la escuela?

—Bien. Este año... —dije, y alcé la vista en un intento de bajar una respuesta del cielo—, me ha costado poco aprobar las materias.

—Eso es muy bueno, Sanke. Te felicito.

Le devolví amablemente la sonrisa.

—Gracias.

Rápidamente agregué a mi respuesta:

—No tengo notas tan buenas como las tuyas, de todas formas.

—Lo importante es que te vaya bien a ti —repuso la chica alegre—, ¿no lo crees?

—Por supuesto. Y... ¿ya sabes qué harás al terminar la escuela? Seguramente irás a la universidad, ¿verdad?

—Así es. Me gustaría entrar a la Escuela de Medicina.

—Fantástico —opiné, maravillado.

La vocación de médica le sentaba muy bien a la chica alegre; encajaba con su personalidad a la perfección. No me hubiera resultado nada difícil imaginarla como una reputada doctora que se esforzaba noblemente todos los días para aliviar a los enfermos y salvar vidas en riesgo.

No había pensado entonces que en los hospitales es donde también muere gente.

No, en vez de eso, simplemente me dejé llevar por la tranquila e inofensiva plática que estábamos teniendo la chica alegre y yo. Nuevamente sentí una naturalidad en el ambiente,

en nuestros actos, en la situación en general que, desde cierto punto de vista, no correspondía, no debía ser tal.

—¿Y qué hay de ti? ¿Estudiarás en la universidad también?

—¿Yo? Bueno... no estoy seguro. Creo que me gustaría ser profesor.

—¡Guau! No tenía idea, Sanke. ¿Así que te gusta enseñar?

Tenía razones para reaccionar así, siendo que nunca se lo había dicho a ella ni a nadie.

—Sí, no sé si realmente sea lo mío, pero creo que me iría bien.

—¡Seguro que te irá bien! —exclamó ella animadamente—. Sólo tienes que estar convencido de que puedes hacerlo. ¿Qué materia te gusta?

—Historia.

—Oh... —exclamó la chica alegre, con algo de asombro, pero también con admiración, reacción a la que no estaba para nada acostumbrado—. ¿No has pensado en ser tutor? Podría servirte como práctica.

—No realmente.

Nunca me había considerado digno de ofrecerme como tutor, pero, sobre todo, nunca me había interesado demasiado. Sin embargo, sí ayudaba a mis amigos cada vez que celebrábamos nuestras reuniones de estudio. Se me daba bien el explicar conceptos cuando los entendía, generalmente sacaba mejores notas que ellos, y me hacía sentir útil. Por eso me gustaba, si he de ser honesto.

—Bueno, si quieres intentarlo, siempre puedes sumarte al programa de tutorías. Cualquier ayuda es bienvenida.

—¿Sabes qué? Quizás lo haga —afirmé, motivado por la invitación—. Yo estudio con mis amigos, y nos ayudamos entre todos, pero creo que podría ayudar a otros también.

—Claro que sí —dijo la chica alegre, sonriendo con los ojos cerrados, y añadió—: cuando quieras ve a hablarme y te incluiremos en la siguiente tutoría.

De pronto, mi celular comenzó a sonar. Me apresuré en sacarlo del bolsillo del pantalón, como si tuviera que callar una molesta e inoportuna alarma.

Dudé por un segundo en atender.

—¿Hola?

—Ah, ahí estás —dijo en un suspiro de alivio una voz al otro lado de la línea—. Te estuve escribiendo, ¿por qué no respondes los mensajes?

—Oh, Kire, perdón, no me di cuenta —respondí algo nervioso—. Además —y di un rápido vistazo a la chica alegre, quien fingía estar distraída—, ahora no estoy en mi casa.

—Pero estás bien, ¿verdad? Anoche me asusté un poco. Tenías una cara que... Lo siento, no quise ofenderte.

—Está bien, Kire, no te preocupes.

—De acuerdo... ¿Y dónde estás ahora? No se te vaya a olvidar lo que prometiste, ¿de acuerdo?

—No lo he olvidado —repuse, empezando a desear terminar con la conversación, para no dejar a la chica alegre esperando—. Iré a tu casa hoy.

—¡Genial! Te estaremos esperando.

—Sí, adiós, Kire.

Tan pronto como terminé la llamada, la chica alegre volvió

a mirarme.

—¿Está todo bien?

—Sí, era mi prima. Quedamos en que yo vaya a su casa hoy.

—¡Qué bien! —exclamó la chica alegre, sonriendo—. Suena como un buen plan.

Noté las notificaciones de los mensajes de Kire en la pantalla del celular antes de guardarlo en el bolsillo.

—Hace tiempo no veo a mis tíos.

—¿Viven lejos?

—No, en el barrio I*; no es tan lejos si voy en tren.

—Siempre es bueno que veas a tu familia —dijo la chica alegre; acto seguido, echó un vistazo al reloj de su celular—. Bien, ya va siendo hora de irme.

Se puso de pie mientras yo empezaba a lamentarme de haber tenido tan poco tiempo para compartir con ella. Pasaron unos segundos —en los que la chica alegre permaneció inmóvil— hasta que yo la imité.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hará falta, Sanke, gracias. Tomaré un taxi.

Nos pusimos en marcha, yo ocultando mi decepción con una falsa sonrisa de tranquilidad. La chica alegre recorrió con la mirada los árboles, cortó con un suave suspiro su silencio y afirmó:

—Había olvidado lo agradable que es este sitio.

Una fugaz idea atravesó mi mente. ¿Podría ser que ella, al igual que yo unas horas antes, estaba necesitando pasar un momento de calma para su espíritu, luego de lo ocurrido la noche anterior?

Sin dudarlo un segundo, y usándolo como excusa para extender al menos un instante más mi tiempo junto a la chica alegre, le propuse:

—¿No quieres entrar y caminar un poco? ¿O se te hace muy tarde?

—No, no es tarde... De acuerdo, vamos.

Volvimos sobre nuestros pasos rumbo a la entrada principal.

Los senderos que atraviesan la arboleda son estrechos y sinuosos, sin trazos rectos; a cada vuelta de curva, a ambos lados del camino, y bajo las copas de frondosos árboles siempreverdes, se hallan rústicas bancas de madera no muy grandes, para dos o tres personas. No pocos tramos permanecen en sombras todo el día debido a que las copas de los árboles más altos forman inmensos y majestuosos arcos vegetales que, al reducir la cantidad de luz solar, enfrían el aire y, además, concentran en él la humedad del ambiente y el aroma a hierba fresca.

Por unos instantes los únicos sonidos que emitimos fueron los de nuestras pisadas en el camino de gravilla, que se ahogaban rápidamente entre los gorjeos y los aleteos de las aves del parque. Al menos nuestro silencio no era uno de los incómodos. Eventualmente el sendero nos llevó al borde de un pequeño claro en un extremo de la arboleda, desde el cual se ve el río que atraviesa la ciudad. Si bien no lo vi, sabiendo que estaba allí, a lo lejos, tuve ganas de llevar a la chica alegre al parque al otro lado del río —un sitio más apropiado para una cita o para el «encuentro», digamos, que estábamos teniendo—. Pero cuando le dirigí una mirada al rostro de la

chica alegre, que el sol bañaba sin que los árboles se interpusieran en el camino de sus rayos, noté que había en él signos de cansancio —leves, pero perceptibles—.

Si estaba cansada, había estado haciendo el esfuerzo suficiente para disimularlo.

—Bien, Sanke... —dijo entonces Kari, deteniendo su andar.

Tenía la cabeza inclinada hacia adelante, y no quería mirarme, o no podía hacerlo. Nos detuvimos.

—Hoy he venido a verte porque... bueno, lamento lo que sucedió anoche.

Se volvió hacia mí y levantó la mirada, pero no pudo evitar ocultarla pronto de mí, evitando así verme a los ojos. Luego llevó la vista a las piedritas del suelo.

—No se suponía que estuvieras ahí...

Las palabras salían de su boca de a poco, a costa de grandes esfuerzos.

Finalmente, tuvo el valor de mirarme de frente.

—En fin, quiero pedirte que no hables con nadie de lo que viste.

—De acuerdo —logré responder.

La situación, el semblante serio de Kari, su actitud tan desconocida —sin alegría, sin sonrisas, sin brillo en los ojos, sin dulzura en la voz—, me eran turbadores. Deseaba asomarme a ese lado oscuro que tenía ella; no obstante, al mismo tiempo, temía tocar otra vez una fibra sensible y provocar así una reacción que la hiciera huir de mí.

—Confío en que no hayas hablado de esto con nadie aún, ¿o sí lo has hecho? —dijo con una voz ya muy seria.

—No, Kari.

Dio un par de pasos, apartó la vista de mí y dijo en un tono sereno y —sobre todo— de muy claro significado:

—Es mejor que así sea.

Entonces reanudó la marcha lentamente, dejándome atrás. Tardé en reaccionar, pero decidí arriesgarme y ya no dudar más. Corrí y me puse delante de ella.

—Kari, está bien, si quieres que no hable, no hablaré, pero... no puedo fingir que nada pasó, ni que todo está bien.

—No te pido que lo hagas —repuso ella con cierta indiferencia y sin dignarse a verme a los ojos.

Intentó reanudar la marcha, pero le continué bloqueando el paso y hasta apoyé las manos en sus antebrazos para asegurarme de detenerla.

—No es algo que quizás puedas entender —añadió entonces con seriedad y todavía rehusando verme de frente—. Sería mejor que olvides todo.

Habiendo dicho esto, Kari apartó mis manos y puso las suyas en mis brazos, pretendiendo empujarme para avanzar. Mas yo estaba dispuesto a no dejarla ir tan fácilmente.

—Pero me preocupo, me preocupo por ti —mis palabras brotaban de mi interior por sí solas, sin que yo tuviera oportunidad de escogerlas; un fuego ardía en mi pecho, consumiendo el oxígeno de mis pulmones—. Siempre quise conocerte, y ahora... No sé qué es lo que ocurre... Sólo necesito saber que estarás bien. Si tienes algún problema, sin importar cuál sea, yo te ayudaré, cuenta conmigo, pero quiero saberlo.

Al decir estas palabras, que, al escucharlas yo mismo

instantáneamente me hicieron sonrojar, sentí la presión sobre mis brazos menguar para luego desaparecer. Kari tenía la vista fija hacia adelante, por encima de mi hombro izquierdo; esbozó una tímida sonrisa que se esfumó demasiado pronto; por un segundo sus labios se separaron muy ligeramente, acaso preparándose para decir algo; sin embargo, pronto empezó a respirar con dificultad y con un ritmo alterado, mientras algunos músculos de su cara se tensaban. El ruido de su respiración era lo único que se oía; las aves se habían callado y nos observaban atentamente agazapadas entre el follaje.

Sin pronunciar palabra, volví a posar una mano en su antebrazo, ese antebrazo tan suave y tierno que ahora ansiaba acariciar. Antes de atreverme a hacerlo, Kari me dijo:

—Se me hace tarde, Sanke.

Esta vez siguió camino sin que yo me opusiera.

—Kari.

Ella se detuvo.

Me puse a su lado.

No sabía si mi corazón latía a un ritmo extremadamente acelerado o si, por el contrario, se había detenido, incapaz de soportar la tensión del momento. Había más adrenalina que sangre corriendo por mis venas, y mis piernas se sentían flojas, pero de alguna manera lograba mantenerme en pie.

—Kari, si no tienes nada que hacer mañana... veámonos de nuevo.

Kari se quedó en silencio. La expectativa era máxima, y mi corazón de pronto pendía de un hilo. Un movimiento nervioso de sus labios reveló indecisión, o sólo sorpresa.

Giró un poco la cabeza para verme a los ojos.

—Lo siento, no puedo —dijo sin emoción, aunque tratando de tener tacto—. Ahora debo irme. Adiós, Sanke.

Kari se marchó raudamente. Al final del sendero encontraría una de las salidas de la arboleda. En cuanto a mí, me volví consciente de que estaba respirando, como cuando uno deja de hacerlo por un instante; las piernas me hormigueaban y por ello decidí sentarme en la banca más próxima y descansar. Pocas veces mi cuerpo y mi mente habían pasado por un momento tan tenso. Me recosté en el respaldo de la banca; los pájaros volvieron a chillar y a retozar agitando las alas, volando de aquí a allá, y una brisa corrió delante de mí, meciendo las hojas y la hierba. También reanudaron la marcha los ruidosos vehículos de la avenida a pocos metros de allí.

Estuve unos minutos recuperando el aire antes de retirarme de allí de regreso a mi hogar.

No bien me oyeron traspasar el umbral y abrir la puerta, mis padres dejaron lo que hubieran estado haciendo y fueron a mi encuentro.

—¡Sanke! No me dijiste que tenías novia.

—Pero ¿qué pasó? Volviste muy rápido.

—No tengo novia —dije.

—Creí que la llevarías a algún lado... ¿o no tienes dinero? —inquirió mi madre; luego se dirigió a mi padre y le preguntó en tono casi de reprimenda—: ¿No le has dado dinero para su cita?

—Mamá...

—Oh, bueno, puedo darte dinero —dijo despreocupa-

damente mi padre, y extrajo del bolsillo su billetera—. Lo que necesites.

Sacó un manojo de billetes sin siquiera contarlos y me los tendió, al tiempo que me decía:

—Llévala a un buen restaurante. No escatimes en gastos, ¿entendido? En especial si es su primera cita.

—¡Ay! —exclamó mi madre, y suspiró enternecida.

Tomé el dinero tímidamente, sin querer guardarlo en mi bolsillo, como si aún no fuera mío, no aceptando que tuviera derecho a poseerlo. Mi padre me dio una palmada en el hombro; dominaba su rostro una ancha sonrisa.

—No es mi novia. Es una compañera de la escuela —insistí, pero mis padres no quisieron escucharme.

—¡Ah...! —suspiró mi madre una vez más.

—Hablando de comer, hoy iré a casa de tía Laina —anuncié, pretendiendo cambiar de tema, para así disminuir el calor que sentía en las mejillas.

—Está bien, ve tranquilo.

—¿Y por qué no vamos todos? —propuso mi madre.

Fui a mi habitación y lo primero que hice fue quitarme la chaqueta y dejarme caer en la cama. Los billetes quedaron doblados por la mitad —tal como me los había entregado mi padre— sobre la mesita de noche.

Metí los brazos debajo de la almohada. Lo mismo que más temprano ese día, la situación me tenía un tanto aturdido, y necesitaba calmar mi mente. Sensaciones variadas y dispares se mezclaban dentro de mí, negándome el anhelado sosiego.

Para empezar, aunque una parte de mí quería ignorar la

existencia de la joven del vestido blanco, no podía disociarla de la imagen que conservaba en mi fuero interno de la chica alegre. No lograba —me era aún difícil de creer— aceptar que la presidenta del Consejo Estudiantil, la chica ejemplar, la estudiante tan aplicada, tan madura para su edad, tan segura de sí misma, tan amable, confiable y alegre, era al mismo tiempo un ser frágil —incluso con una debilidad física, a juzgar por su extraño malestar el día anterior—, inseguro, del que me compadecía sin entender muy bien por qué, y que en cierta medida incluso me movía a ternura.

Y que a la vez poseía un lado siniestro, fuera de toda lógica, que pretendía ocultar de mí.

No podía ni debía evadirme de esa realidad, por más inquietante o difícil de aceptar que fuera. Debía enfrentar los hechos. En parte por eso había invitado a Kari a salir, porque era la única manera que tenía de asegurarme una oportunidad para saber más de ella.

Pero me había dicho que no.

Aquellos pensamientos me habían trastornado durante el camino de regreso desde la arboleda; tanto es así que, antes de entrar en la habitación, al oír lo que mis padres habían dicho, sentí un momentáneo y extraño impulso de azotar la puerta. «Deberías hablar con él de estos temas»; «Sí, es que no tenía idea de que tuviera novia». No obstante, pocos segundos después, mientras la chaqueta caía al piso como las hojas afuera, me serené y razoné que la reacción de mis padres era en realidad esperable: estaban gratamente sorprendidos —ellos eran quienes estaban felices y eufóricos— de que su hijo, aquel

joven estudiante que pasaba largos ratos en su habitación y que se juntaba tan solo con sus pocos amigos —todos ellos varones—, de pronto se veía con mujeres y tenía citas. Bueno, *algo* había de cierto en lo que creían, pero no en lo de las citas.

Repasé las palabras que había dicho a Kari en la arboleda, y las admitía ciertas a cada una de ellas. Me preocupaba por ella. Quería conocerla mejor. Deseaba salvarla de cualquier peligro al que pudiera haber estado expuesta y, de haber conocido su situación, ya me habría puesto a fantasear con la forma en que podría hacerlo, tendido en la cama, con la almohada entre los brazos.

Aunque, por otra parte, se podía decir que ya la había salvado una vez.

Pero me había dicho que no.

Tras estar unos buenos minutos acostado, me di cuenta de que no tenía ganas de ir a la casa de tía Laina.

Mientras una animada conversación —demasiado, para mi gusto— tenía lugar en la sala de estar, yo me escabullí fuera de la casa. Dejé la puerta entreabierta; a causa de ello, las exclamaciones y risas alegres se oían claramente desde la acera. Ahora estaba nublado, había refrescado y por momentos corría un viento frío.

Kire se sentó en el suelo, junto al arroyo. Yo la imité. Ella, a diferencia de mí, se había abrigado; se había abrochado la chaqueta hasta arriba, y constantemente cubría con ella su boca, como si hiciera un frío de invierno, para destaparla sólo segundos después, manteniendo siempre las manos escondidas

dentro de las mangas.

—Todavía no sé qué fue lo que te pasó ayer —me dijo, y en su tono disfrazaba un reproche y a la vez parecía pedirme explicaciones—, pero me alegro de que estés bien.

—No fue nada. Creo que estaba muy cansado.

—Hum... —murmuró Kire, pensativa; entonces disparó de una vez, inocentemente—: ¿Fue por una mujer, tal vez?

—¡¿Eh?!

—Pues ahí dicen —y con un movimiento hacia atrás de su cabeza señaló a la casa— que tienes novia «o algo así».

—Ya les dije que no es mi novia. Es sólo una compañera de la escuela.

—Sí, eso lo dijiste también. ¿Era eso por lo que actuabas tan raro ayer?

—¿Cómo que actuaba raro? —pregunté, fingiendo no comprender a qué se refería, y desviando un poco la mirada.

—¡Sí! Viniste ayer hasta aquí mismo «a saludar», pero ni siquiera entraste. Mi mamá se quedó con ganas de verte...

Contra aquellas palabras no podía pensar en una respuesta convincente. Kire siguió hablando, tras hacer una pausa de un par de segundos en los que volvió a adoptar una expresión meditabunda:

—Fue muy raro que vinieras de noche, sin avisar —dijo con suspicacia—. Y te fuiste muy rápido también. ¿Fuiste a verla a *ella*?

Me inquieté de repente. Me sentí como si ella supiera lo que me sucedía, pero no: era que, a pesar de su corta edad —tan sólo un par de años menos que yo—, ya podía deducir o

formular hipótesis acerca de eventos a su alrededor —en este caso, los que me involucraban—.

Articulé una risita nerviosa y dije:

—¿Qué dices? Yo no fui...

Mostrándose acaso disconforme con mi intento de respuesta, Kire estiró las piernas para luego recogerlas y cruzar los brazos encima de sus rodillas. No pasó mucho tiempo hasta que ella volvió a romper el silencio —ese silencio del que no podía decidir si ahogar hasta que se me pasara el nerviosismo o terminarlo cambiando completamente el tema de conversación—.

—Ayer mencioné a mi compañera de escuela... ¿Todavía te interesa el tema?

—Sí, más bien me llama la atención. He estado pensando... ¿por qué desaparecería alguien de un momento a otro, sin avisar?

—Pudo haber sido raptado —dijo Kire—, pero no creo que haya sido el caso. Más bien creo que tiene que ver con lo que dijo mi compañera, ¿recuerdas?, que su abuelo estaba deprimido. Tal vez él un día decidió...

No pudo concluir su frase, y no hizo falta. Entendí que se refería a que el hombre se pudiera haber quitado la vida, cosa que yo no había considerado.

—Ahora —prosiguió Kire—, por qué el abuelo de mi compañera estaba deprimido es algo que no sé. Obviamente ella no me contó toda la historia.

No, yo había visto pasar por mi mente otra idea o, mejor dicho, un presentimiento.

Que el abuelo de la chica había desaparecido como el joven trabajador y como la mujer del brazo desgarrado en el callejón detrás de la casa de...

En cuanto aquel pensamiento vino a mí por primera vez, no tardé en querer espantarlo como a una mosca, diciéndome que se trataba de una coincidencia, y que el asunto del anciano no tenía por qué tener que ver con las muertes en el callejón. Al mismo tiempo, sin embargo, no podía evitar ver un parecido en la situación con las historias que leía de vez en cuando, las del tipo «una criatura o entidad llega a un poblado y siembra el terror hasta que alguien le hace frente». Claro está, no parecía haber terror en la ciudad o en el vecindario de Kari; de otra forma, se habría informado acerca de las muertes en los noticieros o en los periódicos. No, muy por el contrario, quizás sólo yo me había dado cuenta de que algo andaba mal en ese rincón de la ciudad.

—¿Y tú qué piensas?

—Que si él hubiera decidido... ya sabes, suicidarse, la policía ya lo habría encontrado, ¿no te parece? Quién sabe —agregué esperanzado—, tal vez tuvieron un problema familiar y él decidió alejarse...

—Puede ser. Sólo queda esperar que el hombre aparezca sano y salvo, o alguna novedad de la policía.

Debe ser dicho —y lo pensé en ese momento, mas no lo dije— que en esas historias que mencioné antes nunca aparece la policía a resolver el problema, y siempre es un héroe el que enfrenta a la criatura.

Desde luego, no tenía intenciones de ser un héroe, y sólo

confiaba en que, si podía convencer a Kari, poco a poco iría desentrañando su misterio.

Claro está, no consideré entonces que por tratar de hacerlo pudiera correr peligro alguno.

Capítulo 10

El día siguiente fue muy parecido al anterior, sólo que mucho menos emocionante y, por lo tanto, extremadamente aburrido. Pasé largos ratos en la cama, alternando entre ratos de dormir y de pensar mucho, casi de idéntica duración estos; de igual forma me veía dividido entre un tibio optimismo respecto de poder acercarme a Kari y un deseo de abandonar con resignación la misma idea de acercarme a ella, y dejar que siguiera con su misteriosa vida oculta, esa que yo debía —según sus palabras— olvidar.

Lo primero me resultaba de dudosa realización, pero lo segundo me resultaba francamente inaceptable, y por eso estaba dispuesto a no hacer caso a su pedido.

Muy rápido pasó el día, y antes de que me percatara de ello ya estaba levantándome para asistir a clases.

Kari asistió a la escuela también, como era de esperarse. No cruzamos palabra alguna, ni siquiera una mirada casual.

Aquel día de pronto sentí que, contrario a la realidad física y material, una enorme distancia separaba a mi pupitre del de Kari. Sí, podía verla sentada allí adelante, como siempre, pero

se veía más lejana de lo que parecía, cual montaña en el horizonte.

Es que ya no la veía como siempre.

La campana anunció a los cuatro vientos que la hora de volver a casa había llegado. Podía decirse que toda la clase estaba aliviada —incluyendo al profesor, que había estado los últimos diez minutos hablando lenta y cansinamente, y reiterándose en la explicación de fórmulas físicas, claramente haciendo tiempo sin dejar de ser profesional—; yo, en cambio, me puse de pie maquinalmente y guardé mis pertenencias en la mochila, y lentamente me dirigí a la puerta.

—Hey, ¿no nos esperas? —me preguntó Kazu, aún desde su asiento.

Yo negué con la cabeza y dije:

—Tengo que ir a otro lado antes.

Mi rostro y la forma de pronunciar aquellas palabras debieron haber mostrado seriedad o incluso gravedad, que mis amigos tan solo atinaron a quedárseme mirando, aceptando en silencio mi negativa.

Al pasar cerca de las primeras filas, vi a Kari —todavía sentada— llevarse una mano a la cara, mientras sostenía una hoja de papel con la otra, y decía a sus amigas:

—¡Olvidé fotocopiar la planilla de las reuniones! Bueno, iré a sacar copias —y, dirigiéndose a Aira, añadió—: Tú ve a la sala y di que me esperen.

Aira asintió con la firmeza de un soldado —sólo le faltó cuadrarse, decir fuerte y claro «¡Sí, señora!» y alejarse con paso redoblado— y se retiró con premura, rozando sin chocar a

quienes estábamos abandonando el salón de clases.

«Claro, hoy es lunes —pensé—. Hoy hay reunión en el Consejo Estudiantil.»

Los lunes cada dos semanas, después del horario de clases se reunía el Consejo Estudiantil, lo que significaba que Kari y Aira debían quedarse y asistir.

Ya fuera del aula, comencé a caminar en dirección opuesta a la salida, hacia los baños al otro extremo del corredor, contra la corriente de estudiantes que se marchaban. Kari, mientras tanto, aguardaba que le entregaran las copias de su planilla con los antebrazos apoyados en el mostrador de la librería.

«No sé por qué no se me ocurrió hacer esto antes. Tal vez todo sería muy distinto ahora.»

Salí al patio a través de la última de las puertas de acceso. Di unos cuantos pasos con las piernas estiradas para aliviar la tensión que se acumulaba en ellas y disimular el conocido e inminente temblor, y con la cabeza inclinada hacia adelante, como quien anda absorto en sus pensamientos, sólo que en mi caso mi cabeza estaba tan llena de ellos, que no estaba logrando pensar nada realmente.

Entonces, el inconfundible clac del pestillo de la puerta por la que acababa de salir interrumpió aquello que estaba haciendo, fuera lo que fuera. Tal como lo había previsto, Kari iba a cruzar el patio, haciendo el camino más corto hacia la sala donde se reunía el Consejo. Ahora venía hacia mí con un manojo de papeles apoyado contra su pecho.

No bien notó mi solitaria y misteriosa presencia, me dirigió una sonrisa de cortesía que muy poco le duró, sin embargo.

Ya no se veía tan alegre, ni tan inocente. Sus ojos no brillaban y, en consecuencia, no exhibían la vivacidad que los caracterizaban; además, y a juzgar por el hecho de que no estaban tan abiertos, diríase que estaban cansados. Y, no obstante, fue ella quien me preguntó a mí:

—¿Estás bien, Sanke?

—Sí... —respondí, sin poder evitar hacerlo dubitativamente.

No es de sorprender, por lo tanto, que Kari no se hubiera mostrado convencida por mi respuesta; abrió la boca para decir algo, pero me adelanté a sus intenciones y le dije con decisión:

—Estoy bien.

De pronto, en menos de un segundo, toda la tensión, todo el nerviosismo que me dominaba se liberó de golpe.

—Es sólo que... —y ahora mi interior hablaba por mí—, me gustas, Kari.

Bajé la cabeza.

—Y quiero que salgas conmigo.

Sólo al pronunciar estas palabras fue que me sentí con fuerzas para levantar la vista y esperar una respuesta.

Kari tenía el rostro vuelto a medias hacia un lado, y repartido a partes iguales entre el nerviosismo y la vergüenza; la boca escondida tras las fotocopias.

—No sé qué decir... —dijo suavemente.

Yo tampoco podía articular palabra. Mi corazón estaba en vilo.

—Sanke, no deberías fijarte en mí —dijo Kari por fin, con la misma suavidad y delicadeza en la voz, pero también con algo

de pena; la vista cayendo a metros detrás de mis espaldas—. Sabes que yo tengo mis... *asuntos* y, pues...

—Pero —la interrumpí—, no me importa.

Kari se azoró.

—Qué dices —dijo con un hilo de voz, incrédula, mirándome por un segundo con los ojos bien abiertos.

—No sé por qué, pero... no me importa. Es lo que siento... que te amo igual.

Apoyé una mano en la suya y logré separarla de los papeles. Kari respondió volviendo a bajar la mirada y dejando que se dibujara una transitoria sonrisa amarga en su rostro.

—Sanke, por favor —dijo, y apartó mi mano con delicadeza, casi con temor de que pudiera caer y estrellarse en el suelo—. Creo que te estás confundiendo. Deberías pensarlo un poco...

Fue mi turno de sonreír amargamente, y de menear mi cabeza a los lados.

—Ya no quiero pensarlo más.

Sólo entonces noté que el rostro de Kari se había encendido como una brasa, sus ojos empezaban a anegarse, y en ellos temblaban las pupilas.

—Así que, por favor, sal conmigo —insistí, más como una súplica que como un pedido.

Y, de nuevo, el pestillo fue corrido con un sonoro clac al abrirse la misma puerta por la que habíamos salido al patio. Nos volvimos hacia aquella de inmediato.

—¡Presidenta! —exclamó Aira, y en dos zancadas de atleta ya estaba junto a nosotros—. Aquí estás, Presidenta.

A mí me dirigió una mirada cargada de suspicacia, al tiempo

que caía en la cuenta de que algo no andaba bien en el ambiente, que estábamos callados, y que Kari incluso había tardado en hacer caso a su presencia.

—¿Sucede algo? —inquirió Aira.

—Sanke... me parece que no se está sintiendo muy bien —le explicó Kari—. ¿Podrías acompañarlo a la enfermería para que lo revisen?

Aira volvió a mirarme por un breve instante, esta vez con curiosidad y sorpresa por lo inesperado de la situación, antes de responder:

—Sí, Presidenta.

—Voy a la reunión —anunció entonces Kari, tras lo cual se dirigió a mí—. Espero que estés bien, Sanke.

Y se marchó velozmente.

—¡Ustedes comiencen sin mí! —llegó a exclamar Aira antes de que Kari desapareciera tras la puerta—. Detesto irme tarde... —añadió en un suspiro.

Recordó que yo estaba a su lado; se volvió hacia mí e inquirió sin los modales más amables:

—¿Y tú qué tienes?

—Nada —repuse secamente.

—No te creo. Vamos a la enfermería.

Pellizcando la manga de mi camisa, me llevó al corredor, que había quedado completamente despoblado ya. No hicimos más que un par de metros cuando decidí librarme de ella.

—Estoy bien. Ya puedes irte.

Aira se puso delante de mí y me miró fijo a los ojos, examinándome de alguna manera.

—¿Estás seguro? —preguntó, con un tono que reiteraba que no me creía.

Me hice a un lado y seguí camino hacia la salida. La enfermería estaba en la misma dirección, pero se accedía a ella por un corredor lateral antes de alcanzar el vestíbulo.

—Estoy bien —repetí.

Sólo que no lo estaba.

Aira se me puso a la par.

—Le dije a la Presidenta que te llevaría a la enfermería.

—Pero estoy bien, no me pasa nada —insistí, ya algo fastidiado.

Repito: no lo estaba. Me había tomado los extraños intentos de evasivas de Kari como un rechazo, lo que me había causado una herida de la que brotaban el desencanto, la frustración y el desconsuelo que uno experimenta cuando abre su corazón y ofrece sentimientos que resultan no ser correspondidos. Por eso el sentirme rechazado como una baratija sin valor que es menospreciada, no aceptada, desdeñada. Y en ese estado en que me hallaba, lo último que deseaba era tener que lidiar con Aira y el peculiar trato que solía dispensarme.

—¡Qué terco! Veamos qué opina la enfermera.

Quiso volver a capturarme por la manga de la camisa; no obstante, yo la eludí con un movimiento ágil de mi brazo. Y en un momento tan inoportuno como ese me venció la debilidad de mi espíritu: di un paso hacia atrás y me senté en el piso, con la espalda apoyada en la pared.

—¡Sanke! ¿Qué te ocurre? —exclamó Aira, y se arrodilló

frente a mí—. ¿Estás enfermo?

No respondí. Aira inspeccionó mi cara con gesto de preocupación, y posó su mano en mi frente para comprobar si yo tenía fiebre. No sé si fue ello o qué lo que me hizo esbozar una débil y efímera sonrisa, falta de energías.

—¿Qué es lo gracioso? Oh, no, estás delirando. Voy a buscar a la enfermera.

Salió corriendo y en un parpadeo ya estaba enfilando por el pasillo lateral, dejándome por fin solo con mis nubes negras de pensamientos. Yo me puse de pie sin premura, decidido a marcharme. Casi de inmediato Aira reapareció en escena.

—La enfermera no está. Ya se fue.

Entonces reparó en el pequeño detalle de que yo ya estaba yéndome.

—¿Qué haces parado? Siéntate. Yo voy a...

—Te digo que estoy bien, ¿ves? —y me esmeré por poner cara de joven sano, y estiré alegremente un brazo y una pierna.

—A ver, camina hacia allá y regresa —ordenó, extendiendo un brazo en dirección a la puerta de nuestro salón.

Obedecí gustoso: di cuatro pasos sonriendo descaradamente y flexionando los brazos como un personaje de caricaturas, y volví de la misma manera.

La indignación hizo transmutar el semblante de Aira.

—Pequeña rata traicionera —masculló—. ¿Qué pretendías con tu torpe actuación? —Pensó un poco—. No estarás tramando algo extraño, ¿o sí? Ahora que lo pienso... la Presidenta ha estado actuando raro hoy, y tú también. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada —repuse—. Ve a la reunión, no pierdas más tiempo.

—Sí, ya me voy —dijo, sin dejar de entornar los ojos—, y tú ve a tu casa. Casi haces que me preocupe por ti.

Dio media vuelta, movió la cabeza a los lados, disgustada y furiosa, y añadió entre dientes:

—No lo entiendo...

Y se alejó a los pisotones, destruyendo las baldosas con dos mazas por pies. Yo también me puse en marcha, finalmente.

Toda la escena se me antojó graciosa, pero no como para reírme.

Antes de pasar al vestíbulo, miré atrás una última vez.

—¡Vete a tu casa! —rugió Aira desde el otro extremo del corredor; acto seguido, salió al patio precipitadamente.

Ya fuera de la escuela, eché a andar por la misma calle de siempre sin ningún asunto particular en mi mente. Todo lucía igual que siempre, por más que no prestara atención a nada de lo que hubiera a mi alrededor; era yo el que estaba distinto, por decirlo así. Conociéndome, sabía que lo que necesitaba era una larga noche de buen sueño.

¿O no?

La tarea podía esperar.

Pero lo que quería contar era otra cosa.

Estando en la parada, a punto de subirme al autobús, eché un vistazo al celular para ver la hora. En la pantalla apareció un mensaje de texto del que no me había enterado.

«Te espero en la esquina de S* y H* en media hora», decía.

El mensaje era ni más ni menos que de Kari; había agendado su número el día del torneo de atletismo, en el que me había llamado por mi torpe retraso.

Tan pasmado me dejaron aquellas simples palabras en el frío cristal de la pantalla, que quienes estaban detrás de mí en la fila se molestaron conmigo porque mi inmovilidad les impedía subir al autobús. Por fin me hice a un lado y volví sobre mis pasos sin dudar, aun sin saber el motivo del mensaje, empezando a esperar por ella.

La esquina mencionada por Kari estaba cerca de la escuela. Las aceras de la zona estaban, como cabía esperar, llenas de estudiantes que emprendían el regreso a casa, unos más rápido que otros, que se quedaban a socializar en pequeños grupos. Y, conforme el tiempo fue pasando, las calles se vaciaron hasta quedar prácticamente desiertas y silentes. Lo mismo hubiera dado ser el último habitante de la ciudad.

Mis sentidos estaban en alerta. ¿Qué podía estar sucediendo con Kari?

No podía dejar de tratar de imaginar las posibles motivaciones de Kari, y de todos los escenarios que me presentaba mi mente y de todas las elucubraciones que podía fabricar a partir de lo poco que realmente la conocía no me convencía ninguna.

Debía esperar a que Kari apareciera para enterarme.

Y ella apareció, desde luego. Mientras me dominaba para aparentar tranquilidad o naturalidad en mis acciones, y no estar mirando en todas direcciones desde las cuales podía divisar a Kari, ella surgió desde debajo de la copa bien poblada de un

árbol próximo a mí —primero sus piernas, luego su torso y, finalmente, su rostro—, avanzando hacia mí en perfecta calma. Su aspecto tenía mucho de angelical, a juzgar por su sonrisa tranquila y el resplandor que era tan característico en ella. Los rayos proyectados por el ocaso en el horizonte a mis espaldas la bañaban en luz anaranjada.

Todos los pensamientos de mi mente y todas las inquietudes de mi interior se dispersaron de repente en todas direcciones, huyendo de mí.

—Hola de nuevo, Kari —dije.

—Hola de nuevo, Sanke.

Se acercó un poco más a mí y prosiguió:

—Perdón por hacerte esperar.

—No te preocupes.

—Y perdón si tenías que hacer algo ahora.

Hizo un silencio de dos segundos antes de inquirir:

—¿Tenías planes?

—No.

—¿De veras?

Asentí animándome a sonreír. Kari no se veía nerviosa ni seria, y eso me tranquilizaba.

—Qué bueno... Es que... hoy me preguntaste si quería salir contigo, y yo... No creo que vaya a tener tiempo de salir, pero pensé que te gustaría acompañarme hoy. ¿Qué dices?

Creo que se me debe haber caído la mandíbula; aun así, logré responder:

—¡Por supuesto!

Yo no podía creerlo. De verdad no podía creerlo. Si el

despertador hubiera interrumpido el momento, separándonos inexorablemente, arrojando a Kari al abismo de los recuerdos, lo hubiera entendido.

Ningún despertador sonó.

Es increíble cómo todo puede cambiar en cuestión de segundos. Realmente lo último que hubiera esperado era una invitación a una cita... o algo así.

¿Podría ser que sí quería salir conmigo, después de todo, y en despecho del «asunto» que ella misma había mencionado?

Kari sonrió tiernamente por un segundo, y luego se puso en marcha conmigo a su lado, todo en pacífico silencio, donde cualquier palabra hubiera estado de más.

Sin embargo, desde el principio no se sintió en absoluto como una cita. Tan sólo caminábamos a la par, como dos compañeros que vuelven juntos de la escuela; ninguna atmósfera particular nos envolvía, y ninguna energía sutil y cósmica nos magnetizaba. No tardé en empezar a pensar que me había hecho ilusiones en vano, y que mis expectativas acerca de lo que pudiera suceder entre la chica alegre y yo estaban siendo burladas sin compasión por el desarrollo de los hechos. Esperaba, en cambio, que por fin se decidiera a contarme acerca de su misteriosa vida secreta.

—¿Estamos yendo a tu casa o a dónde?

Kari negó con la cabeza.

Lucía contenta, pero no podía decir si era su alegría natural o si había otro motivo. De cualquier manera, definitivamente no estaba «actuando raro», como me había dicho Aira en la escuela.

Pero no era momento de estar trayendo a la mente a Aira (y probablemente ningún momento era el ideal).

Aunque, a decir verdad, sí había algo «raro», y eso era que Kari me hubiera enviado aquel mensaje de texto.

Pero de ello no me quejaba, desde luego.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó ella.

—¿Yo? Pues, ¿te gustaría tomar un café?

—Por supuesto —respondió dulcemente Kari—. Lo que tú quieras, Sanke.

Cualquiera estaría feliz, emocionado o ilusionado de salir con una chica —y más aún si se tratara de la chica alegre—, pero en mi caso no había motivos para estar tan animado. Repito que no se sentía como estar teniendo una cita, por más que Kari me hubiera pedido vernos a solas. Recordé fugazmente las sombras no identificadas...

Tuve la lucidez suficiente para decidir que lo mejor era dejarme llevar por los acontecimientos, seguirle la corriente a la situación, hasta que tuviera claro qué era lo que estaba sucediendo, hasta poder decidir si ella podía llegar a corresponder a mis sentimientos o si, por el contrario, sólo estaba siendo amable conmigo por lástima.

—Y... ¿cómo estuvo la campaña el sábado? —pregunté, sólo para romper con el silencio que me causaba ansiedad, y para evitar perderme en mis pensamientos.

—¡Muy bien! —respondió vivamente Kari, lo que contrastó con la apacibilidad de sus acciones hasta entonces—. Salió todo bien. ¿Donaste sangre?

Me sentí tentado a decir que sí, pero me ganó la compulsión

de ser sincero y admitir, en cambio:

—No... No fui.

—Oh, está bien, si quieres dar «una gota de vida», cualquier día puedes acercarte al hospital.

—¡Sí, eso haré! —exclamé, y antes de terminar de hacerlo ya pensaba en que había sonado medio torpe, que la chica alegre sonrió a mi juicio por educación y desvió la mirada.

Con una rapidez inusual en mí se me ocurrió agregar:

—Aunque sé que no es sólo «una gota» lo que uno da. He visto que a uno le sacan litros y litros de sangre...

La chica alegre me dio una palmada suave en el brazo.

—No seas tonto —dijo, divertida—. Son unos *mililitros*, nada más.

—Pues espero que así sea.

—¡Ja, ja! ¿Y dónde has visto que a uno le saquen «litros» de sangre, como dices? ¿En una película? Pero tienes razón: no es «una gota», sino más bien varias.

—Unas cuantas...

—No demasiadas, y el organismo rápidamente repone la sangre extraída —observó inteligentemente Kari.

—De acuerdo, iré cuando tenga tiempo.

Esta vez sí lo dije decidido a cumplir con mi palabra.

Cada tanto echaba una mirada de soslayo al rostro de la chica alegre, buscando cerciorarme de que efectivamente estuviera cansada, o convencerme a mí mismo de que no lo estaba, y que yo había interpretado mal la expresión que le había visto más temprano. Mas ninguna de las dos cosas ocurrió.

Entramos a una de las cafeterías de la avenida.

Como yo no tenía hambre realmente, pedí sólo un café. No estaba acostumbrado a beber café y, sin embargo, pedí uno.

—Dime, ¿cómo estuvo la reunión?

—¿La del Consejo? Bien, supongo —replicó Kari, sin mostrar emoción—. La de hoy fue... aburrida, creo.

—¿Qué es lo que hacen en las reuniones? Aparte de dirigir los destinos de la escuela —inquirí, medio en broma.

—No mucho. Principalmente traer algún tema a discusión, o informar de algo que sea relevante.

—¿Por ejemplo?

—Cualquier cosa que suceda en la escuela, las calificaciones de los estudiantes, las fechas de los exámenes y las tutorías...

—¿Así que es ahí donde hablan mal de nosotros? —bromeé.

—No, eso es en la sala de profesores —dijo ella, sólo para seguirme la corriente, que no tardó en añadir—: Es broma, realmente no creo que los profesores sean capaces de hablar mal de nosotros.

—Y, ¿de mí hablaron? Ya sabes, por lo que pasó...

Me refería al incidente en el vestuario de las señoritas.

—No, eso fue algo que hablé con el director en el momento.

—Te agradezco de nuevo por salvarme.

—No hay de qué, Sanke.

—Quise ayudar a ese chico, y terminé arruinándolo todo.

—No digas eso. Estabas haciendo lo correcto. Realmente eres una muy buena persona, Sanke.

—No sé qué decir. Yo siempre te consideré a ti como «una

muy buena persona», siempre ayudándonos, siempre siendo tan amable, preocupándote por todos...

Su semblante se tiñó instantáneamente de tristeza, haciendo a un lado la postura encantadora que solía mantener.

—¿Yo, buena? No sé si es lo que pensarías de mí...

Mi mente se ensombreció casi tanto como su rostro. Las visiones de los incidentes en el callejón volvieron para arruinar el momento.

—Pero no es mentira lo que digo.

Kari volvió el rostro a un costado, en un gesto de honda modestia.

—Vamos, no tienes que halagarme.

—No es eso, es que eres una buena compañera y presidenta del Consejo.

—No es que sea muy difícil...

—¿No son muchas responsabilidades?

Lentamente, Kari volvió a levantar la frente, y su semblante mejoró sustancialmente.

—No, para nada. Hay que asistir a las reuniones, hablar con el preceptor y estar atenta a las necesidades de los compañeros, pero no es difícil. Sinceramente, creo que cualquiera podría hacerlo.

—¿Incluso yo?

—Claro que sí; si lo deseas y pones empeño, lo lograrás.

No pude evitar preguntarme cómo me hubiera ido si me hubieran elegido presidente del Consejo. Kari prosiguió:

—Y, de todas formas, una buena persona no es la que siempre está haciendo cosas buenas. Tú eres una buena persona

porque no tienes malicia, siempre estás dispuesto a ayudar, aunque nadie lo note, y porque no vas por la vida creyéndote mejor que los demás.

Sus palabras me llegaron. Por dentro tenía que admitir que eran ciertas. ¿Cómo era que me conocía tan bien, si nunca habíamos sido realmente amigos?

—Me sorprende que sepas tanto de mí, cuando nunca fuimos cercanos.

—Eso es porque eres transparente. Una puede verte y saber cómo estás, en qué estás pensando...

Inquieto, me revolví en la silla.

—Ah, suena como algo inconveniente —dije.

—Tal vez lo sea, para algunos.

—¿Estás diciendo que no puedo tener privacidad?

—¡Ja, ja! —rio modestamente—. ¡Para nada! Tus pensamientos son privados, lo mismo que tus sentimientos. Es que, al ser transparente, siempre algo se termina viendo.

—Qué incómodo me haces sentir —volví a bromear, pero algo de verdad había en mis palabras.

—¡Ja, ja! No seas tontito. Pero... ¿querías ser presidente? No recuerdo que te hayas postulado.

—No, lo dije por decir. Nunca pensé que fuera lo mío.

—¿De verdad? Bueno, como dije, no es un trabajo complicado, y te habrían llegado a conocer más.

—Me alcanzaría con no ser detestado por nadie —dije, y tranquilamente pude haberme encogido de hombros.

—¿Por qué dices eso? ¿Quién podría detestarte? —inquirió Kari, azorada de pronto.

—Nadie, nadie —repuse—, aunque a Aira no le caigo muy bien que digamos.

Una sonrisa se dibujó instantáneamente en el rostro de Kari y, sin separar los labios, e igual de rápido, echó a reír, reacción que me extrañó sobremanera.

—Aira no te detesta, Sanke —afirmó—. Simplemente no han congeniado todavía, pero yo creo que ustedes pueden llegar a ser grandes amigos.

Esas palabras me extrañaron aún más; como si no estuviéramos hablando de la misma persona. Y, además, Kari seguía sonriendo, al borde de una nueva risa.

—¿Eso es una broma o qué? —pregunté, desconcertado.

—No, no —se apresuró en responder—. No le caes mal a Aira; es sólo que... trata de entenderla. Si se toman un día para conversar, yo creo que terminarán siendo amigos.

Y lo que añadió a continuación salió en un tono más bajo, acaso discreto:

—Yo quisiera que lo fueran.

—No lo sé —dije dubitativamente—. Pero, volviendo al tema, la presidenta del Consejo eres tú, y una muy buena. Y todos te apreciamos.

—Y yo se los agradezco mucho, y me pone feliz porque eso significa que hago bien mi trabajo.

Tras salir de la cafetería, Kari y yo nos encontramos de nuevo en la calle. Nos vimos a los ojos por unos segundos, sin decidir qué hacer. Pensé que sería la hora de volver, que tal vez Kari lo decidiría así. Sin embargo, por lo visto, ella no tomaba decisión alguna, ni hacía sugerencias, probablemente por lo

espontáneo de la invitación.

En fin, después de un breve silencio, pregunté algo tímidamente:

—Bueno, ¿y qué quieres hacer? ¿Tienes que regresar o prefieres caminar?

—No lo sé... —replicó Kari, más insegura que yo—. ¿Tú qué prefieres?

—¿Está bien si caminamos un poco?

—Por supuesto, Sanke. Lo que más te guste.

Nos pusimos en marcha, y muy pronto, recordando parte de nuestra conversación de hacía unos momentos en la cafetería, me pregunté si de verdad Kari sentía algo por mí. Que ella en cierta forma me conociera a la distancia sólo podía llevarme a pensar que me había estado observando, que nadie observa a otro porque sí.

Además, en un momento, Kari se puso a cantar con una dulcísima voz:

The sun is shining everyday,
The stars are winking every night...

Tarareó el siguiente verso y, tras aquello, continuó, mientras yo me dejaba invadir por una sensación de sosiego:

Make our dreams become reality, already did it...

Canturreó un par de versos más, para terminar cantando:

En ese punto Kari eligió cesar, y yo me sentí libre de finalmente preguntar, sin temer interrumpir su canto:

—¿Cuál es esa canción?

—¿No la conoces? Es una canción muy bella. Me hace sentir bien cada vez que la canto.

Luego me dijo cómo se llamaba, pero no presté atención. Otra vez estaba pensando en que Kari se veía feliz, más que simplemente alegre. ¿Sería que ella de verdad estaba conmigo porque así lo quería, y no por lástima o por obligación autoimpuesta?

Mientras tanto, seguíamos andando sin rumbo fijo.

—Entonces —pensé en voz alta—, técnicamente esto es una cita.

—¿Cómo que «técnicamente»? ¿A qué te refieres? —Y bajó la voz, avergonzada—. Pero sí... Es una cita.

Las mejillas de Kari tomaron un color rosado, su boca se curvó imperfectamente, acaso reprimiendo una sonrisa ancha, y sus ojos brillaron.

Era la primera vez que la veía así. Por supuesto, en un día normal, que era cada día, uno la veía sonreír, saludar amistosamente, dar palabras de ánimo si alguien le comentaba que atravesaba alguna dificultad, y caminar llevando su energía y su aura luminosa de un lado a otro. Pero insisto en que esa sonrisa y esa alegría que exhibía tan encantadoramente y a veces tan tímidamente en la mesa de la cafetería y en las calles del centro eran distintas a lo que uno podía verle en un día

corriente. Era otra alegría la que la impulsaba, la que la embellecía más. Y yo era un privilegiado por poder conocer ese lado de ella, que se estaba revelando ante el mundo, que salía de una pupa para convertirse en una mariposa, con alas grandes y de vivos colores. Por momentos esa fachada alegre, pero a la vez centrada y responsable que llevaba siempre cedía y lo que quedaba era una jovencita con cara de tonta y movimientos inseguros, tierna, delicada e indefensa, como un cachorro. No obstante, si se dejaba vencer por su sentimiento de felicidad, rápidamente se componía y volvía a mostrar su cara dulce, amable y amistosa.

En fin, andábamos muy cerca uno del otro, en mutua compañía, pero separados. Por la emoción que yo sentía me era casi imposible no tomarla de la mano. Así es como mis dedos, más que rozar, chocaron con los suyos.

—¿Eh?

—Nada.

Kari sonrió, adivinando lo que sucedía, o sólo leyendo mi mente.

—¿Tú querías...? Hum... bueno, no es que tenga un problema con eso, pero ¿no es algo que hacen los novios?

Apenas pude decir algo, entrecortando palabras. Me sentí un torpe que se estaba dejando llevar y haciendo algo inapropiado, algo que incomodaba a Kari. Tranquilamente ella podía sentirse de pronto presionada o nerviosa. Sin embargo, ella también era muy comprensiva:

—Pero, si quieres que vayamos del brazo, por mí está bien.

Gustosamente le ofrecí el brazo, y Kari lo rodeó con el suyo.

Decidimos ir a la zona comercial, donde hay una multitud de tiendas, empezando por las del Mercado de la Ciudad. Un corto viaje en autobús nos acercó al lugar.

Íbamos de acá para allá caminando uno al lado del otro, pero, en realidad, yo correteaba detrás de Kari, yendo adonde ella tuviera ganas.

Para cuando llegamos a destino ya había empezado a oscurecer. El tráfico era intenso sin ser excesivo, y ordenado también, y una multitud recorría las calles, apiñándose delante de los escaparates de los grandes emporios y de las pequeñas tiendas tradicionales por igual. Kari estaba entusiasmada; por lo visto, hallarse en medio de la muchedumbre le sentaba bien. Ello no era de sorprender; una persona tan sociable como ella sólo podía estar a gusto entre tanta gente. Kari se tomaba al menos unos segundos en detenerse frente a cada vidriera o asomarse en cada puesto de mercado, presa de una curiosidad insaciable; los vegetales de huerta y las herramientas de una ferretería parecían interesarle lo mismo. Pero lo que más llamaba su atención —y con mucho— eran las tiendas de ropa y de accesorios. Kari miraba atentamente cada prenda en exhibición, sobre todo las que tenían puestas los maniquíes; debía de estudiar las formas, las telas, los colores, las costuras, los tamaños, y demás cosas que a mí siempre me pasaron de largo. Si había espacio dentro de un local, Kari entraba, miraba de cerca y tocaba la ropa, y si algún artículo le parecía suficientemente bonito lo descolgaba del perchero y lo escudriñaba un poco más, lo pegaba a su cuerpo, como si lo llevara puesto, y me preguntaba cómo le quedaba. Al probarse

un sombrero blanco pensé que nada le podía quedar mal, y eso lo podía decir desde un punto de vista neutral. Desde mi punto de vista no neutral estaba seguro de que Kari podría envolverse con bolsas de residuos, y aun así quedar hermosa.

Especial atención también le merecían, por otra parte, los locales y puestos de comida callejera. Los vapores que emanaban de ellos y que atravesaban y sobrevolaban la masa de transeúntes nos despertaron el apetito. Kari acercaba mucho el rostro a los bocadillos que le parecían más ricos, y le costaba decidirse por una sola comida.

Después de hacer una pausa para darnos el gusto de probar un bocadillo, decidimos tácitamente seguir paseando por la ciudad. No habíamos hecho una cuadra cuando Kari me arrastró hasta un puesto al otro lado de la calle.

—¡Oh, esto no lo probamos! —exclamó, acercando de nuevo los ojos a una brocheta con bollitos empanados y fritos—. ¿Compramos algunos? ¡Son riquísimos!

—¿Todavía tienes hambre?

—Es que estos me gustan tanto... y hace tanto que no los pruebo... —dijo y, poniendo ojos de cachorro, agregó—: ¿Por favor?

—Sí, por supuesto —respondí, mostrando que realmente no tenía objeciones al respecto.

Me volví hacia el vendedor y le pedí dos brochetas.

—¡Eres el mejor! —exclamó Kari; feliz como estaba, enroscó sus brazos en uno de los míos y lo trajo hacia sí, apoyándolo contra su cuerpo, mientras ponía una mejilla en mi hombro. La suavidad de los pechos de Kari me embobó. Al

vendedor le hizo gracia la escena; sonrió y luego me dirigió una mirada y un gesto fugaces y aprobadores.

A continuación, seguimos paseando. Nos desviamos por una calle en dirección al centro.

—Por allá vive Ruri —dijo Kari, apuntando con un dedo hacia adelante—. Su casa está a unas cinco calles de aquí. Cada vez que nos reunimos en su casa pasamos por las tiendas y miramos qué hay de nuevo.

Me pregunté qué pasaría si Ruri se nos cruzara y nos viera teniendo una cita. ¡Y qué cara pondrían Aira y Hana si de pronto se enteraran que Kari y yo salíamos! Hubiera pagado por verlas.

El desvío que ya mencioné nos condujo hasta el centro comercial. Entramos para una visita no muy extensa.

Cuando uno entra al centro comercial, una de las primeras cosas que saltan a la vista es una cabina de fotos instantáneas. Kari y yo tuvimos la misma idea al verla, y más al observar que la cabina estaba vacía y que no había fila.

Luego de hacer morisquetas frente a la cámara, salimos de la cabina; Kari tomó la tira de cuatro fotografías y las miró atentamente y con profundo cariño.

—¡Mira mi cara! ¡Ja, ja!

Desde luego que mis muecas no eran tan graciosas como las de Kari, pero eso era para mí lo de menos.

—¡Mira qué lindos salimos!

Nos veíamos muy bien —contentos juntos, lo que era lo más importante—, sobre todo Kari.

—Repartámoslas, dos para cada uno —dijo ella mientras,

sin soltar las fotos, metía una mano en su mochila. Estuvo unos momentos revolviendo su estuche, buscando algo que terminó por hallar: una pequeña tijera.

—Sí que traes de todo en la mochila.

—Una tiene que estar preparada.

Kari cortó la tira de fotos en dos, y me dio una mitad a mí. Acto seguido, sacó una diminuta libreta de notas y, abriéndola para escoger una página, dijo:

—Y, para que no se pierdan ni se arruguen, voy a guardar mis fotos acá.

Tomó un clip y adosó las fotos a una de las hojitas; entonces, con mucho cuidado volvió a introducir la libretita en la mochila.

Yo hice algo similar, sólo que elegí poner mi par de fotografías entre las hojas de un cuaderno.

—Y ahora, ¿adónde quieres ir?

Capítulo II

—¿Estás cansado? ¿Quieres volver a tu casa?

Estábamos sentados en una banca en una plaza de la zona sur de la ciudad.

—No, para nada —respondí.

—Quizás tenías cosas que hacer, y yo te saqué de tu casa toda la tarde.

—No digas eso. No es cierto.

—De todas formas, supongo que debería compensártelo.

¿Qué había que compensar? Salir con ella era un sueño hecho realidad; hubiera pasado una semana fuera de casa por tener una oportunidad con Kari.

—Sí... ¿Hay algo que te gustaría hacer? —me preguntó.

—Sólo estar acá contigo es suficiente para mí.

—Oh, ¿en serio lo dices? Bueno, de todas formas, ¿viste que en la tele las parejas hacen eso que...?

Me paralicé por un segundo; esa frase podía concluir de manera indecente. Kari prosiguió:

—Bueno, cuando el hombre... ya sabes, cuando descansa apoyando la cabeza en las piernas de la mujer.

—Ah, en los muslos de ella, sí.

—¿Quisieras probarlo? Creo que no me molestaría... si tú quieres... —dijo, e imaginé que en realidad me lo estaba pidiendo.

—Ah, si a ti no te molesta...

Me acosté en la banca, apoyando la cabeza en los muslos de Kari, y flexionando las piernas para que no colgaran y quedaran en una mala posición. Cerré los ojos, fingiendo dormir en broma; tras unos instantes, Kari me preguntó:

—¿Y qué tal?

—Bien, muy bien —dije, aunque no podía estar muy cómodo que digamos.

Después de unos minutos, Kari inclinó la cabeza hacia adelante, de modo que su rostro quedó frente al mío; en este había una sonrisa, pero también una mueca de incomodidad.

—¿Todo bien?

—Hum...

Sin perder tiempo, entendiendo lo que ocurría, despegué la nuca de las piernas de Kari y volví a sentarme.

—No es tan cómodo como dicen... —afirmó ella.

—No, no tanto.

—¿Y a ti qué te pareció? No sé, quizás mis piernas son muy flacas.

—¿Qué? No hay nada malo con tus piernas. Tus piernas son... muy lindas.

Kari sonrió, algo avergonzada. Yo proseguí:

—Obviamente no es lo mismo que tener un almohadón, pero aun así estuvo bien para mí.

—Qué bueno. A mí se me estaban por dormir las piernas.

—No hace falta que te tomes molestias por mí, en serio.

—Bueno, quería ver cómo se sentía... También dije que quería compensarte por tu tiempo y tu bondad... Y también te debo un favor.

—«¿Estás segura, Presidenta?»

—Confío en que no vas a pedirme nada... ¿cuál era la palabra?, «aborrecible».

—En ese caso... Sí, voy a pedirte algo, pero tal vez más tarde.

—Oh, ¡qué misterioso! —bromeó—. Entonces, ya que descansaste, ¿quieres ir a algún otro lado?

—¿Ya fuiste a la ribera de noche?

—Sí, alguna vez, pero fue hace tanto...

El paseo de la ribera se extiende a lo largo de unos kilómetros, llegando hasta el extremo norte de la arboleda. En una de sus orillas hay un precioso parque, donde gente de todas partes de la ciudad se reúne los fines de semana. En algunas noches, además, se brindan espectáculos de luces a orillas del río, o de fuegos artificiales en días festivos. Es por mucho el lugar más lindo de la ciudad. Si algo faltaba a nuestra cita, era visitar la ribera como tantas otras parejas acostumbran a hacerlo. Por otra parte, el sol caía sin prisa y sin descanso, y pronto no tendríamos más opción que regresar a nuestros respectivos hogares. En mi mente, pasar los últimos momentos del día en la ribera serían el broche de oro de la cita. Incluso ya había empezado a fantasear por breves lapsos acerca de lo que podría llegar a ocurrir entre nosotros.

Alcanzamos el río, cuya anchura en esa parte de la ciudad es máxima. Su cauce permanecía constante gracias a un terraplén. Una valla de concreto y metal separaba el río del sendero que lo bordeaba, y que Kari y yo caminábamos para acceder al parque.

Por encima del río y de sus orillas soplaba con intermitencia un fuerte viento que nos hacía dar frío. Yo no estaba abrigado y Kari tampoco, salvo por el saco que traíamos puesto desde la escuela; las piernas de Kari estaban descubiertas, y su falda y su cabello se agitaban con violencia cada vez que una ráfaga se abatía sobre nosotros. Apretamos el paso rumbo a nuestro destino.

Arribando al parque, en vez de adentrarnos en él desde el principio, permanecimos en la orilla un rato más. A esa hora, siendo día laboral, y como era usual según mi experiencia, pocas bancas en el parque estaban ocupadas. El aire fresco traía un penetrante olor a hierba y a humedad. Kari contemplaba los árboles, elevando a veces la vista con un gesto que recuerda al asombro, y con la yema de un dedo acariciaba alguna hoja que pendía de una rama lo suficientemente cerca de ella. Y si quería atraer mi atención para que yo viera algo en particular, tironeaba de mi brazo con un movimiento juguetón del suyo. Su permanente buen humor y su energía me contagiaban y me reconfortaban. No fui consciente en ese momento de que estaba viviendo un día perfecto, algo que ni siquiera me había animado a imaginar.

—Una vez me pareció ver una zarigüeya al pie de un árbol, entre la hierba —decía ella, mientras tanto.

—¿Una zarigüeya? Qué raro.

—Sí, quizás estaba equivocada, pero en ese momento lo creí. Fue hace mucho tiempo.

—Ya veo. Yo jamás he visto una.

—Probablemente yo tampoco —dijo ella, y rio un poco.

No me canso de decir lo adorable que se veía cuando ladeaba la cabeza, cerraba los ojos y dibujaba en su rostro una hermosa y dulce sonrisa, y cómo en esos momentos parecía iluminarse toda ella.

—¿Y bien? ¿Qué era lo que me ibas a pedir?

—Qué impaciente. ¿Qué tal si primero me cuentas algo de tu vida?

—¿Eh?

—Realmente no conozco mucho de ti. ¿Me contarías tu historia?

—¿Historia? No hay mucho que contar, ¿sabes? Pero, ya que preguntas... Nací hace unos diecisiete años, más o menos, de chica fui a la primaria en la escuela del vecindario... Mis padres eran ejecutivos regionales de la Corporación T*, ¿la conoces? De hecho, ellos se conocieron trabajando allí. Y yo crecí, seguí estudiando... y aquí estoy.

—¿La Corporación T*? Impresionante. ¿Así que eres de la alta sociedad? Qué raro que no vayas a alguna escuela privada, como los chicos ricos... —bromeé, pero mientras lo hacía caí en la cuenta de un detalle—. Espera, ¿dijiste que *eran* ejecutivos? ¿Entonces pasó algo?

Kari se tomó un significativo instante para responder.

—Ellos murieron —dijo secamente.

Mis comentarios, lejos de haber resultado chistosos, habían

quedado desubicados completamente, lo que me hizo sentir un estúpido.

—Lo lamento mucho, de verdad.

—No te preocupes —dijo Kari, pero por primera vez no sonrió al hacerlo, sino que su semblante permaneció serio y neutro, ni feliz ni triste.

Caminamos un poco más en medio del silencio más incómodo que recuerde. Kari se detuvo y apoyó sus brazos cruzados en la baranda que coronaba la valla que se interponía entre nosotros y el río.

—¿No es hermoso el sonido del agua? Es como si nos estuviera llamando.

En efecto, sobre la superficie del río un suave oleaje producía una música natural muy agradable a los oídos, sin estridencias, constante, relajante.

Yo no sentía que me llamara nadie, sin embargo.

Adopté la misma postura que Kari, pero me mantuve a una corta distancia de ella, inseguro acerca de si ella quisiera que me volviera a pegar a uno de sus costados. Así estuvimos unos minutos, sin pronunciar palabra, tan sólo contemplando el río en la sombra y el atardecer avanzando con sus colores cambiantes en el cielo en la orilla opuesta, por encima de los edificios de departamentos. Empezaba a sentirme nervioso, pero Kari no se inmutaba, no mostraba emociones.

—Yo no siempre fui así, como me ves. —Me miró por menos de un segundo—. No recuerdo cómo solía ser antes, pero por alguna razón le caía mal a mis compañeras de escuela. Una vez incluso me golpearon. Y luego murieron mis padres.

Fue varios meses después de que me golpearan. Fue una época muy dura para mí. Por eso, después de lo de mis padres, estuve meses enteros sin poder hablar. No me salía. Me había quedado muda... Mi abuela se hizo cargo de mí, que soy hija única. Por suerte, por el trabajo de mis padres tuvimos suficiente dinero para mantenernos. Por mi problema no iba a la escuela; no podía ir si no hablaba. Entonces me quedaba todo el día en casa con mi abuela. Tampoco salía a la calle, ni tenía amigos... Pasaba todo el día pegada a mi abuela, aprendiendo los quehaceres del hogar y ayudándola con todo. Cada tarde nos sentábamos y ella me hablaba por horas de la vida. Así fue como aprendí muchas cosas sobre el mundo, sobre la gente... Y un día logré volver a hablar. No sé muy bien cómo ocurrió, pero estoy segura de que fue gracias a mi abuela. Ella nunca trató de hacerme hablar, nunca me obligó, nada de eso. Pero me decía que tenía que superar las dificultades que encontrara en la vida, que una forma siempre iba a haber. Fue una de las cosas que me enseñó. Y, como te digo, un día volví a hablar. Y siempre amé a mi abuela por eso. Yo siento que le debo mucho, incluso la vida. Lo que ella me ordene lo haré, y si un día mi abuela dice que mi vida debe terminar, entonces creo que lo aceptaría.

Habiendo relatado aquello, Kari se dio vuelta, apoyando la espalda y dos palmas intranquilas en la baranda, me miró de nuevo y concluyó, recuperando el aire:

—Y esa es más o menos mi historia. No es un cuento de hadas, pero es mi historia.

Yo estaba impactado tras haber escuchado con atención

cada palabra. Me costó encontrar algo que decir, pero lo disimulé.

Me puse frente a Kari y puse mis manos en sus hombros.

—No tenía idea de lo que tuviste que pasar —dije finalmente—. Es lamentable, pero también es admirable cómo pudiste superarlo.

—Sí, supongo. Se lo debo a mi abuela. Por ella y por mis padres decidí volverme fuerte. Y, un tiempo después, al volver a la escuela, me convertí en la Kari que todos conocen —dijo ella, ganando de a poco la tranquilidad perdida.

—La Kari que tanto queremos y que... me gusta.

Kari sonrió —sus ojos estaban bañados de un dulce brillo— y tomándome del brazo me invitó a caminar un poco más.

La gente llegaba de a poco, pero sin cesar al lugar, y nos pareció conveniente a Kari y a mí asegurarnos un sitio cerca de la orilla, antes de que las mejores bancas fueran ocupadas. Torcimos, pues, el rumbo en una bifurcación del camino, y el paisaje cambió leve pero significativamente: los árboles estaban más separados entre sí y eran menos frondosos también —algunos de ellos habían empezado a perder el follaje—, permitiendo de esta forma que los débiles y tibios rayos de sol los atravesaran; haces anaranjados, poblados de partículas y de algún insecto solitario, interrumpían las sombras proyectadas por la vegetación. Todo esto daba forma a un juego de luces curioso y agradable —incluso bello— para quien le prestara la debida atención.

Y que Kari no pareció observar con especial interés.

Con la huida del sol la temperatura comenzó a bajar, y así la

noche en el río trajo más brisas de aire frío.

—Si hubiera sabido que me quedaría hasta la noche afuera, me hubiera traído un abrigo —comenté.

—Oh, perdón. Te tuve afuera todo el día...

—No, está bien. No lo decía por eso. ¿Crees que para mí no está siendo un día perfecto?

Kari sonrió y tiernamente me rodeó con sus brazos.

—¿Ahora tienes menos frío?

Ante eso no pude hacer menos que derretirme por dentro, como una vela encendida con un lanzallamas.

Después, Kari tomó su celular y le sacó una foto al paisaje visto desde la banca. Luego me mostró encantada la pantalla. A pesar de que la noche restaba luz al ambiente, la foto tenía su belleza.

—Bueno, ¿ahora sí vas a pedirme lo que querías? Me muero por saber qué es.

La alegría se esfumó de mi rostro y lo que quedó fue una expresión seria.

—Ah, sí...

—¿Qué sucede?

—¿Estás segura? No quisiera preguntarte nada inapropiado.

Presintiendo quizás lo que le iba a pedir, Kari bajó la vista. Ya no se veía alegre.

—Sanke —dijo, sin querer verme a los ojos—, si hay algo que quieras saber de mí, pregúntame. Nos estamos conociendo. Además, supongo que te debo una explicación...

Puso la mochila en su regazo y revolvió su interior en busca

de algo. De aquélla extrajo un objeto en forma de disco.

El medallón, por supuesto.

Lo miró unos segundos en grave silencio. Contrariamente a lo que había observado todas las anteriores veces, el medallón no relucía, no reflejaba ninguna luz, sino que se veía opaco.

—Creo que tiene que ver con esto, ¿verdad?

—Solamente quería saber qué significa el símbolo, y lo que está escrito del otro lado.

Algo dentro de mí empezó a revolverse vertiginosamente.

La felicidad de la primera cita rápidamente dio paso a los nervios de quien se dispone a indagar en un misterio perturbador, detectivesco como pueda sonar. Los opuestos —el amor y el miedo— confluían y daban vueltas en mi inquieto interior, en un intento de fundirse difícil de lograr pero que, una vez ocurriera, se tornarían una sola sustancia indisoluble, haciendo imposible el poder volver atrás.

Kari acercó el medallón hacia mí para que lo pudiera ver mejor.

—Es un poco complicado de explicar, y ni siquiera yo termino de entenderlo todo. Me lo regaló mi abuela; proviene de sus antepasados. Esto que ves se trata de la energía —dijo, al tiempo que recorría con un dedo las líneas curvas que formaban esa especie de trébol desmembrado, o de números ocho—. Mi abuela siempre me hablaba de la energía; para ella, todo es energía, incluso nosotros, incluso esto —y puso el medallón a la altura de mis ojos—. ¿Has visto que, según la famosa ecuación, la energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz? Bien, si lo vemos al revés,

eso también significa que somos energía que se mueve muy, muy lento. Esto que ves —e insistió en señalar las curvas energéticas— es el universo, el mundo, pero también tú y yo. Mi abuela dice que somos todo lo mismo; sólo cambia la escala... o la apariencia. Y todos intercambiamos energía, la energía va de un lado al otro; nos lo han explicado en las clases de química. Y estas líneas —prosiguió, ahora tocando la cruz o equis oblicua de en medio del medallón— vendrían a ser nuestra «dimensión» o algo así. Es donde estamos; lo que llamamos «presente». La energía sale de aquí, pero, al mismo tiempo, está regresando al mismo punto —y volvió a recorrer con un dedo las curvas para explicarse mejor—. Lo que sale va al futuro; lo que entra es el pasado. De verdad me cuesta entenderlo. Mi abuela decía algo de que un eje es la inmanencia, y el otro, la trascendencia, y que «Lo que no dura para siempre puede todavía durar para siempre», pero ahora no lo recuerdo bien... Lo infinito y lo finito.

—¿El bien y el mal? —pregunté, sin comprender prácticamente nada de lo que decía Kari.

—Sí, puede ser... Aunque haya quien dice que no existen ni el bien ni el mal.

—Qué absurdo —opiné, desde lo más sincero en mi interior.

—Para ti sí, y no me sorprende, por tu forma de ser.

—¿Tú crees que no existen?

—Para nada, yo digo que sí. Tú estás lleno de bien, por ejemplo —y rio levemente, sin ahínco.

—Tú eres una buena persona también. Todos en la clase lo

pensamos, y tú lo demuestras una y otra vez.

Kari enrolló la cadena en su muñeca y en ello hizo una pausa antes de decir, sin alterar en ningún momento su voz tranquila y seria, y desde luego sin dejarse impresionar por mi cumplido —prácticamente ignorándolo—.

—A lo que me refiero es que hay quienes consideran que sólo existen «los hechos», y que estos no son ni buenos ni malos: simplemente *son*. Luego están los que opinan que el bien y el mal dependen de lo que piense cada persona, y que lo que es bueno para una puede ser malo para otra, ¿sí lo entiendes?

—Entiendo eso.

Así es como se justifican quienes no tienen valores ni moral y engañan o roban.

—Pero me huele a algo que diría alguien que hace maldades —concluí.

—Sigues viéndolo como alguien que cree que el bien y el mal existen. Para algunos, lo que existe son los intereses propios... y sobrevivir.

Pensé por un segundo. No quería discutir con Kari, y menos de un tema tan sensible, pero tampoco podía quedarme callado ante las afirmaciones que hacía. En cierta forma parecía estar tratando de justificar que se cometieran «actos malvados». Ella siguió hablando:

—En todo caso, cada quien tiene sus razones para hacer las cosas, o para elegir hacer esto y no lo otro. A veces es necesario hacer algo que para otros... no está bien. Y otras veces ocurre que la gente no entiende el bien. Uno hace algo bueno y la

gente no lo comprende. Muchos no están listos para recibir al bien. Y cuando alguien no espera algo bueno es cuando más le cuesta comprenderlo. —Movió la cabeza a los lados—. Perdón si es complicado lo que digo.

Bajó la vista.

—Incluso, la gente *se resiste* al bien —agregó—. ¿No lo sabías?

Inmediatamente me vino a la mente la escena en el callejón detrás de la casa de Kari, donde aquella mujer no se decidía a escapar conmigo.

—Aun así, hay cosas de las que no se puede dudar que estén bien o mal. La mujer que vi en el callejón esa noche... Si la hubiera dejado ahí tirada, abandonada a su suerte, hubiera tenido que vivir con el remordimiento de no haber hecho nada para ayudarla. Hubiera sido en parte culpable de su muerte.

—Aprecias demasiado la vida, Sanke. ¿Acaso no pensaste que ella *quería* morir? ¿No se te ocurrió que tal vez esas personas que viste *deseaban* morir?

Me escandalicé tanto por lo que decía Kari como por la ligereza con la que hablaba de un asunto tan serio.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso?

—Quizás no lo llegues a entender... Si te asusté, te pido perdón, Sanke.

—Pero ¿cómo puede alguien realmente querer eso? En todo caso se le debería ayudar de alguna manera...

—Sanke, lo que deseamos con el corazón, las cosas que realmente queremos en lo más profundo de nuestro ser se cumplen, para bien o para mal. Pero, así como nuestros deseos

se pueden cumplir, también pueden hacerlo nuestros peores temores, los que laten con nosotros en el fondo del alma, los presentimientos más oscuros, aquello de lo que huimos por no ser capaces de enfrentarlo. Por eso la gente que realmente desea morir termina muriendo... aunque también, por otra parte, algunas personas mueren de repente teniendo muchísimas ganas de vivir...

Esto último lo dijo con una tristeza añadida a su voz. Por un instante volvió su rostro hacia mí; en él no se hallaba el más mínimo rastro de alegría; diríase que jamás lo había habido para empezar. Mientras tanto, a nuestro alrededor, parejas, familias y amigos paseaban, charlaban, reían y jugueteaban felices. Los primeros destellos de colores de los reflectores teñían las orillas del río. Yo estaba sin habla, como si me hubieran dado un mazazo, profundamente consternado. Realmente quise preguntarle de una vez si ella era la joven del vestido blanco, pero la pregunta holgaba; sentía que me había dado la respuesta sin palabras directas, y, aun así, no podía estar seguro de ello. En cuanto a Kari, ella se puso de pie lentamente, como si le fuera un tanto difícil hacerlo. Dio unos pasos hacia adelante, guardó el medallón de vuelta en la mochila y resopló tímidamente; acto seguido, dio media vuelta y me miró de frente.

—Esta soy yo, Sanke. Si realmente querías conocerme, si tanto querías estar conmigo, aquí estoy. Así soy. Y si te hablo de cosas tan poco felices, y muestro este lado de mí que nadie más ha visto nunca, es porque sé que eres tan bueno que no vas a juzgarme, que no vas a salir corriendo ni a pensar nada malo

de mí, ¿o me equivoco? ¿Qué chica no querría eso, estar con alguien que no la juzgue por cómo es, por su forma de ser?

Me puse de pie venciendo un mareo leve y avancé hacia Kari.

—Sí, debo admitir que eso me gusta de ti —agregó ella.

Trató de suspirar, pero sólo logró exhalar aire ruidosamente. De repente se había sonrojado, sus manos y piernas estaban inquietas, y los labios le temblaban.

—Y ahora... estoy sintiendo cosas que nunca había sentido. Y yo...

Un nudo en su garganta la interrumpió, impidiéndole continuar. Yo no lo resistí más y la estreché entre mis brazos con fuerza, como si de otra forma se me fuera a escapar. Kari me abrazó, hundiendo el rostro en mi pecho. Sentí débiles sollozos y una respiración entrecortada. Se me comprimió el corazón; en verdad el sólo sentir que Kari sufría me resultaba una verdadera tortura, algo imposible de soportar por más de una fracción de segundo. Suavemente, delicadamente, tomé su cara y la vi una vez más. Los ojos de Kari rebalsaban de lágrimas, y sus esfuerzos por contenerse eran inútiles. Sin embargo, al mirarme, logró calmarse un poco; con un dedo enjugué las lágrimas de sus mejillas, pero entonces Kari sacó un pañuelo y se secó la cara apropiadamente. Tiernamente la ayudé a hacerlo. Kari estaba roja de vergüenza y apenas podía levantar la vista del suelo.

—Kari —le dije, entonces.

—Perdón —dijo ella.

Sin decir nada la rodeé con un brazo y la guie hasta la banca,

invitándola a tomar asiento. Mientras ella se acomodaba metódicamente el cabello y la ropa, y recuperaba la serenidad, deseé tener un poco de agua para ayudarla a calmarse. Al volver a sentarnos, dejé mi brazo recostado en su hombro, y ella reposó su cabeza contra mí. Así pasamos unos minutos, sin hablar. En mi mente se acumulaban breves pensamientos acerca del diálogo que acabábamos de tener. Necesitábamos tomarnos un tiempo para dejar que la tensión se extinguiera y nuestros espíritus se sosegaran: ella para recuperarse tras revelarse ante mí, y yo para aceptar las cosas que me había contado.

Tal vez —pensaba— era cierto que yo no podía comprender el porqué de... todo aquel asunto. Probablemente había una lógica o una explicación, que de momento eludía mi entendimiento, pero que podría alcanzar en el futuro, si lograba asir las ideas que estuvieran detrás del asunto, si me ponía en los zapatos de Kari. Seguramente habría de tener que profundizar en aquellas extrañas consideraciones acerca de la «energía».

Después de unos momentos, Kari alzó apenas la cabeza. Ya no se la veía triste ni acongojada. Luego adoptó la misma postura de antes.

—Debo pedirte perdón, Sanke —dijo Kari, interrumpiendo en seco mis cavilaciones; su voz calma se abrió paso fácilmente a través del lejano bullicio de la gente y del graznido de las aves hasta mis oídos—. Por las cosas que tuviste que oír.

Sólo entonces comprendí que tal vez Kari había estado necesitando hablar con alguien de aquellas misteriosas ideas.

—Tal vez no deberías estar aquí, conmigo... —dijo, y una

pizca de amargura se reveló en su voz; sin darme tiempo a intentar hacer que se sintiera mejor, prosiguió—: No es fácil ser yo...

Hizo otra breve pausa.

—Y ahora, si quieres ir a tu casa...

Negué con la cabeza.

—Está bien, Kari.

Kari entonces se recostó en la banca y miró hacia arriba, hacia las copas de los árboles que teníamos encima. Una brisa las mecía suavemente, al igual que a su cabello que, sin embargo, no se despeinaba ni se desarreglaba. La visión era encantadora.

Ya no le iba a preguntar si ella era la chica del callejón, como tampoco le iba a preguntar quiénes eran el hombre y la mujer que había visto en aquel lugar, ni si sabían algo de un anciano que se había deprimido recientemente, y que vivía con una nieta en edad escolar. Para una parte de mí, era como si ya no hubiera necesidad de saberlo; curiosamente, tanto me había acercado al interior de Kari, donde las respuestas a mis interrogantes indudablemente residían, y allí me había detenido, acaso sin querer saber más.

Y es que, tal vez yo *ya* lo sabía. Tal vez Kari lo había admitido no con palabras, sino con la forma de pronunciarlas y con los tensos y forzados movimientos de su rostro, y luego tal vez me había pedido comprensión y compasión; me había pedido no ser juzgada.

Y en eso ella tenía la razón absolutamente. Yo no era capaz de juzgarla, y, si bien los eventos que había presenciado en el

callejón detrás de su casa y en los alrededores eran cierta e incuestionablemente tétricos y aberrantes... ¿cómo explicarlo?, no sentía que ella estuviera involucrada por maldad pura.

Tal vez me era imposible también aceptar que Kari y la joven del vestido blanco eran la misma persona, por más que hubiera evidencia para pensarlo así.

Además, y lo que no era para nada irrelevante, ella me había dicho algo.

«Eso es lo que me gusta de ti.»

Resalto: «lo que me gusta».

Sonreí en silencio con el pecho lleno de una sensación muy parecida al alivio, aunque sin exaltación, y sí, en cambio, mansamente, abriéndole los brazos a su sutil confesión.

Sí, ya no había dudas. Ya podía estar tranquilo sabiendo que Kari realmente sentía algo por mí o que, al menos, algo de mí le gustaba.

Afuera, al otro lado de mi inquieta mente, pasaron unos minutos más, y nuestros ánimos mejoraron.

Me aparté de su calor por un segundo y la vi de frente, preguntándome por qué me gustaba tanto.

Tanto como para no haber salido corriendo despavorido hasta el fin del mundo.

No, yo elegía quedarme a su lado, en la vieja banca de madera.

No sabía cómo, pero ahí estábamos Kari y yo, mirándonos y sonriéndonos el uno al otro, sin tener que decirnos nada, sólo viviendo un momento que parecía, por paradójico que suene, detenido en el tiempo.

Insisto con que parecía un sueño, pero era mejor que eso; era un sueño hecho realidad.

Un sueño en el que no había creído, pues solía ver tan lejana a la chica alegre. Por mucho tiempo la había pensado inalcanzable, pero ahí estaba ahora, junto a mí, y tan alcanzable, que podía asirla literalmente.

Y eso fue lo que hice.

Deslicé una mano poco inocentemente en su antebrazo, y nuestros brazos se enlazaron ciegamente, y nuestras palmas bien abiertas se encontraron en la noche.

Ya no tenía frío.

—Ya deberíamos volver, ¿no te parece?

No deseaba hacerlo. Quería disfrutar todo el tiempo posible junto a Kari. Después de todo, lo había deseado tanto...

—Supongo que sí. ¿Qué hora es?

—Es bastante tarde. El día se ha pasado volando —respondió ella, mientras delicadamente liberaba su brazo y se apartaba de mi lado para incorporarse lentamente, sin prisa.

Comenzamos a retirarnos por donde habíamos llegado. Kari cruzaba los brazos con fuerza para no sentir frío, mientras yo iba con las manos en los bolsillos del pantalón. Regresamos por el camino que bordeaba el río; en la superficie de este se reflejaba el brillo anaranjado de los faroles que iluminaban el paseo. Kari se hallaba inusualmente pensativa, y yo no sabía de qué hablar.

Casi al mismo tiempo notamos que una masa de nubes oscuras había aparecido por encima de los edificios a lo lejos, amenazando avanzar en dirección a nosotros.

—Parece que va a llover —observó Kari.

—Puede ser —me limité a decir—. Falta poco para que empiece la temporada de lluvias.

Andábamos lentamente, sin dejar de contemplar el río al pasar, pese a que sabíamos que lo mejor quizás era ya estar en nuestras casas.

—Ah, qué lindo lugar —dijo Kari en un suspiro, antes de tomarse un momento para asomarse—. No sé por qué no vine con más frecuencia. Me gusta mucho.

Retomó la marcha sin demora, y yo también.

—Creí que ibas a decir que yo te gusto —le dije.

—Realmente quieres oírlo, ¿no es así?

—Me gustaría. No es algo que me suceda todos los días.

—Ya veo —repuso con una indiferencia nada seria.

—¿Recuerdas cuando me arrastraron hasta ti y mis amigos te dijeron que yo era tuyo? Ahí tampoco dijiste nada.

—¡Oh! ¡Ja, ja! Lo recuerdo. Pobre, realmente sentí lástima por ti ese día. Me pareció que tus amigos se excedieron.

—¿Tú sabías que me gustabas en ese tiempo?

—No, no lo creía, ni lo sospechaba.

Después de un rato de caminata, llegando a una esquina, Kari detuvo su marcha. Yo la imité.

—Por esta calle —dijo, señalando con un gesto de su mano la vía que ahora tenía a sus espaldas—, voy directo a mi casa.

Asentí sin mucho entusiasmo, de pronto teniendo que enfrentar el inexorable final de la cita.

Kari tampoco se veía precisamente feliz al respecto.

—¿Vas caminando? Te acompaño —dije.

—Hum... no —murmuró Kari, mientras volvía la vista hacia la calle en cuestión. Estuvo unos segundos con la vista fija en algún punto de la calle estrecha y vacía, cosa que no pude comprender.

—Hace tiempo debía estar en mi casa. Mi abuela me está esperando, y yo no le dije que estaría afuera toda la tarde, y menos con un chico. No sé qué haría si se enterase... —me contó, con visible preocupación.

—Está bien, Kari, si prefieres ir sola, ve.

—Sí —dijo, asintiendo—. Así que, gracias, Sanke, por acompañarme hoy.

—Gracias a ti por invitarme —logré decir.

—No estaba segura de invitarte —prosiguió ella, inclinando un poco la cabeza para ocultar sus ojos de mí—, porque, pues, no quiero ser egoísta y pensar sólo en mí.

—¿Qué dices? Nada de eso.

—Sí, tengo que pedirte perdón. Por haberte hecho sentir mal. Y si alguna vez te hago daño... perdóname, por favor.

—Kari, está bien. Si lo dices por tu historia, bueno, sí, me impactó, pero ¿sabes? Decidiste contarme cosas muy privadas tuyas para que yo te conociera mejor. Eso me hace sentir importante, especial.

—Es que eres especial. No lo olvides. Y ahora, ve a tu casa, ¿sí?

—Sí, Kari.

—De verdad te lo digo —me advirtió—. Es mejor que vayas a tu casa. Ya es tarde.

—¿Adónde más podría ir?

Sonrió y se arrojó hacia mí en un abrazo. Por unos momentos no dijo nada; tan sólo me estrechó entre sus brazos con fuerza y en silencio. Luego se desprendió de mí.

—Adiós, Sanke —dijo entonces, con una dulce sonrisa.

—Sí, nos vemos —dije yo.

Tomé sus manos y las sostuve tiernamente.

—Te quiero, Kari.

Kari hizo un breve silencio, sonrió levemente una vez más, y bajó la mirada.

—Y yo te quiero a ti, Sanke —susurró.

Y me estampó un beso en la mejilla.

Inmediatamente se apartó de mi lado; después de dar unos pasos ligeros, como de bailarina, hacia adelante, Kari se dio la vuelta y me lanzó una mirada con sus ojazos abiertos de par en par, una ancha sonrisa en el rostro y un brazo alzado.

—¡Que estés bien! —exclamó, y se marchó con prisa.

Rápidamente su silueta se desdibujó para fundirse en las sombras de la calle oscurecida. Pronto me pareció oír a la distancia de nuevo la canción:

The sun is shining everyday,
The stars are winking every night...

Estuve un minuto o dos clavado al piso, sin decidirme a irme. Quizás esperaba que sucediera algo, o era sólo la indecisión de ir tras Kari u obedecerla y volver de una vez a mi hogar. Terminé por hacer lo segundo.

No fue lo que me hubiera gustado hacer.

Capítulo 12

Mis padres se aliviaron al verme cruzar la puerta. Me habían esperado para comer, pero en algún momento se habían cansado y habían comenzado sin mí. No obstante, apenas habían probado bocado, y la comida seguía en los platos, enfriándose.

Percibí que querían reprenderme, pero yo estaba muy contento como para que ello surtiera algún efecto sobre mí.

—Sí, ya sé, olvidé avisarles que estaría afuera. Perdón.

Ellos también estaban muy contentos de verme sano y salvo como para ponerse rígidos conmigo.

Comí con celeridad un poco de arroz y me fui a la habitación.

El júbilo me hizo saltar y aterrizar en posición horizontal sobre el colchón como lo hacen los atletas que practican salto en alto. Me costaba creer lo que me estaba sucediendo. De un día para el otro mi vida había cambiado radicalmente; había salido de la casa como un joven común y corriente, y regresado con una cita con la mejor chica de la escuela y de la ciudad en mi haber. Era un sueño hecho realidad... a medias, puesto que

no podía evitar ilusionarme con que Kari llegara a ser mi novia. Y si ello lograba consumarse en un futuro, mucho menos podría esperar a que todos en la escuela se enteraran, ni a invitarla a cenar para que mis padres la conocieran. Mis amigos se sorprenderían grandemente de cómo había logrado conquistar a la chica alegre, a la virtuosa presidenta del Consejo. ¿Y qué decir de Aira, Hana y Ruri? No podría imaginarme qué cara pondrían cuando me vieran pasear de la mano con Kari por los pasillos de la escuela. Sería un impacto para el curso, incluso para toda la escuela. Me respetarían más, me volvería más popular, me conocerían más personas. Habría de ser una oportunidad de aprovechar el impulso y escalar en la pirámide social de la escuela. Pero para ello se necesitaba algo de tiempo; por lo pronto, lo que más quería hacer era disfrutar el momento, reposando en la deleitosa seguridad de que ahora había *algo* entre Kari y yo.

Después de revolcarme en aquellos pensamientos felices y otros, apagué la luz. Era mejor descansar para al día siguiente llegar temprano a clases y tratar de empezar a pasar algo de tiempo con Kari allí también.

Tomé el celular de la mesita de noche. Había media docena de llamadas perdidas de mis padres. Si no habían llamado más veces fue porque habían confiado en que todo estuviera bien. Además de eso, tenía mensajes de Kazu y de Emell, acaso preguntando dónde estaba, o si tenía tiempo para jugar con ellos. No los leí, pues el último mensaje recibido era de Kari. Sin demora lo abrí y leí su contenido con avidez.

«Buenas noches, que descanses. ¡Te quiero!», decía.

Ebrio de felicidad, respondí sin demora el mensaje; una vez lo hice, dejé caer el teléfono a un costado. Crucé los brazos detrás de la cabeza y me quedé un buen rato pensando en Kari, recordando el día que habíamos tenido. Había sido un par de días llenos de emociones de todo tipo, y al acostarme, el cansancio no tardó en apoderarse de mi cuerpo. Cerré los ojos para ver más claramente las imágenes que pasaban delante de mí, y que fueron prontamente invadidas por pensamientos ambiguos, por ideas que no se me presentaban con claridad. Y cuando logré condensar esas vagas ideas en pensamientos que pudiera aprehender, el sueño me venció.

Desperté al nuevo día súbitamente. Mientras abría los ojos, ya sentía que la mañana había empezado hacía largo rato, y no me equivocaba. De hecho, tenía toda la razón. El sol ya había subido, y sus rayos dorados llenaban la habitación. Yo estaba intranquilo. Tenía una pésima sensación, como la que se tiene al despertar luego de una pesadilla; sin embargo, en mi caso no podía determinar el origen de tal sensación.

Pensé en Kari. ¿Me habría esperado tras la puerta, o habría esperado verme a la hora de entrada?

Busqué el celular nerviosamente, revolviendo las sábanas con impaciencia.

Un pensamiento oscuro empezaba a avanzar sobre mí, como una nube de tormenta en un día soleado.

Encontré el dichoso celular, y en él no había ningún mensaje de Kari. Por un segundo quise creer que ella no había tenido tiempo de responder, pero me fue prácticamente imposible

convencerme de una cosa así.

Caí sobre la cama por un segundo, pues me pesaba la cabeza. Recordé que había estado soñando con algo justo antes de despertar, sin lograr traer de vuelta a mi memoria aquello. Seguramente había tenido que ver con Kari. No pensaba en otra cosa desde hacía dos o tres días. Y, en contraste con la noche anterior, no sentía euforia, ni estaba extasiado, y el sabor dulce del amor joven había desaparecido de mi boca. Entonces me di cuenta de que, más allá de los sentimientos que Kari y yo nos habíamos profesado, había cosas inquietantes acerca de su historia personal. En el momento no las había considerado como se debía, siendo tan fuertes mis sentimientos, pero podía ser peligroso involucrarme con ella. Sin ir más lejos, hacía tan sólo tres noches había tenido un espantoso incidente en el callejón, en el que pude haber muerto. La cita del día anterior, cuyos recuerdos ya habían drenado fuera de mí, lo había sabido ocultar, haciéndolo parecer lejano, o no tan grave.

Y, sin embargo, a pesar de lo que ella me había contado y de lo turbio de ciertos detalles de su vida, a mí no me había importado.

Insisto en que Kari tenía razón, yo no era capaz de juzgarla, por más que ella resultara una asesina cruel y despiadada. Porque eso era lo que *quizás* ella era, y yo, obnubilado como estaba por su belleza, por su sinceridad, y acaso actuando según un complejo de héroe, lo ignoré. O creí en el fondo de mi ser que podía hacer algo al respecto, como convencer a Kari de que abandonara aquella enigmática media vida que tenía, o ayudarla a que dejara la locura atrás.

¿Me hubiera atrapado tanto si no hubiéramos cruzado miradas dos años antes? ¿Me hubiera llegado a gustar tanto?

Me puse de pie. Ya había pasado demasiado tiempo acostado. Quería hablar con Kari, pero, ahora que tenía la cabeza un poco más fría y podía pensar mejor, algo en mi interior me retenía.

Era... una especie de temor, por así decirlo.

Justo en ese momento me vino a la mente lo que había empezado a pensar la noche anterior, antes de quedarme dormido.

La mujer grande que había visto en el callejón, la que había atacado a Kari, y de quien yo la había salvado, ¿era su abuela?

Un horrible presentimiento me capturó de repente, recibiéndolo yo como se recibe un gancho en la boca del estómago. Salí corriendo de la habitación. Ni siquiera las llaves de la casa llevé conmigo, aunque sí había tenido la lucidez de capturar el celular antes de precipitarme hacia la salida.

Corrí y corrí sintiéndome un imbécil, preguntándome por qué me había quedado dormido, por qué no había sido capaz de despertarme temprano, pero sobre todo por qué había sido tan estúpido de no haber acompañado a Kari a su casa la noche anterior. Corrí alocadamente, desaforadamente, casi sin reparar en la gente ni en los vehículos —cuando pones atención, te das cuenta de lo lentos que pueden ser en realidad—. La adrenalina y el miedo fluían por mis venas, dándome velocidad y fuerza para continuar y no detenerme mientras mi vida no fuera puesta en peligro. El recuerdo de Kari llorando mientras revelaba los más oscuros secretos de su

corazón me atormentó. Las palabras que me había dicho resonaron en mi cabeza, enloqueciéndome. Y, mientras corría, llamaba con insistencia a Kari, pero no había caso, la única respuesta que se me daba era: «El número al que está intentando llamar no está en servicio».

Enfilé por la calle sin nombre rumbo a la casona que daba al callejón. A cada veloz paso más terror sentía, más intensa se hacía la opresión en mi pecho, más dificultad encontraba para dar el siguiente paso. No había transeúntes ni signos de actividad humana en el barrio, lo que sólo hizo que se acrecentara el presentimiento que venía cargando desde mi casa.

Para cuando llegué, ya estaba exhausto. En la última esquina antes del callejón del terror me detuve para respirar y en un vano intento de localizar a Kari o a su abuela, dando a la situación una última oportunidad de que me mostrara que todo estaba bien. Pero no recibí ninguna señal. Tenía que comprobarlo por mí mismo, verlo con mis propios ojos.

Rodeé la manzana guardando pésimamente mal unas apariencias de peatón inocente. Todas las casas de la cuadra estaban en silencio; sus puertas, cerradas, y a través de las ventanas no se distinguía manifestación de vida alguna. Por lo visto, todos los habitantes del barrio se hubieran marchado a primera hora de la mañana.

Entonces, impulsivamente volví sobre mis pasos y me metí al callejón. De día no se le veía nada aterrador ni siniestro; no se parecía en nada a las casas antiguas ni a las fábricas abandonadas donde se dice que cosas perturbadoras y siniestras ocurren.

Pero demasiado rápidamente hallé los rastros de sangre en el piso; los manchones rosados y secos me provocaron un fuerte mareo. A tal punto perdí el equilibrio que tuve que apoyarme en una pared. Las horribles escenas de un pasado demasiado cercano volvieron para asustarme. No obstante, nunca detuve mi andar, y antes de darme cuenta ya estaba frente a la puerta trasera de la casa de Kari.

La puerta estaba entreabierta.

No sé por qué, pero para mí eso no se veía nada bien.

Desesperado, entré enérgicamente en la casa. A la derecha tenía la cocina, amplia y luminosa, aseada, ordenada, exactamente como las de la televisión, pero también perfectamente vacía y silenciosa. La recorrí sin prestar mucha atención, aunque empezando a tener más cuidado. Ya estaba adentro y, por lo tanto, tenía más probabilidades de encontrar a Kari o a su abuela. Que alguna de ellas me sorprendiera metido en su casa no podría terminar bien. Al otro lado de la cocina, en un extremo, había una puerta que llevaba a la habitación contigua. Hacia allá fui.

Pasé a la sala de estar, que era todavía más grande que la cocina. Parecían dos ambientes fusionados: en un lado, había una mesa grande y varias sillas, típicas de un salón comedor; en el otro, había un mueble apoyado a cada pared, y también un televisor y un juego de sillones. Un ventanal al fondo daba al pequeño jardín delantero. Sobre los muebles vi todo tipo de adornos y varias fotografías de Kari en diferentes etapas de su niñez. Una sensación de calidez me invadió, mezclándose con el pánico que había venido experimentando.

Al salir de la gigantesca estancia por su otra abertura me vi en un corredor que llevaba al resto de lugares de la casa. Apenas me asomé a la primera puerta que vi; era el lavadero, y estaba vacío. Al final del corredor, cerca de la puerta trasera, volví a ver la escalera que llevaba al primer piso. La otra escalera estaba junto a la salida de la sala de estar. Decidí subir por ésta última, que era la más cercana.

Subí a las apuradas, sin perder el tiempo en pisar todos los peldaños. La primera puerta que vi estando ya en la planta alta estaba abierta. Desde afuera se veía que era un dormitorio, con al menos una cama y una cómoda. Derecho fui hacia allí, pero, antes de traspasar la entrada, noté que había rastros de sangre ensuciando la alfombra, justo donde estaba pisando.

El rastro seguía dentro de la habitación.

El dormitorio era precioso y, a juzgar por el rosa de las paredes y los muñecos de peluche parecía hecho para una niña pequeña; el mobiliario se completaba con una cama con su mesita de noche, un armario, una cómoda y un escritorio con una computadora. Una amplia ventana daba a la calle.

La cama estaba deshecha, los libros y objetos varios del escritorio, dispersos por el suelo, arrojados de su sitio, y el piso, las sábanas y las puertas del armario estaban regados de sangre.

Un olor nauseabundo contaminaba el perfume de flores y una pizca afrutada para dar origen al leve hedor repugnante que ahora llenaba la habitación.

Se me revolvió el estómago violentamente, y sufrí náuseas muy fuertes.

Caí de rodillas. Un torrente de lágrimas brotaba de mis ojos.

Y en medio de aquel mar de desolación me sentí naufragar.

«Adiós, Sanke», me había dicho, con una dulce sonrisa.

Estuve un rato en el suelo, lamentándome, queriendo morir ahí mismo. Pero no debo haberlo deseado lo suficiente. Cuando reuní un mínimo de energías y de voluntad, me desplacé gateando alrededor de la cama, esquivando los objetos caídos. A un costado de ella, me encontré con la mochila de Kari, con su contenido a medio expulsar. No demoré un segundo en estirar la mano y hurgar su contenido. Los cuadernos y otros papeles salieron primero; su cartera estaba abierta, y de ella saqué objetos varios —unos billetes, una pulsera, accesorios para el cabello, un manojo de llaves, etcétera—. Debajo de la cama la libretita de notas fue divisada, abierta y con una de sus hojas rasgada. Alargué un brazo hacia ella todo lo que pude —en condiciones normales, me habría llegado a doler—, y la traje hacia mí. Busqué frenéticamente las fotos de la cita, esas que Kari primorosamente había guardado ahí para protegerlas. Sólo hallé el clip en su lugar, enganchado a una de las hojitas. Nada más había quedado.

Me quedé sentado junto a la cama, sin desear ni poder moverme, unos minutos más. Eventualmente me cansé de respirar el aire maldito y malsano de la habitación, y arrastré los pies fuera de allí.

Recorrí en silencio el resto de la planta alta y, cuando hube terminado, bajé a la sala de estar, donde estaban las fotografías de Kari. Elegí una que parecía más bien reciente, y la presioné contra mi pecho. Deseaba llevarme la fotografía para tener un recuerdo físico de la eterna sonrisa de Kari, pero una parte de

mí intentaba disuadirme de hacerlo, diciéndome que no debía robarle a quien quería tanto.

Subí al primer piso y le di un último vistazo a la habitación de Kari desde la puerta, sin animarme a entrar de nuevo.

De haberlo hecho, tal vez podría haberme muerto en serio, o eso es lo que sentí entonces.

Salí de la casa y anduve por las calles llorando, con una sensación de vacío más grande que la ciudad entera y que la casa de Kari; un agujero negro era lo que tenía dentro del pecho, que devoraba todo lo que había en mí, lo bueno, lo malo, mis emociones, mis sentimientos, mi alma, mi historia, mis pensamientos...

Caminaba medio muerto, sin poder mirar más que mis pies. Algunas personas me preguntaron si me encontraba bien, a lo que no hice caso.

Llegué a mi casa, pero yo ya no era yo mismo.

Todo lo que hice fue ir a mi habitación y desplomarme en la cama, y llorar hasta quedarme dormido. No me levanté hasta bien entrada la noche.

Epílogo

La pérdida de Kari dejó en mí una huella muy profunda, una cicatriz que el tiempo no sanó fácilmente. Dentro de mí sentí que algo se rompió, algo muy valioso y muy puro, muy prístino, pero al que no puedo darle un nombre. Incluso hoy, después de los años que pasaron, me cuesta explicarlo.

Algo se rompió y yo ya no fui el mismo nunca más.

En la escuela, la desaparición de Kari también produjo un impacto muy negativo. Demasiado rápidamente el curso perdió su alegría de vivir, sin nadie que constantemente nos mantuviera los ánimos arriba. Las amigas de Kari pasaron el resto del año entristecidas. Nadie sabía qué era lo que le había sucedido a Kari, y yo no quise hablar, en parte para no revelar —para proteger, visto de cierta manera— el lado desconocido que tenía —de todas formas, difícilmente me hubieran creído—, y en parte porque realmente yo no sabía *exactamente* qué le había ocurrido a ella.

Aira, como vicepresidenta, tuvo que hacerse cargo de la presidencia del Consejo. Su primera medida fue pedirnos no referirnos a ella como «Presidenta», porque para ella la

presidenta seguía siendo Kari. De modo que seguimos llamándola «Vicepresidenta». En reemplazo de Aira, la escuela eligió a un nuevo vicepresidente del Consejo, cuyo título *de facto* pasó a ser «Asistente de la Vicepresidenta».

Nunca se volvieron a tener noticias de Kari. La policía fue llamada a investigar, pero pronto bajaron los brazos, en cuanto pudieron esgrimir la excusa de que no había suficientes pistas para continuar la investigación.

Luego, al final del año escolar, todos nos graduamos, y cada quien siguió su camino.

Y yo seguí viviendo como pude. Jamás pude regresar a la casa de Kari, ni aproximarme a ella siquiera sino hasta después de un largo tiempo. Incluso me fui de la ciudad. Y aquí estoy ahora.

Kari y yo salimos por sólo un día —o menos que eso—, pero aún la recuerdo con cariño. Después de todo este tiempo, aún la recuerdo.

Como si la pudiera olvidar. Como si se pudiera olvidar una historia tan increíble, tan dulce y tan amarga a la vez, tan generosa y también tan despiadada.

Sí, todavía la recuerdo.

En mi memoria aún es «la chica alegre».

Mi chica alegre.

La felicidad nunca es completa y, para colmo de males, dura muy poco. Y uno la busca, trata de hallarla o de atraerla de nuevo, y no puede o no se le permite volver a experimentarla si no es esporádicamente. Y así, buscándola, se le va la vida a uno.

Pero aquí estoy.

Y ahora que te conté mi historia, me permito retirarme a descansar. Que ya es de madrugada y yo me desvelé para contarte esta historia, y en la mañana debo levantarme temprano para un asunto importante.

Así que, buenas noches.

Postfacio

¡Saludos, querido lector!

Si llegaste hasta aquí, probablemente hayas leído esta historia hasta el final. Esta es la primera novela que decidí publicar, aunque no es la primera que he terminado, ya que hay un proyecto que concluí hace años y con el que no he quedado conforme y, por lo tanto, «no cuenta».

La idea para esta historia comenzó a tomar forma de manera espontánea y casual —como me ocurre a menudo—, cuando vi una imagen (no logro recordar si era un meme o un simple fotograma subtitulado) de una chica con el texto: «Hay cosas que no necesitas saber». A partir de ahí, surgió rápidamente la idea de una joven con una fachada dulce, amable y alegre (en un primer momento la historia iba a llamarse *La Chica Arco Iris*, en referencia a una personalidad «colorida»), pero con un lado tan oscuro como insospechado. El enamoramiento del protagonista, quien *necesariamente* debía descubrir el carácter dual de su amada, y los trágicos eventos del Capítulo 12 vinieron a mi mente poco después, si no casi en simultáneo. Sí, desde un principio esta historia estaba destinada a tener un final triste, pero no tanto por aquello de «Si todo estuviera bien, no habría razón para escribir», como

por mi afición por las historias del tipo «no es lo que parece», y por el hecho de que el secreto de Kari (o «Ana», como aparece en el primer intento de manuscrito, pronto descartado) estaba sellado con sangre, y exigía invariablemente un silencio absoluto bajo las penas más severas.

Pasó bastante tiempo hasta que terminé un primer borrador, que, de todas formas, no me gustó. Escrito poco a poco, durante mis breves ratos libres —y muchas veces en horario de trabajo—, en él los hechos se sucedían demasiado rápido, sin dar tiempo de madurar a los acontecimientos. Pasé las siguientes vacaciones de verano ampliando el texto y corrigiéndolo extensamente, llevándolo de las cincuenta a las ochenta páginas. Pese a que indudablemente conseguí mejorarlo, lo cierto es que podría —y así lo consideré en su momento— haber introducido cambios sustanciales a la narración. Pero no me atreví a alterar cosas que había decidido desde el principio; por ejemplo, que Sanke llegaría a ser el novio de «la chica alegre» por un solo día (aunque luego lo cambié por la cita descrita en los capítulos 10 y 11) para llevar hasta un extremo su deseo de conocer el secreto de Kari, con las presumiblemente terribles implicaciones del caso; no es difícil imaginar que un involucramiento más profundo de nuestro protagonista en los asuntos de Kari podría haber llevado la historia por cualquier tipo de situaciones. Pero debo decir que si finalmente no exploré esa posibilidad es porque tenía la intención de escribir una continuación de la historia en una obra aparte —un «segundo volumen», si se quiere—, donde todos los interrogantes dejados abiertos fueran definitivamente contestados, y, además, en un contexto diferente, con nuevas situaciones por las que los protagonistas de la novela original habrían de pasar. Confieso ahora que había empezado a

escribir tal «segundo volumen» incluso antes de las correcciones de verano antes mencionadas; no obstante, mis responsabilidades y ocupaciones cotidianas y la aparición de otros proyectos en mi horizonte creativo fueron demorando y luego deteniendo su avance...

Así que, hasta nuevo aviso, me despido. Tal vez nos encontremos de vuelta en las páginas de otra obra, sea en un tabuco visitado por un ser de «otra realidad», en la butaca de un automóvil estacionado al borde de un paraje boscoso, o donde mi impredecible imaginación lo disponga. ¡Muchas gracias por tu tiempo y tu interés!

EL AUTOR

Índice

Capítulo 1 3
Capítulo 2 21
Capítulo 3 40
Capítulo 4 58
Capítulo 5 80
Capítulo 6 89
Capítulo 7 108
Capítulo 8 135
Capítulo 9 157
Capítulo 10 182
Capítulo 11 207
Capítulo 12 229
Epílogo 239
Postfacio 242